
Axxón 103
CIENCIA FICCION EN BITS

Axxón 103, noviembre de 1999

Novedades

Axxón

El 25 de septiembre falleció Marion Zimmer Bradley, tenía 69 años. Sufrió un ataque cardíaco.

Bradley es conocida por su famosa serie de Darkover. En esa serie se conjugaba magistralmente la CF y la fantasía. Para algunos era la más importante en la moderna CF.

En 1988 fundó la revista MZB's Fantasy Magazine y editó cada año una antología.

Personalmente la recuerdo por haber escrito una novela corta que se titula Viaje Interminable. Esta novela, de la más clásica ciencia ficción, es uno de los primeros libros de CF que leí.

Hemos visto como el hijo de J.R.R. Tolkien se aprovechó para hacer dinero con la fama de su padre. Me pregunto si esta historia se repite con el hijo de Frank Herbert (Brian), que publicará en breve (en los Estados Unidos) House of Atreides, una secuela de la serie Dune. La historia de House of Atreides se sitúa, en el marco del universo de Dune, antes del primero de los libros escritos por Frank Herbert. A un lado de Brian firma como coautor Kevin J. Anderson.

Plaza & Janés lanzó en España el 14 de octubre una nueva colección con el nombre "Mundos Imaginarios" dirigida por Marcial Souto.

Según uno de nuestros colaboradores, que trabaja en Plaza & Janés Buenos Aires, en la Argentina dispondremos del material a mediados de diciembre.

Inicialmente los títulos que lanzan son:

- Galaxias Como Granos de Arena de Brian W. Aldiss. Prólogo de Antonio Muñoz Molina.
- En Kiron Vuelan de Samuel R. Delany. Prólogo de Umberto Eco.
- Laberinto de Muerte de Philip K. Dick. Prólogo de William Gibson.
- La Ciudad de Mario Levrero.
- Trueque Mental de Robert Sheckley. Prólogo de Brian Aldiss.
- La Fuente del Unicornio de Brian W. Aldiss. Prólogo de Norman Spinrad.

El precio de tapa en España es de 975Pts. Calculo que llegará a nuestro país con un precio de $10.- o $12.

Artifex segunda época publicó una nueva antología de cuentos.

El contenido:

- “Tierra de venados” por Juan Manuel Santiago.
- “Destino Soberbia” por José Antonio Cotrina.
- “La patinadora” por Guillermo Boyra.
- “Las razones del nómada” por Armando Boix.
- “Gómez Meseguer y el ogro Santaolaya” por Daniel Mares.
- “De memorias ajenas” por Alejandro Alonso.
- “Encuentro en el margen” por Pascual Segura.
- “El pequeño librito de las hojas color naranja” por Alberto Castellón.
- “El falso crimen de Lázaro Iscariote” por Enrique Lázaro.
- “El paso del mar calmo” por Ramón Muñoz.

Puede encontrar más información en la dirección de Internet de ARTiFEX: http://www.esi.us.es

Editorial - Axxón 103

Hace catorce años comencé a leer ciencia ficción. Era un lector solitario, no compartía las ideas que me generaban los libros de CF. Ahora es muy diferente: tengo los interlocutores que necesito para hacerme notar las deficiencias de un libro que leí, que por uno u otro motivo no puedo ver y, más importante aún, puedo compartir lo que escribo para que sea criticado desde distintos puntos de vista. Invito a esos lectores solitarios —entre los asiduos a nuestra revista estoy seguro de que los hay— a reunirse, a cambiar ideas. Ustedes ya saben donde nos reunimos.

Altamirano me revolotea para ver si puede sacarme algunas palabras. Me considera una “Ave Rara”. Esta sección nació con la idea de que los lectores conozcan a nuestros colaboradores. Yo me resisto al reportaje heroicamente arguyendo mil razones. Una de ellas: es que me conocerán a través de las editoriales. Puesto que los colaboradores son finitos y, algunos renegamos a exponernos bajo su microscopio aviano, podríamos suponer que la sección tiene un fin cercano. Le he sugerido a Altamirano que amplíe el círculo de sus vuelos, que trascienda los portales de nuestro nido para migrar con Aves Raras hacia otros hábitats. Pero él también se resiste, el tiempo dirá.

En este número una visión sobre autores españoles. Como me comentaba alguno de los colaboradores tres cuentos es un magro panorama. Yo pienso que es suficiente para generar en el lector despierto e interesado la curiosidad o el deseo de acercarse a los medios en que se consiguen relatos de autores Españoles.

El fandom Español es diverso y activo. La colección NOVA —dirigida por Miquel Barceló—, los libros de Minotauro, los de la editorial Timus Mas, y ahora, la nueva colección de Plaza & Janés —dirigida por Marcial Souto—, como una gran cantidad de revistas profesionales y de aficionados, las listas de discusión por correo electrónico, conforman el alimento de un fandom creciente.

Observando desde muy lejos el fandom de España, veo que tienen sus diferencias pero no impide que trabajen aunando esfuerzos para mejorar sus productos literarios. No puedo dejar de mirar hacia la Argentina y las odiosas comparaciones me surgen espontáneamente. ¿Por qué no podemos tener ese efervescente movimiento? ¿Por qué no podemos disponer de esa diversidad de actividades? La respuesta es evidente: nuestros problemas económico-sociales nos ponen

contra la pared a la hora de actuar. Es cierto, pero no nos justifica.

Hace un tiempo que estoy pensando qué es lo que pasa con la ciencia ficción en Argentina, con el fandom más precisamente. Nosotros, desde nuestra revista, hacemos lo que está en nuestras manos: publicar autores jóvenes, anunciar concursos y eventos, conectar a gente con intereses mutuos. Pero no es suficiente y vuelvo al tema del comienzo de esta editorial: la participación activa de todos es necesaria para generar la diversidad que haga ricos los intercambios.

¡Disfruten de la revista!

Aníbal Gómez de la Fuente
quipu@sinectis.com.ar

El día que hicimos la transición

Pedro Jorge Romero y Ricard de la Casa

—Hoy os toca a vosotros hacer la transición —dijo la voz del teniente de guardia en mi oído.

Abrí los ojos inmediatamente. Toda la habitación estaba a oscuras. Se había activado una alarma temporal y en esos momentos todo el edificio debería estar completamente sellado: nadie podía entrar ni salir. Diez segundos más tarde se encendieron las luces. Los nanosistemas de nuestros cuerpos comenzaron a activarse, controlando cientos de procesos biológicos. Ahora podía ver con mayor claridad.

La transición es un clásico. Al menos una vez por semana hay que hacerla, y en ocasiones hasta dos o tres veces en un mismo día. ¿Por qué todos los terroristas, de uno u otro bando, tienen semejante fijación con ese período? ¿Por qué no intervienen más a menudo en la guerra civil o en el asunto de la armada invencible? Supongo que, simplemente, la transición está tan llena de posibilidades, hay tantos caminos abiertos simultáneamente que todo bando político o grupo económico se cree capaz de ajustar el proceso de forma que triunfe su particular posición.

Parece tratarse también de una fijación particularmente española. Otros países sufren también ataques terroristas que pretenden cambiar la historia a su gusto, pero esos casos se producen una o dos veces al año. Sin embargo nosotros tenemos que lidiar hasta con treinta casos a la semana y más de la mitad pueden situarse en la transición. Parece que los españoles estamos tan insatisfechos de nuestra historia y somos tan incapaces de aceptar que otros hayan triunfado en el pasado que realizamos grandes esfuerzos por cambiarla.

En cualquier caso, no importa: el trabajo del Cuerpo de Intervención Temporal de la GEI es evitar que esas situaciones se den, y en particular cuidamos mucho de la transición.

En realidad hemos llegado a ser unos expertos en ella. Aprender de los terroristas nos ha dado una excelente visión de ese período. Hemos profundizado tanto en todos sus vericuetos, que somos capaces de aventurarnos en esos años sin ninguna

preparación ni estudio concreto.

Rudy es experto en flujo temporal, yo diría que muy bueno. Es capaz de discernir que acción dará el mejor resultado. Marisa y yo somos expertos en historia española comparada. No sólo la nuestra, sino también de las principales ramas que subyacen desde el 2012. Isabel es experta en ambas cosas a la vez, es muy buena relacionándolas.

Nos levantamos inmediatamente de los camastros. Yo fui el primero, Isabel la siguiente, luego Marisa y finalmente Rudy. Isabel y Marisa tenían mucha experiencia, pero Rudy era la primera vez que hacía la transición desde su último reclutamiento. Yo por mi parte he hecho la transición diez veces seguidas; mi mejor récord.

Los que estamos de guardia normalmente dormimos vestidos, para estar listos en el caso de tener que realizar una operación. Pronto estuvimos preparados. Isabel se acercó a mí y me miró fijamente. Era una reafirmación de nuestro acuerdo; hemos sido amantes la mayoría de las ocasiones, sólo amigos en otras, pero siempre hemos estado juntos y nos hemos apoyado el uno al otro. Nuestra última relación había sido un poco desigual, ella no estaba muy segura, pero parece que yo seguía intentándolo.

—Vamos —me dijo apartando finalmente la mirada.

—Sí —fue mi lacónica respuesta.

Siempre me levanto de mal humor y con pocas ganas de hablar.

Rudy y Marisa ya habían salido con esa extraña velocidad que les caracteriza; nunca acabo de acostumbrarme a su hiperactividad. Tienen una relación extraña esos dos, tan pronto se ignoran como tan pronto no pueden separarse. Cada alistamiento lo cambia todo. Aunque en realidad, eso es algo con lo que todo agente del CIT tiene que vivir; las parejas como Isabel y yo somos más bien la excepción.

Corrimos por los pasillos hacia la sala de documentación. En las películas holográficas, en cualquier línea temporal, el policía de turno o el agente secreto, se lanza inmediatamente a la acción, reparte golpes a diestro y siniestro y asunto resuelto. La realidad no es en absoluto así. Por desgracia, hay un componente de acción en nuestro trabajo, pero primero es necesario establecer con precisión cual es el cambio en el tiempo que se ha producido y evaluar la mejor forma de resolverlo. Sólo después intervenimos intentado realizar una operación lo más limpia y rápida posible. Y aún así todavía queda escribir el informe. Y dios te guarde de tener que informar de un desaparecido porque en ese caso el papeleo se hace

interminable y hay que realizar otra operación.

Llegamos a los tubos. Marisa apretó el botón que nos llevaría al sótano. La sala de documentación se encuentra en uno de los pisos más profundos del Cuartel General del CIT, es un lugar amplio y está casi por completo ocupada por seis terminales de ordenador, por debajo sólo queda la bóveda acorazada que contiene el portal, el lugar más vigilado y seguro del CIT.

La puerta de tubo se abre directamente a la sala de documentación. Durante una emergencia sólo los agentes de guardia, nosotros en este caso, pueden acceder a la sala. El sistema electrónico de los tubos lee el estado de nuestros implantes para evaluar si tenemos permiso para estar allí. En caso de que uno de nosotros no estuviese autorizado el tubo ni siquiera se movería.

Allí ya estaba el equipo de apoyo evaluando los cambios producidos. José Luis, Sara, Didac y Sandra. Si algo saliera mal en la operación ellos serían nuestros sustitutos.

—Os juro que me estoy hartando de tanta Transición —dijo bostezando Sara al vernos llegar.

Isabel se sentó frente a una de las consolas. Marisa ocupó la que quedaba libre. Los demás nos colocamos detrás. Isabel, desde su asiento, observó las imágenes cambiantes de la laboriosa búsqueda del punto de ruptura que los ordenadores, por comparación histórica, intentaban localizar. El sistema es relativamente simple, sólo hay que empezar a buscar hacia atrás a partir del 7 de agosto del 2012. Al principio los acontecimientos difieren mucho de la historia conocida, pero poco a poco los cambios van convergiendo a cero y la historia se aproxima a la real. En este caso, además, contábamos con la ventaja de saber que el cambio se había producido en la transición. Cada consola está conectada simultáneamente a nuestras propias bases de datos, de la historia tal como fue, y a las bases de datos del exterior, lo cual nos permite comparar los registros.

Todo el Cuartel General del CIT, dependiente a su vez del Grupo Español de Inteligencia, está encerrado en un campo de éxtasis. Eso significa que nosotros sólo notamos los cambios en la historia comparando nuestros registros con los del exterior; para todos aquellos que estamos dentro del recinto, el cambio que había alterado la vida en el mundo exterior no se había producido y recordábamos la historia tal y como había sucedido. La existencia del campo de éxtasis significa que estamos virtualmente atrapados

en el edificio. Podemos salir, sí, pero no podemos hacer vida independiente. Si viviésemos fuera, sin protección, la marea de la historia nos acabaría atrapando. Acabaríamos viviendo una versión determinada del universo y perderíamos nuestra efectividad como agentes. No, podemos espiar en el mundo, en la realidad de allá fuera, pero no disfrutar realmente de él.

Posiblemente, la teoría que permite el viaje en el tiempo es la más extraña de toda la historia de la física; difícil de entender, formulada en un número increíble de ecuaciones. Es la base de una teoría de gran unificación que algún día lo explicará todo pero que, por el momento, nos permite viajar por el tiempo empleando cantidades razonables de energía. Se la llama simplemente Teoría Temporal o TT. Por desgracia, algunos de los efectos de la teoría son casi metafísicos. Cuando fue formulada, cuando aquel joven físico la comprendió finalmente, y la concibió pura y completa por primera vez, la teoría cambió la misma naturaleza del universo y de la realidad. Antes del 7 de agosto del 2012 existía una sola línea temporal. La historia era única, compartida por todos. En aquella tarde de agosto, justo en el momento de ser formulada definitivamente, el tiempo se volvió múltiple, las líneas temporales fueron divergiendo a medida que los fenómenos cuánticos se iban produciendo en el universo. Ahora existen infinitas historias, la gran mayoría casi idénticas, indistinguibles, sólo nimios detalles las hacen distintas; otras son muy diferentes. En muchas, billones de ellas, viven copias exactas de cada ser humano sobre la Tierra.

Filósofos y físicos llevan veinte años intentado explicarlo y no han llegado muy lejos. Está claro, sin embargo, que los primeros físicos cuánticos tenían razón: el observador afecta lo observado y la existencia de seres inteligentes en el cosmos altera el funcionamiento del universo. ¿Cómo explicar si no esta situación? 5 minutos antes de un día de agosto sólo existía una historia y cinco minutos después existían millones de ellas. Es más, esas líneas temporales son reales y se pueden visitar con gran facilidad. La misma tecnología que permite el viaje en el tiempo permite el viaje entre líneas temporales alternativas.

En 1955 Hugh Everett formuló lo que él llamó la interpretación de muchos mundos de la mecánica cuántica. Según él, cada vez que se producía un fenómeno a escala cuántica el universo se dividía en tantas versiones como fuesen necesarias para dar cuenta de todos los resultados posibles. En el caso más simple, dos posibilidades, en una rama el proceso se había producido, en otra no. Visto desde ahora, uno podría decir que Everett simultáneamente tenía razón y se equivocaba. Antes del verano del

12 el universo, en el caso más simples de solo dos opciones, aceptaba uno de esos fenómenos y desechaba el otro, después de esa fecha el universo hace lo posible por ejecutarlos todos y Everett sale vindicado. Después del 7 de agosto del 2012 el universo se divide en tantos universos como sean necesarios para cubrir todas las posibilidades.

El campo de éxtasis que rodea al Centro de Intervención Temporal, que se basa en una extraña propiedad de algo que los físicos llaman tiempo imaginario, nos permite, a los que estamos dentro, experimentar un único pasado. Si alguien cambia la historia nosotros seguimos recordando la historia tal y como fue, lo cual nos permite darnos cuenta de cuando ésta ha sido manipulada. Por desgracia, el campo de éxtasis fue una conclusión tardía de la teoría y cuando se desarrolló era ya demasiado tarde. Aunque tampoco estoy seguro de qué se hubiese podido hacer: ¿Rodear todo el universo con un campo de éxtasis?

De lo que si estamos seguros es que esa teoría demuestra que estamos solos en el universo. Al menos, que no hay ninguna civilización extraterrestre a nuestro nivel de desarrollo. Si hubiese alguna civilización más avanzada hubiesen descubierto antes la teoría temporal y nosotros ahora notaríamos que el universo comenzó en una fecha anterior a nuestro propio descubrimiento de la teoría. Como eso no es así, la conclusión es que estamos solos, o por lo menos, que somos los más avanzados de todo el universo. No es tan sorprendente como parece, alguien tenía que ser el primero.

—Lo tengo —dijo en voz alta José Luis para llamarnos la atención.

Todos nos agolpamos alrededor de su consola. Los ordenadores habían encontrado el punto del cambio. En su pantalla tenía la portada de El País del 28 de febrero de 1977. En la versión que teníamos en nuestra base de datos, la versión de la historia tal y como había sucedido originalmente, los titulares eran los usuales de la época: huelgas, manifestaciones, declaraciones del gobierno. En la versión que traíamos del exterior sólo había un titular que ocupaba todo el ancho de la primera página: Carrillo asesinado. El periódico del día anterior era idéntico a nuestra versión pero el del día siguiente tenía esa ominosa noticia que había eclipsado a todas la demás.

—Ésta es nueva, ¿no? —comentó Rudy.

Nadie le contestó, en realidad no buscaba que nadie le respondiera.

—Pobre hombre, sólo le faltaba esto. Ya le han hecho de todo

—continuo Rudy.

—Durante el entrenamiento nos enseñan muchas de las tretas utilizadas para cambiar el pasado. Casi todas coinciden en el mismo esquema, simplemente matar a algún personaje conocido. Casi siempre se trata de las mismas personas: Hitler, Stalin, Kennedy… Pero Rudy tenía razón, aún no habían probado a asesinar a Carrillo en esa entrevista, era curioso teniendo en cuenta la cantidad de veces que el mandatario comunista era manipulado en un sentido u otro.

—Será mejor mirar más a fondo. Volved de nuevo a vuestras consolas y seguid buscando. Es demasiado evidente —dije.

Cada uno intentó encontrar datos que relacionasen a Carrillo con esa fecha. Con los datos que daba el artículo del periódico, y los de días posteriores que trataban la noticia, pronto tuvimos una visión más o menos clara de lo sucedido. Aunque no encontramos ningún otro punto de cambio que no fuera resultado del asesinato del dirigente del PCE.

Empecé a cotejar datos. Para el día 27 de febrero el presidente Suárez había concertado una entrevista en secreto con Carrillo. En aquel momento el Partido Comunista no había sido todavía legalizado, pasarían aún un par de meses, y entrevistarse con el secretario general del PC era, para la España de la época, citarse con el diablo en persona. Parece increíble, pero en aquel momento el Partido Comunista tenía un gran peso moral en la sociedad española y contar con los comunistas era imprescindible para consolidar la democracia, pero actuar con demasiada rapidez podía traer graves consecuencias. Suárez lo comprendía, pero sabía también que si podía legalizar el Partido Comunista y celebrar unas elecciones libres con todo el espectro político al completo ganaría prestigio y fuerza. Por esa razón concertó aquella entrevista supersecreta; sólo el Rey y un par de miembros del gobierno estaban enterados. La reunión en sí no fue demasiado importante, pero de haberse descubierto las todavía poderosas estructuras del franquismo hubiesen forzado la caída de Suárez y retrasado o impedido la llegada de la democracia.

—Es curioso… hace más de tres años que no asesinaban a Carrillo —dijo Isabel con su suave voz que la caracteriza.

A la cinco de la tarde recogieron a Carrillo en su piso en Puente de Vallecas. Fue llevado por una carretera discreta. Una persona, una mujer, lo llevó al chalet Santa Ana, en la afueras de Madrid; un lugar tranquilo. En la historia real, Suárez llegó unos minutos después y hablaron durante horas de Política, con ‘P’

mayúscula. Lo que los terroristas habían hecho fue muy simple. Se habían limitado a volar el coche en que viajaba Carrillo justo antes de llegar a la casa. Con eso se aseguraron dos cosas: que la entrevista fuese conocida por el búnker y la cólera del Partido Comunista ante la muerte de su líder. ¿No eran miembros del gobiernos lo únicos que conocían esa entrevista supersecreta? Las sospechas cayeron inmediatamente sobre el ejecutivo y en particular sobre el propio Suárez, que era inocente.

Los sucesos caían a partir de ese momento en cascada. Busque los últimos asesinatos de Carrillo. Sólo había dos: en ambos había sido abatido a balazos, una vez en plena calle, cuando paseaba horas antes de que el PCE fuera legalizado y otra cuando hizo su primera aparición pública. Las consecuencias de ambos magnicidios eran, en ambos casos, mucho menores que las actuales.

Esta vez, en vano, los poderes públicos pidieron calma. El búnker exigió explicaciones inmediatas y la destitución fulminante de Suárez, cosa que el Rey se vio obligado a hacer al cabo de tan sólo dos días. Mientras tanto, el Partido Comunista se lanzaba a la calle. El mes anterior, ante el asesinato de los abogados de la calle Atocha, el PCE había dado un ejemplo de saber estar realizando manifestaciones silenciosas, pero en aquel momento tenían a Carrillo de guía y confiaban mínimamente en el proceso de democratización. Ahora Carrillo ya no estaba y nadie confiaba en el gobierno.

Los franquistas forzaron, en la terna presentada al Rey, la elección de un presidente duro que ordenó cargar contra los manifestantes. Por todo el país los civiles se enfrentaban con la policía. Poco a poco, otras fuerzas democráticas se fueron uniendo a los actos de protesta. El proceso de democratización se había perdido definitivamente, pero lo peor estaba aún por llegar.

Una semana después se produce un golpe de estado. El Rey pierde todos sus poderes efectivos y se declara el estado de excepción en todo el país. Nadie lo respeta. Los choques continúan y pronto queda claro que España está sumida en una nueva guerra civil; lo que nadie quería, lo que todos hubiesen deseado evitar. Cataluña y el País Vasco aprovechan la confusión para declararse independientes, Marruecos ocupa Canarias invocando su soberanía, pero al menos los canarios se libraron de lo peor de la guerra. Barcelona es sitiada y arrasada por completo. Nadie sabe cuantos bandos luchan. En las grandes capitales los francotiradores disparan contra todo lo que se mueve y la comunidad internacional asiste estupefacta a una guerra civil en medio de Europa. Lo que tenía que haber sido la ex-Yugoslavia en los noventa es España en 1977:

Asesinatos en masa, exterminios, violaciones, crímenes de guerra…

Se emplean todo tipo de armas, bacteriológicas, químicas… Mueren millones de personas y todavía más cuando una explosión nuclear destruye Madrid por completo. Nadie sabe quién ha detonado el artefacto ni de dónde ha salido, todos se acusan mutuamente, pero eso es ya demasiado. Las Naciones Unidas ocupan España e imponen una paz precaria. Después de cinco años de lucha, el país está arruinado, destrozado, devastado, con perdidas de casi un tercio de su población, con refugiados y supervivientes que apenas tienen para comer. Ya no hay parlamento, ya no hay monarquía, la familia real murió con Madrid, ya no hay nada por lo que valga la pena luchar, pero la heridas tardarán en sanar. La reconstrucción llevará años y nadie sabe cuanto durará. Aún en 2032 resuenan sus ecos.

Debo reconocer que como plan terrorista era muy bueno, mejor que la mayoría. Los he visto de casi todos los colores. En ocasiones prolongan la vida de Franco y eso retrasa todo el proceso democrático e incluso en algunas versiones la democracia llega con Franco aún vivo, que sigue al mando del ejército. En otras ocasiones se evita la muerte de Carrero Blanco que se convierte en Presidente del primer gobierno del Rey y consigue detener la apertura. También algunos conspiran para asesinar al Rey y traer la república. Y en ocasiones hay quien conspira para que Juan Carlos no suceda a Franco y su lugar sea ocupado por otro candidato al trono que continua la obra del dictador. Pero en lo que se refiere a efectos por mínima causa, nada superaba este caso. ¿Quién podría suponer que el asesinato de un sólo hombre en unas circunstancias que luego la historia apenas reseñaría pudiese tener consecuencias tan grandes?

Realizar un cambio en la historia después del 2012 no tendría ni la más mínima consecuencia; algo así produciría simplemente una nueva versión de la historia que coexistiría con las ya existentes y con las que la mecánica cuántica produce continuamente. Pero antes del 7 de agosto la TT prohíbe la existencia de más de una historia simultáneamente. Por tanto, la historia preexistente queda sustituida por la resultante del cambio. Muchas veces me he preguntado por qué nos empeñamos en corregir la historia, después de todo, ¿a quién la importa? La única respuesta que he podido encontrar es simplemente que la historia tal como fue, buena o mala, alegre o desdichada, es la nuestra y nadie tiene derecho a manipularla según que oscuros intereses.

Pero bueno, una vez localizado el punto de bifurcación, es necesario

arreglarlo. Ese es el momento más delicado. Habitualmente los verdaderos instigadores no suelen exponerse directamente y contratan el personal necesario para llevar a cabo la acción, que a su vez subcontratan a otros de poca monta allí donde quieren intervenir. Así que, por lo general, nos encontramos con unos pobres diablos que apenas saben nada. Por otro lado tenemos al personal altamente especializado en saltos temporales que es necesario atrapar. A los primeros intentamos darles un susto para que no reincidan, pero poca cosa más podemos hacer. Los segundos son muy difíciles de sorprender. Ellos, como nosotros, tienen todo el tiempo del mundo a su disposición, y nosotros no tenemos los equipos necesarios como para invertirlos en costosas y largas investigaciones de campo así que, cuando nos topamos con ellos, más por suerte que otra cosa, no solemos tener muchos miramientos.

Tomamos el tubo y fuimos a la sala de la Transición. Ese período es tan visitado que ocupa todo un ala del subterráneo principal. Allí se guarda todo el vestuario y utensilios. También nuestras armas, disimuladas como objetos habituales de ese momento histórico. Utilizamos tanto esas ropas que las tenemos que renovar muy a menudo.

Nos cambiamos para la época y la estación. Salimos y nos metimos en el tubo de nuevo. Pasamos nuevos controles de seguridad, aún más estrictos, y llegamos a la bóveda subterránea donde se guarda el portal.

Cuando uno la visita tan a menudo como nosotros, éste acaba perdiendo todo su encanto, se transforma en un objeto más de la decoración surrealista de la bóveda acorazada.

La estructura es una especie de cubo. Realmente es más alta que ancha y no es sólida. Sólo están las líneas que forman la estructura. Se le llama Portal Visser y está compuesto de masa negativa. Cuando te acercas empiezas a notar una extraña repulsión, porque en lugar de atraer la materia, la masa negativa la repele. Por tanto es imposible tocarlo, pero eso no es necesario. La estructura tiene unos cinco metros de lado y cabemos todos perfectamente.

Tal y como está, el portal es completamente inactivo. Para realizar el viaje es necesario encontrar un agujero de gusano cuántico adecuado, uno que, de forma natural, conecte nuestra época con el punto temporal al que queremos viajar. Parece ser que, a escala lo suficientemente pequeña, el espacio-tiempo no es plano sino una espuma donde se forman continuamente estructuras anómalas. Algunas de esas estructuras son túneles que conectan dos regiones separadas, por ejemplo, un punto del 2032 con otro en el 1977. Esas estructuras se forman y destruyen tantas veces que no es

necesario esperar mucho para encontrar la adecuada. En ese momento los técnicos la alimentan con energía para hacer que crezca hasta un tamaño macroscópico, lo suficientemente grande como para que podamos atravesarlo. Pero todavía no es seguro, para que sea estable es preciso colgar sus bocas a los portales Visser, las estructuras de masa negativa. Primero se acopla a la que tenemos en nuestro lado, luego una similar, algo más pequeña, se envía a través del túnel para que el otro extremo sea también estable. En ese momento, si la longitud del agujero de gusano se ha elegido lo suficientemente pequeña, se puede pasar de un lado a otro casi instantáneamente. Uno simplemente ve la imagen del otro lado, da un paso y ya está.

Antes del 2012 se sabía que algo así era posible, pero se creía que las energías necesarias eran tan grandes que ningún gobierno de la Tierra, ni siquiera todos ellos juntos hubiesen podido reunir la energía imprescindible para abrir un portal. Además, los portales debían ser enormes, unos cinco kilómetros de diámetro, para garantizar un paso tranquilo y en ese caso estamos hablando de varias veces la masa del Sol. La TT lo cambió todo. De la noche a la mañana se podían usar cantidades mínimas de energía para ampliar un túnel entre dos regiones del espacio-tiempo o entre dos espacio-tiempo distintos.

Los técnicos ya estaban preparando el salto. Arriba, en una sala de control, estaba nuestro equipo de apoyo, por si necesitábamos información adicional o por si había, a última hora, nuevos cambios en el continuo.

—¿Todos listos? —preguntó Isabel. Como la más veterana le tocaba ser la líder.

Todos comprobaron el material que llevaban. Nos habíamos vestido tantas veces con esas ropas que ya no notábamos el aspecto extraño que teníamos. Con algo de suerte no tendríamos que pasar desapercibidos durante mucho tiempo; si todo salía bien, sería simplemente viajar y salir. Todos parecían tener el material en orden. Rudy fue el último en acabar. Se miraba la muñeca como si una de las lecturas no le acabase de convencer. Finalmente la bajo y asintió.

—Todo bien —dijo.

Bien, ya estaba. Ahora o nunca, como siempre. Marisa, la atrevida, fue la primera en acercarse al portal. Se plantó junto en el borde. Debía estar sintiendo toda la tensión. La masa negativa de la estructura se combina con la masa, positiva, del túnel, por lo que todo el conjunto podía tener una masa neta negativa, positiva o

nula. Los técnicos siempre aspiran a masa nula, pero se conforman con que la masa combinada no sea demasiado grande en valor absoluto. Por tanto, en teoría, no debería sentirse nada al acercarse, pero la realidad es que la masa negativa está más cerca de tu cuerpo que el túnel en sí y es normal sentir una ligera presión que te empuja hacia fuera.

Marisa desapareció y fue seguida por Rudy. Yo me preparé para entrar. Nunca me ha gustado atravesar el portal. Nuestros túneles tienen normalmente menos de veinte centímetros de largo, por lo que apenas se trata de dar un paso para atravesarlo. Aún así, son lo suficientemente largos como para que se noten los efectos peculiares de su geometría. Si miras ligeramente hacia la pared del túnel veras tu imagen allí, repitiéndose infinitamente a todo lo ancho y alto. Por supuesto, en el otro extremo ves el paisaje exterior, pero eso simplemente lo hace más desconcertante.

Yo me volví hacia Isabel y la besé en la boca.

—Suerte —dije.

—Suerte —repitió ella. Me miró durante un momento, pero finalmente apartó la vista y se acercó también al túnel.

Cada vez que atravieso el portal vuelven siempre los viejos recuerdos de como fui reclutado para el CIT.

En la memoria se mezclan emociones que suelen ir parejas, nostalgia y un mucho de inocencia, como cuando uno se pone a ver un rancio disco de imágenes y películas. Todo tiene esa patina borrosa que hace que los defectos se difuminen y creas que aquellos tiempos fueron mejores de lo que en realidad fueron.

Después de clase yo solía reunirme con mis amigos en el parque La Granja una vez por semana para charlar, entrenar y, eventualmente, pasar una noche de juerga. Aquel día de primavera habían suspendido mi clase de Perspectiva Histórica y llegué antes de lo normal, algo que, por supuesto, estaba previsto.

Para pasar el rato me tumbé sobre la hierba, con mis pantalones cortos y unas zapatillas rojas que luego Isabel que dijo que eran horribles. Hay cosas que nunca cambian y parece que mi mal gusto por la ropa es algo bastante extendido.

Ella se me acercó. Era Isabel claro, pero yo todavía no lo sabía. Se sentó cerca de mí, lo suficiente como para asegurarse de que notara su presencia, pero no tanto como para que yo pensara que iba directamente a por mí. Se había puesto el vestido azul

pálido que le había regalado yo y que me gustaba mucho. El pelo suelto y la cara sin apenas maquillaje, muy natural. Todo pensado, todo estudiado ¿hay algo que no hayamos analizado? Traía un ejemplar de Reseñas de Historia, una revista que yo leía habitualmente. La miré fijamente, mientras ella se empeñaba en mantener los ojos pegados a la página. De pronto, levantó la cara, me vio, me sonrió y volvió a hundirla en el libro.

Me levanté y me acerqué a ella.

—¿Has leído el artículo de Martinson sobre Cartago? —le pregunté—. ¿Ese de que realmente no existió y que la construyeron los romanos para luego poder decir que la habían destruido?

Se me quedó mirando, quieta, muda, segundos que se alargaban infinitamente. Sus expresivos ojos sugerían más cosas de las que yo necesitaba saber y más de las que ella quería mostrar. Hubo algo de ella, algo indefinible que me sedujo en aquel instante, fue como si un escalofrío recorriera todo el cuerpo. Supongo que en ese momento ya estaba jugando conmigo.

—Esto, perdón por abordarte así —continué—, vi la revista que estas leyendo y da la casualidad de que es mi especialidad. Me llamo Mikel y doy cursos en la UniCentral de Logroño.

Basculé sobre mí mismo intentando no parecer demasiado ridículo. Decidí sentarme a su lado.

—Hola —me dijo ella como dudando—. Me llamo Isabel. He leído el artículo… —se interrumpió unos segundos mientras esbozaba lo que podría ser el preludio de una sonrisa—, la verdad es que me parece una solemne memez.

Yo me quedé de una pieza, esperaba muchas respuestas pero no esa precisamente. Ella seguía allí, mirándome, tranquila, serena, esperando. Era evidentemente una provocación y tarde en darme cuenta.

—No me hagas caso —me dijo mostrándome plenamente su sonrisa—, ayer tuve un mal día, eso es todo. Ahora estoy intentando arreglar el desaguisado.

Había perdido la iniciativa. La sensación que te embarga en esos momentos es de impotencia, de estar fuera de juego. El problema es que aún no sabía que desde el momento en que ella había aparecido, estábamos jugando con cartas marcadas.

—Aunque… podríamos discutir el tema —añadió sin darme tiempo a pensar siquiera una respuesta—. Te advierto que no soy

fácil de convencer. Su voz sonó, esta vez, mucho mejor. Luego supe porque, para ella fue un impacto verme de nuevo, oírme de nuevo.

—Yo tampoco —dije yo, recuperando ligeramente el control.

Nos levantamos y echamos a andar. No sabía que a partir de aquel día no volvería a ver a mis amigos.

Por supuesto no hablamos ni de Martinson, ni de Cartago, ni de nada parecido. Ni falta que hacía. Charlamos de intrascendencias, del trabajo y de los sueños. Isabel dejó que su verdadera misión se fuera perdiendo en un limbo de gestos y de anécdotas. Deambulamos de aquí para allá sin rumbo fijo, cenamos en algún lugar extraño, pero tranquilo, finalmente acabamos en mi apartamento.

Fue a las cinco de la mañana, después de hacer el amor por segunda vez, cuando me lo dijo. Me soltó el rollo habitual y completo. ¿Para qué disimular? Me acabaría enterando tarde o temprano. Hace falta una gran capacidad de asimilación para entender lo que te dicen y reconozco que no lo comprendí muy bien. ¿Qué era aquello de viajes en el tiempo, cambios en la historia y universos paralelos? Me dijo, además, que llevaba años enamorada de mí aunque, según mi experiencia temporal, nos habíamos conocido esa misma mañana. Con la tranquilidad que da la no comprensión y el shock volví a dormirme.

Me desperté primero, me levanté y caminé hasta la ventana, necesitaba pensar. Fuera, uno de aquellos días azules que vaticinaban la llegada del calor, me cegaba con su luz.

Ella se movió por la cama, buscándome.

—¿En qué piensas? —me preguntó sin abrir los ojos. Ella sabía que estaba allí. Sabía lo que estaba pensando, sabía cuales eran mis dudas.

Yo había estado meditando. La terrible realidad de lo que me había contado se había ido asentando en mi mente y una pregunta me rondaba insistentemente el cerebro.

—¿Tengo alguna opción que no sea entrar en el CIT? —le pregunté, creo que con voz algo triste.

—Por supuesto —me contestó—. Puedes quedarte aquí.

—¿Eso es lo que quieres?

Isabel no me mintió. Sabía que necesitaba que fuera sincera o al menos que lo pareciera.

—No.

—¿Cuál es nuestro futuro?

Su respuesta fue una lapida a mis expectativas. Su tono en cambio lo desmentía.

—No tenemos futuro —dijo ella.

No alcancé a entender todas las implicaciones de su respuesta. Incluso ahora descubro nuevas facetas a su corta pero intensa contestación.

Aquel día almorzamos juntos, paseamos, charlamos, procurando ser lo más sinceros posibles. Yo lo fui, ella sólo necesitó ser convincente. Por la tarde apareció el portal y lo crucé por primera vez para llegar al CIT. Llegamos segundos después de que Isabel partiese en mi busca. Pasé las formalidades del reclutamiento. Fue confuso darse cuenta de que todo el mundo me conocía, que todos se alegraban de verme de nuevo. Era como si siempre hubiera estado allí, de alguna forma eso era cierto. Me saludaron los viejos camaradas y me llevaron a las cabinas de instrucción aceleradas. Ese fue el día en que mi vida comenzó de nuevo.

Estábamos cerca del lugar, era todavía temprano, todo parecía en calma, hacía sol y buena temperatura para ser un mes de febrero. En realidad, lo que esperábamos era que apareciesen los incautos que traían la bomba. Habitualmente esa es la mejor manera de actuar. En este caso era ciertamente el mejor proceder: la reunión era tan secreta que no había ningún dispositivo de seguridad. ¿Quién confiaría en una policía heredada del franquismo?

Cada uno de nosotros tenía ya una misión asignada, así que todos sabíamos lo que teníamos que hacer. Nos movimos hacia el punto de acción.

—Creo que ya vienen —anunció Marisa que estaba vigilando la carretera.

—Rudy, estáte atento a la aparición de algún Extra —dijo Isabel y continuo—. Marisa córtales por detrás. Mikel, tu conmigo. Utilizaremos aturdidores como defensa. Con eso será suficiente.

Siempre tememos que aparezca algún Extra, es decir algún extraño del futuro. Alguien que venga a trastrocar los planes. Es un poco estúpido, pero a veces funciona. Así que lo mejor es no bajar la guardia.

El atentado con bomba lo tenemos tan estudiado que casi lo podemos solucionar con los ojos cerrados. Se trata de cortarles el paso de forma natural, mientras nos preparamos con los

aturdidores. Normalmente no queremos matar a nadie sino sólo impedir la acción. En caso de que apareciese algún Extra, por supuesto, no tendríamos reparos en asegurarnos de su muerte.

La furgoneta se acercaba, iban tranquilos. El lugar pensado para la explosión aún quedaba a unos kilómetros. Eran tres, jóvenes, seguramente enrolados en algún barrio madrileño como Tresaguas o Horcasitas. Casi me dieron pena.

Cuando estuvieron casi a nuestra altura Isabel nos envió la señal de inicio. Los movimientos parecieron un ballet. De alguna manera estaba como volando por encima del lugar, desdoblado, supervisando la operación. Me veía moverme, Isabel parándolos y yo aturdiendo al primero, Isabel al segundo, yo al tercero. Interviniendo la bomba. Marisa por detrás, observando, vigilando. Rudy un poco más allá sin mirarnos, controlándolo todo a nuestro alrededor. Tiene un algo especial que le hace sensitivo, un sexto sentido que le permite anticipar el peligro.

Miré el artefacto, era una vulgar bomba, suficientemente potente como para alcanzar su objetivo. Asombrosamente vulgar. Me la miré dos veces, simple, rectifique, como la operación, y eso era algo que no me gustaba.

Miré a Rudy en busca de una señal, pero permanecía tranquilo, así que intente relajarme.

Apenas habían pasado unos segundos y todo había acabado.

Quedaba lo más sencillo, pero lo más engorroso, hay que apartar a aquella gente de allí, hay que despejar el camino a Carrillo, la bomba debe desaparecer y estos hombres olvidar el asunto. Nadie debe enterarse.

Podemos quedarnos por allí para asegurarnos que no haya un equipo de repuesto, otra bomba, pero es perder el tiempo. Carrillo nunca sabrá que nos debe la vida, ni falta que hace. Es más sencillo volver y comprobar que todo ha vuelto a su lugar original.

Subimos a la furgoneta e iniciamos el retorno a Madrid, la dejaremos abandonada en Vallecas, es un buen lugar para que desaparezca sin dejar rastro. Les inyectamos a los tres una solución que les hará olvidarse hasta de su nombre. Tendrán que ir de nuevo a la escuela. La bomba, sus armas y todos los documentos nos los llevamos de vuelta a nuestro propio tiempo. Nadie sabrá quienes son, ni que les ha pasado.

Paramos en un lugar poco transitado. Hacemos que bajen y les empujamos un poco para que empiecen a andar. En estos momentos son tres zombies. Arrancamos, se pierden entre la gente,

dentro de poco empezaran a llamar la atención. Dejamos la furgoneta en un descampado y buscamos un lugar discreto a esperar al portal. Aún tardará unos minutos, hasta que encuentre un túnel cuántico adecuado.

Empiezo a relajarme.

Lo malo de viajar por el tiempo es que quedas completamente desconectado de tu propio tiempo, no existe posibilidad de comunicarte con él, quedas abandonado a tu propia suerte, sólo cuentas con la ayuda de tu propio equipo.

Cuando vi el familiar paisaje de la bóveda, suspiré aliviado.

—Éxito completo —comunicó Isabel.

Desde arriba, Didac nos hacía señas.

—Poned el canal cuatro, creo que Didac quiere darnos malas noticias —comenté.

—Hola a todos, me alegro de veros —dijo Didac saludando con la mano—. Creo que hemos solucionado lo peor, pero sigue habiendo graves desviaciones en el curso de los acontecimientos.

Marisa soltó un exabrupto.

—Reunión en cinco minutos en la sala de documentación —dijo Isabel asumiendo con estoicismo el fracaso de la operación.

—¿Cual es la situación actual? —preguntó Isabel en cuanto entró.

José Luis sin decir palabra señaló a los monitores.

El problema seguía siendo simple. La reunión había sido difundida por radio cuando se estaba celebrando y Suárez había quedado en evidencia. Su posición frente a los involucionistas se había debilitado y estos habían aprovechado la situación a fondo. No había guerra, todo parecía ir por el lugar correcto, pero

Suárez no había tenido más remedio que pactar con los franquistas, la transición se había retrasado. Ahora, en la línea temporal, aparecían claramente algunas grupos concretos beneficiados. Creí entenderlo.

—Un interesante ejercicio de simulación —dije levantando la voz para que todos me escucharan—.

Crean una desviación que debemos resolver, sospecho que nuestra llegada es la causa que buscaban para desencadenar un nuevo efecto, justamente el que ellos querían de verdad. El primero no era sino un cebo. Efectivo.

La capacidad de intervenir en el tiempo no es ilimitada. No puedes poner parches encima de otros parches de forma continuada. Puede que todo nos estalle en las manos algún día, a fuerza de arreglar la historia. Ya empezamos a tener problemas con la gente desmemoriada.

Isabel y el resto del grupo me miraron. Todos habían captado la trampa que nos habían tendido.

Nosotros éramos la espoleta de la verdadera manipulación histórica.

—No seas tan maquiavélico —intervino Rudy—. Ellos sabían que íbamos intervenir, así que lo planearon todo. Nosotros sólo les hemos corregido una situación anómala que da lugar a una que les beneficia. Son sofisticados, pero los he visto peores.

—Hay que volver —sentenció Marisa.

Todos nos miramos. A ninguno le gusta volver al mismo lugar en el que estamos ya, únicamente se trata de simple aprensión. Esta demostrado que podemos convivir con nosotros mismos en el mismo lugar y hora, aún así no sé de nadie que le apetezca hacerlo. Tampoco podíamos pedir al equipo de apoyo que fuera, era nuestra misión y teníamos que arreglarlo nosotros.

Isabel comunicó al control de operaciones los nuevos datos y solicitó un nuevo envío. Mientras, el resto de nosotros, nos dedicamos a buscar el nuevo punto de inflexión.

Lo localizamos, una emisora había recibido un chivatazo sobre algo que iba a ocurrir en aquel lugar. Habían enviado un coche camuflado y ninguno de nosotros se había percibido de ello. Ese es el problema de la enorme cantidad de variantes que se pueden engarzar a las acciones, sean las nuestras o las de ellos. Inteligente y simple. Nunca se cansan, pero no se dan cuenta de que nosotros tampoco.

Nos preparamos de nuevo, no nos habíamos cambiado así que esta vez todo fue más rápido. Entramos en el cubo y allí estábamos de nuevo. Seguía siendo aquella ominosa tarde. Estábamos a un kilómetro más abajo, a una distancia equidistante de nuestra primera acción y el chalet donde se iban a desarrollar las conversaciones.

El primer aviso provino como era habitual en estos casos de Rudy.

—¡Peligro!

Todos estábamos más relajados y tranquilos, aquello no tenía porque ser ni peligroso ni complicado. Sólo que esta vez nada fue así. Nos estaban esperando.

Sabían que iríamos, y por desgracia para nosotros, incluso habían acertado por donde entraríamos en ese continuo. Ese es nuestro peor momento, pues siempre hay unos momentos de desconcierto.

Nos estaban disparando, pero no veíamos a nadie. Desde luego eran Extras, no cabía duda por las armas que utilizaban. Rudy se había apercibido, pero no con la suficiente rapidez. Todos intentamos cubrirnos y desplegarnos. Lo importante era localizar la fuente de los disparos. Marisa puso un señalizador en cuanto la encontró y todos pudimos empezar a devolver el fuego.

Eran dos, y estaban situados en ángulo para cazarnos en fuego cruzado. Rudy ya se estaba desplazando para pillarlos por detrás, mientras que Marisa se movía a su izquierda. Yo disparaba como un loco para cubrirlos, mientras que Isabel, la más atrevida, avanzaba derecha a ellos cubriéndose como podía. Con suerte no quedaría marcas de la incursión, todos estábamos disparando con pistolas de plasma, no producen sonido y sólo afectan al campo de éxtasis que nos rodea, eso es suficiente.

No tuve tiempo para reflexionar. Sentí un grito y una luz roja se encendió en mi consola. No quise saber de quién era. Acabábamos de tener una baja. Los tres restantes convergimos fríamente hacia ellos, estábamos ya en la posición adecuada y no les dimos ningún tipo de oportunidad, ellos sabían que jamás la tendrían. Era como si se apagara una luz, sólo que no te quedas a oscuras.

Nos quedamos tensos, serios. De repente todo se había vuelto tranquilo, era el momento de preocuparse del resto del mundo y de nosotros. No necesite mirar la consola para saber quien de nosotros se había ido. ¡Vaya eufemismo! Sentí una punzada de dolor y permití que aflorara.

—Es Isabel —la voz de Marisa taladró mis oídos.

Me acerqué a su cuerpo. Tenía la cabeza destrozada. Cogí su muñeca derecha y leí lo que su panel de control decía. Indicaba un fallo masivo del cerebro. Nuestros nanosistemas pueden reparar muchas de las heridas, pero ni toda la tecnología del siglo XXI

podría reconstruir un cerebro reventado.

—Hay trabajo que hacer —comentó Rudy que en estos casos también suele ser el más práctico y frío del grupo.

Nos repartimos el trabajo. Esta vez fuimos más concienzudos, controlamos que nadie se hubiera apercibido de la pequeña batalla. Preparamos los cadáveres para llevárnoslos de vuelta al futuro.

Cuando acabamos, simplemente esperamos que llegaran los de la emisora. Rudy y Marisa siguieron vigilantes por si aparecía algún Extra más que intentará dar al traste con el plan.

El recuerdo de Isabel me golpeaba a intervalos regulares, como si se hubiera instalado en mi corazón. Cada latido me daba vida, cada latido me mataba.

Los de la emisora llegaron, muy discretos, con un coche sin identificación, aparcaron a unos doscientos metros de la casa. No les di tiempo ni a bajar del automóvil. Me dirigí a ellos. Les solté el rollo que habíamos preparado, me hice el remolón y les vendí la información que querían oír. Los envíe a Arganda, la información era buena —les dije—, unos compañeros suyos ya habían llegado y se habían ido cuando recibieron un nuevo soplo; en el último momento la reunión de varias facciones franquistas se había trasladado al antiguo instituto de Arganda del Rey, en la carretera de Valencia. Tenían tiempo de llegar a ella, pues debido al traslado se había retrasado un par de horas. Si se daban prisa aún llegarían con tiempo suficiente.

Lo mejor era embrollar lugar, tiempo y personajes, además Arganda había sido durante la primera década de la Transición un feudo comunista, era perfecto para los franquistas. El coche volvió a arrancar y enfiló carretera abajo. Ya no les volvimos a ver.

Estuvimos controlando todo a nuestro alrededor. Las horas parecían losas que caían lentamente. Puntualmente Carrillo pasó cerca de nosotros y se introdujo en la casa. Esta vez no hubo ningún movimiento extraño. El dirigente del Partido Comunista ni siquiera nos vio al pasar. Le habíamos salvado la vida, pero eso él, nunca lo sabría.

Hicimos una última comprobación general y esperamos al portal para regresar a nuestro tiempo. Dentro de la desgracia, fue un alivio comprobar, cuando llegamos, que la historia volvía a ser la original, al menos por el momento. En algún lugar habría alguien que estaba rumiando algún nuevo cambio. Los técnicos se llevaron los cuerpos.

Como segundo en antigüedad me enfrenté al duro deber del

papeleo. Rudy y Marisa se ofrecieron a ayudarme, pero preferí hacerlo solo. Los burócratas, aquellos que están seguros en sus oficinas, quieren saberlo todo de todos. No dejan nada al azar. Cuando acabé, frente a mi, en la pantalla de la consola, brillaban las ordenes de la segunda operación.

Isabel me mintió. No le guardo rencor por ello. Lo sabemos todo sobre nosotros, hay demasiadas posibilidades sobre el futuro. En realidad hay tantos futuros, que simplemente deja de interesarte saber algo de ellos. Por eso no me dijo la verdad y se lo agradezco, impone un poco empezar a vislumbrar todas las implicaciones de pertenecer al GEI.

Antes de atravesar el portal, he consultado todos los ficheros disponibles sobre Isabel. Así que ahora lo sé todo de ella. No de primera mano. Era la primera vez que la recluto en esta vida, así que no dispongo más que de una abundante información sobre sus alistamientos anteriores, pero son informes fríos, sin alma, sin conciencia, sin respeto por ella misma. Por eso he decidido ser mi propia memoria, creo que más de una vez habré pensado en hacerlo, en escribir para dejarme a mi mismo el relato de mis vivencias con Isabel, lo único que realmente me importa. Esta claro que siempre voy a estar aquí, así que será mejor tener unos buenos registros de mis propias emociones y sentimientos, quizá en algún momento me canse y los borre, pero será la decisión de otro Mikel, no la mía. Quizá logre que Isabel colabore. Todos los Mikel que me sigan tendrán siempre la oportunidad de acceder a todo esto que estoy escribiendo.

Estoy caminando por los pasillos de la universidad donde Isabel cursa sus estudios y voy a su encuentro. Antes de llegar aquí he tenido que evaluar cuales eran mis sentimientos hacia Isabel en este momento. Intento ser lo más ecuánime posible para que estos no interfieran en la operación, que debería tener, ineludiblemente, éxito. Es curioso como algunas veces Isabel se ha negado en rotundo a ser enrolada, una vez me ocurrió a mí y creo saber porqué, aunque es algo que no he dicho a nadie. He descubierto que las primeras horas son cruciales en su comportamiento posterior conmigo, así que lo primero que tenía que hacer era establecer que quería yo exactamente, esta vez, de ella. Somos como pequeños dioses decidiendo sobre la vida de los demás. Volviendo una y otra vez a tomar las mismas decisiones. Hay que ir con cuidado, pues de lo que si estamos seguros es de que, en algún momento, las cosas serán a la inversa y por tanto es necesario trabajar y comportarse de forma honesta para que luego recibas el mismo trato.

Según los registros, con Isabel he explorado ya algunas

variaciones, no sólo en cuanto a tipos de relación sino incluso de edad. Tengo tres momentos concretos en los cuales estoy razonablemente seguro de su comportamiento. En la primera es cuando tiene 23 años, es un poco alocada pero su intuición y seguridad son brillantes, la segunda es cuando tiene 26, es su mejor momento, acaba de salir de una relación fallida, está desencantada de su trabajo y los hombres, ha decidido refugiarse en el estudio, no ha perdido sus mejores cualidades. La tercera es cuando tiene 32 años, a mi, personalmente, es cuando más me gusta. Es mucho más seria, aposentada, y su carácter ha perdido muchas de esas asperezas que me irritan cuando nos peleamos. Nunca he ido más lejos, en la mayoría de las líneas temporales a los 33 Isabel inicia una relación duradera y nunca me ha apetecido explorar mucho más allá de ese punto.

Esta vez he escogido a la más dura de las tres Isabel que prefiero. Ella tiene 26, me va a mirar con desconfianza, se ha cerrado sobre si misma desde que su último compañero la decepcionó. Desde luego no lograré nada hoy, es lo que prefiero, en estos momentos no me interesa el sexo. Creo que sería incapaz de decirle cuanto la amo, incapaz de explicarle en que tremendo lío temporal nos hemos metido. Isabel no lograría entender porque me lamento, estando como está, delante de mí. Me recordaría demasiado a aquella otra Isabel tan familiar y cercana que me acaba de dar un beso y me ha deseado suerte antes de entrar en el portal. Ambos tenemos que pasar por un período de adaptación mutuo, bueno, esta vez sólo yo, para ella todo será nuevo y por lo tanto atractivo.

Tengo por delante tres días para hablar con ella. Isabel va a faltar a sus clases, ya he reservado mesa para mañana en el Gorría Atemparak de Barcelona. Iremos al teatro y repetiremos Aída; según los registros la he visto incontables veces, para ambos será la primera vez. Pasearemos junto a la playa y, poco a poco, le iré soltando el hilo de la enorme madeja que oculto. Quizá, al final, acabemos en la cama, quizá no, eso es una de las pocas cosas que no me atrevo a predecir.

Me estoy acercando, sólo debo girar un recodo y la tendré a la vista. Me prometo tener cuidado de mi mismo, de ella, de los dos. No quiero pasar por esto, se me hace duro.

Hay gente, mucha gente en los pasillos, están saliendo de las clases. Por un momento dudo de que me sea posible verla. No tengo miedo, sé que está allí, esperándome a que llegue y le diga que lo siento.

Todos los registros, todas las grabaciones no me han

preparado para su deslumbrante aparición. Ella esta allí, en el lugar preciso y a la hora adecuada. Tiene esa mirada risueña y alegre, sus ojos brillantes son dos focos de luz. Sus labios dibujan una sonrisa que nunca deja de ser una invitación. Me ha mirado desde lejos sin reconocerme, no tiene porque, viene hablando con una compañera y así seguirían si yo no me interpusiese en su camino. Ella todavía no sabe quién soy, no ha desviado la mirada hasta que ha estado encima de mi. Yo simplemente he tropezado con ella y los libros se le han caído. No he podido sino sonreír ocultando la cara. Le estoy diciendo que lo siento y ella escucha una simple disculpa, en realidad le estoy pidiendo perdón por lo que le estoy haciendo, por arrancarla de su línea temporal, por amarla, por llevarla lejos y quizá por matarla una y otra vez, pero no puedo hacer otra cosa. ¿Qué mejor equipo que aquel que ya está formado? Aquel de cuyos miembros se conoce todas sus reacciones, y esta probada su valía y capacidad. ¿Quién nos impide reclutar continuamente a los mismos agentes cuando hay millones de copias casi idénticas de ellos en millones de mundos similares?

Hablo, pero no me escucho, sólo tengo oídos para ella. Recito una canción aprendida hace demasiado tiempo.

Cierro los ojos, entiendo por fin lo que ella sintió cuando fue a mi encuentro en el parque, busco tiempo desesperadamente para recuperarme, dejo que me envuelva con su olor…

La situación tiene algo de poética. Isabel vuelve a estar aquí, siempre ha estado, nunca se ha ido. Sólo debo entregarle los recuerdos que ha perdido, para que sea de nuevo ella.

Cuesta darse cuenta, cuando por fin lo entiendes quieres olvidarlo, quisieras no sospecharlo siquiera, pero llega este momento y te das de bruces con la amarga realidad. Ahora sé que somos inmortales, no tenemos futuro, pero que importa cuando disponemos de un presente perenne. Hay millones de Isabel que me están aguardando. Todas ellas al alcance de mi mano. Todas ellas esperando su propia fracción de eternidad.

Pedro Jorge Romero y Ricard de la Casa son editores de BEM, la conocida y prestigiosa revista Española.

Este cuento es una vuelta de tuerca a un típico tema de la ciencia ficción: los viajes en el tiempo.

El relato fue finalista en la edición de 1998 de los premios Ignotus en



la categoría de mejor cuento.

El síndrome de Pinocho

José Miguel Pallarés

Podemos soportarlo todo, excepto la verdad
—Mark Twain

Nadie ha podido precisar con exactitud científica el momento de su nacimiento, lo cual no es extraño pues suele ser norma común en las enfermedades que atacan al tejido social la indiferencia de la comunidad científica ante lo minúsculo y minoritario aun cuando en el caso que nos ocupa hubiese una causa orgánica tangible y sólida que explicaba la enfermedad. Por eso la historia nos demuestra que jamás existen tratamientos preventivos en las patologías colectivas, cualquiera que sea su causa, hasta que sus dimensiones han aumentado más allá de lo tolerable. Entonces, precipitadamente, urgen soluciones, buenas o malas (normalmente pésimas), tratamientos, salidas. Es el tiempo de los venerables y sesudos científicos con gafas, de los sociólogos y pseudointelectuales, pero el diagnóstico no consolaba de la putrescible realidad.

Desde la época de la *Peste Negra* no había atravesado la humanidad una amenaza tan consistente como atávica. La ya casi olvidada expansión del SIDA a finales del siglo XX y la primera mitad del siglo pasado se manifestaba ínfima en comparación con el nuevo azote que angustiaba al ser humano que había logrado situarse en los albores de la conquista definitiva del espacio.

Los expertos, a posteriori como siempre, sitúan la génesis de la infección del mundo occidental en los últimos vestigios de los bosques verdes del Africa Oriental. La incubación, en uno de los pocos espacios vírgenes y ajenos a la vigilancia de la vida artificial (la única realmente eficiente y en quien se puede confiar), allí donde la precaución adiestrada del hombre urbano se confía, se relaja y abandona toda precaución y en un sujeto de voluntad quebradiza como el antropólogo *Mr. Puppet* no debió requerir más de tres horas. Cuatro a lo sumo.

Tras su regreso a Baltimore para celebrar las bodas de plata de sus progenitores se detectaron en el sujeto extraños síntomas de la enfermedad hoy desgraciadamente muy conocidos: alarmante bajada de los glóbulos blancos (el médico robot —ya antiguo— diagnosticó erróneamente una posible *leucemia atípica*), meditación

obsesiva sobre el sentido de la vida, abulia, desinterés por el dinero, pérdida del apetito y finalmente, como último e inevitable síntoma, la trágica secuela en la fase terminal: una patológica y obsesiva manifestación de la verdad, la imposibilidad de mentir y, por tanto, la inevitable muerte a manos de los airados destinatarios de la verdad.

El miedo y el afán de riqueza han gobernado la sociedad desde tiempos inmemoriales pero siempre han tenido como bastión incuestionable e incuestionado la mentira. Sin mentira no se puede concebir la vida en colectividad.

Así, ignorantes del peligro, los Puppet, una familia cuáquera de intachable reputación y piadoso espíritu, experimentaron dicha enfermedad importada de Africa. La celebración del aniversario terminó con una batalla campal que destruyó parcialmente la casa y que eliminó a todos los comensales que allí había puesto que se agredieron con todo tipo de objetos contundentes hasta matarse unos a otros poseídos por la furia que sobreviene al que se le dice la verdad, porque no olvidemos que la verdad duele. Y esa herida brutalmente abierta despierta un instinto de aniquilación. Forma parte sustancial de la plaga: herir con la verdad, agredir violentamente al que nos la dice.

El único miembro de la familia Puppet que se salvó de aquella masacre fue Ernest Puppet, un agraciado aunque díscolo joven que había logrado ser admitido en una elitista universidad cuyo nombre nunca han facilitado las autoridades. Se ausentó de la cena familiar para preparar una fiesta de cumpleaños. Durante toda la tarde trabajó, en compañía de varios amigos, para acondicionar el local. Escaso lapsus de tiempo. El suficiente.

Maggie Thurman descansaba pacíficamente tras haber terminado de colocar unos horrendos globos que nadie le había solicitado dispusiese en tal lugar. Pese a un pésimo gusto para su atuendo personal era muy querida y apreciada, de temperamento dicharachero y jovial, sólo tenía un complejo: escasa altura y una notable ausencia de pecho. Sufría tanto a causa de su complexión física que soñaba con ahorrar para poderse someter a una operación de cirugía estética aunque por el momento se hubiera conformado con unos implantes de silicona.

Ernest Puppet tras saludarla comenzó a desvariar sobre lo absurdo de su complejo. Y cuanto más hablaba Puppet ella, tranquila por naturaleza, más se agitaba. El virus se manifestaba en ambos, como sujetos activo y pasivo respectivamente. La tensa situación se prolongó sólo tres minutos.

—No me falta pecho —gritó Maggie acalorada por la conversación— ¿Lo oyes?.

—Mirad todos y comprobad como no miento —proclamó Ernest mostrando un pañuelo— Maggie Thurman es esto: una tabla, nada por delante, nada por detrás. Por cierto, a ver si te duchas… porque apestas.

Empuñando un destornillador la joven se lanzó como una posesa sobre la endeble anatomía del joven Puppet cosiéndolo a puñaladas con brutales golpes del punzante objeto. Este, ya moribundo y atrapado por la disnea a causa de la sangre que escupía por la boca, aún encontró un resquicio de vida para soltar una última perla que desató el tósigo general en todos los presentes.

—Sharon, ayúdame, me desangro. ¿Eres sólo lesbiana o también cobarde?.

La aludida aferró un pulquérrimo martillo y comenzó a machacar el cráneo del infeliz Puppet hasta que sus sesos quedaron esparcidos por toda la sala. Todos presintieron la catástrofe. Ninguno salió con vida de la habitación. Pero la sepsia que impregnaba el lugar bastó para mantener con vida al virus que se alojó en nuevas habitaciones: los policías que examinaron la matanza. Aquello había sido sólo el principio.

No es frecuente que un político diga la verdad y todavía lo es menos esta situación en un portavoz gubernamental. La misión de éstos estriba en engañar a la opinión pública con su sonrisa sérica y negar lo evidente de modo convincente y con ademanes sosegados, transmitiendo confianza. El presidente Abnett fue informado inmediatamente del incidente. Ian Wardford, su hombre de confianza ante la prensa, había revelado información reservada de gran importancia. Los miembros de Seguridad de la Casa Blanca habían tenido que retener a los reporteros y confiscarles todo aquel material que les permitiese comunicarse con el exterior. La situación era, cuando menos, delicada. Tiempo después se descubrió que el hermano de Wardorf había sido uno de los forenses que habían practicado las autopsias de los cadáveres de la matanza de Baltimore. Acabó comprobándose que, efectivamente, habían mantenido una charla familiar con contacto físico unas horas antes.

Los asesores del presidente movilizaron todo el poder preciso y en apenas dos horas obtuvieron un resultado imprevisto y que sino habían atajado antes era por su inepcia. Los boletines de noticias que llegaban desde Europa y Asia ya avanzaban un extraño comportamiento: los ciudadanos comenzaban a decir la verdad y a agredirse mutuamente. Pero es sabido la vocación provinciana y

egocéntrica de los norteamericanos. Lo que no ocurre en Estados Unidos no existe.

Los problemas únicamente son tales cuando afectan a las capas privilegiadas e influyentes de la sociedad. Las miserias de los marginados nunca presentan relevancia.

—Por ahora la enfermedad es incurable. Se propaga velozmente, tanto que ni siquiera le han puesto nombre todavía. Ignoramos cómo se transmite y cómo se desarrolla pero su virulencia es tal que ha escapado a todo intento de trazar cordones sanitarios, Mr. President.

—¿Y no pueden evitar decir la verdad, aunque peligren sus propias vidas?.

—Exacto —informó el doctor Patrick Vizckey—. Ni tampoco toleran que a ellos se les recuerden sus fallos. Su agresividad… es mortal. Es irónico, dicen la verdad a los demás pero no aceptan la propia.

El presidente Abnett se derrumbó sobre el sillón ante la solícita mirada de sus robots de escolta. Pese al aire acondicionado todos sudaban copiosamente. La magnitud del desastre podía acabar con todo signo de vida racional (si es que al hombre lo consideramos racional) en el planeta. Era una suerte, pensó, que el control del armamento convencional, químico y nuclear se hubiese confiado a cerebros electrónicos, inmunes a esta plaga. Pero, ¿qué ocurriría con el resto de miembros del club nuclear?

El poder se basa en la mentira. Ningún presidente de Estados Unidos había accedido al cargo sin aprender esa elemental lección. El pueblo vota las mentiras bien urdidas y mejor vendidas. El pueblo finge creer. El político finge cumplir. Y así desde la llegada de los colonos al Nuevo Mundo.

El presidente Abnett recordó la memorable máxima de Bertol Brecht: *primero el estómago, luego la moral*. Así es como los hombres habían forjado la convivencia desde tiempos inmemoriales, en la mentira convenida, en la hipocresía mutuamente aceptada. Al estómago lo disfrazamos de moral y todo arreglado: ha nacido la ideología.

Por correo electrónico y faxes seguían llegando noticias espantosas. La CNN no daba paraba de informar de desastres por todo el mundo. El sureste asiático era un hervidero de guerras. En Europa, que ya se ha perdido por completo la virulencia y vitalidad propias del ser

humano y la vida transcurre monótona y lánguida, las noticias eran más selectas: un amigo personal del presidente, el germano Helmut Braum, máximo coordinador del ejército móvil europeo, había confesado recibir sobornos de las grandes compañías a cambio de otorgarles contratos millonarios de suministros de piezas y material logístico.

Desesperado ordenó apagar todas las fuentes de información y tomó una decisión impopular: declaró en cuarentena a la Tierra. Él era, en la práctica, quien controlaba las comunicaciones al espacio. Bloqueo absoluto. Las colonias de Marte no podían resultar afectadas. Estratégicamente se hacía vital preservarlas puesto que allí se ubicaban casi con exclusividad las materias primas que permitían sostener la tecnología de la era del microchip. Si la plaga de la verdad invadía los complejos mineros y de transformación de Marte e infectaba a los insustituibles técnicos de mantenimiento y a los casi 600.000 trabajadores allí residentes, la humanidad estaba acabada. Sin los imprescindibles suministros marcianos el plazo de autonomía de la Tierra era de ocho meses. Sólo ocho meses para el colapso total. Después el caos sería absoluto y las perspectivas no eran alentadoras, la plaga de la verdad había saltado al espacio: se habían detectado brotes esporádicos en las estaciones lunares aunque afortunadamente los portadores del virus fueron desintegrados y sus compañeros sometidos a cuarentena no habían presentado síntomas de contagio.

Abnet era consciente de la incuestionable necesidad de su decisión. Pero eso implicaba reconocer la derrota y a la gente no le gustan los perdedores, el pueblo no vota a los débiles. Y él se quería presentar a la reelección.

Varios senadores de su propio partido confesaron abiertamente sus relaciones económicas y patrimoniales con la mafia, quien se apresuró, lógicamente, a asesinarlos. Los informativos no paraban de vomitar torrentes de verdades (así que hubo que suprimir los modos de comunicarse) y los efectos destructivos de esta nueva peste maligna crecían en progresión geométrica de razón 6. La consecuencia en un mundo cobarde como es el financiero fue inmediata: desplome de las bolsas y colapso económico. La civilización se desmoronaba, se diluía como un terrón de azúcar en el café.

El presidente Abnett sabía que debía reaccionar frente a los acontecimientos, pero su equipo de colaboradores y asesores no lograba obtener ese mensaje firme y decidido porque no ignoraban

que éste iba a quedar desmontado con suma brevedad. Su hombre talismán para las situaciones difíciles, su vicepresidente, Maxwell Williams (el primer negro en la historia que había llegado a Vicepresidente) exponía crudamente el dilema:

—El problema es que si dice la verdad creerán que usted también padece la enfermedad y si miente pondrá al descubierto lo que todos sabemos: que un mandatario debe mentir para subsistir en la vida política porque la verdad cotiza a la baja.

—Pero tengo que dar la cara. La gente debe verme, oírme, debo estar en sus televisores, hasta en los anticuados tridimensionales, para tranquilizarlos. Si no, mi carrera política está acabada.

En esto irrumpió en el despacho oval el robot niñera Ulises acompañando a David, el hijo menor del presidente, con gran estrépito.

—Papá, papá. ¿Tú también estás enfermo?. Lo he oído en la radio.

—No David. Estoy bien.

—Y si puedes mentir, ¿por qué no te crece la nariz como a Pinocho?.

Una carcajada sonora alivió la tensión del momento. Ulises, el inmenso robot niñera, captó en sus sensores una situación anómala y procesó una orden de aclaración:

—David, siguiendo los consejos pedagógicos más avanzados, ha experimentado en el aparato de realidad virtual la ilusión de una cinta comercializada legalmente por Disney sobre el cuento de Pinocho.

Así, por este insignificante y absurdo incidente, la plaga de la verdad que amenazaba con sumir al mundo en las tinieblas pasó, eufemísticamente, a denominarse el síndrome de Pinocho. El nombre hizo gracia y cuajó. Ahora sólo faltaba obtener una explicación científica y encontrar un remedio rápido.

Pero clandestinamente, pese a las prohibiciones que en materia de telecomunicaciones se había impuesto por parte de todos los gobiernos, las malas nuevas seguían siendo transmitidas por periodistas (algunos de ellos infectados) mediante una argucia legal que les permitió resucitar la periclitada edición de periódicos en papel impreso (algo que se había abandonado desde mediados del siglo XXI) eludiendo el veto que sólo estaba tipificado para medios audiovisuales e informáticos.

De este modo el mundo seguía recibiendo impactos que

minaban su resistencia: los escándalos sexuales se multiplicaban, los más horrendos crímenes de Estado se desvelaban, algunos líderes mundiales revelaron sus conexiones con el narcotráfico en el espacio exterior y dieron a conocer con mucho detalle que la explotación minera a gran escala y la posterior colonización de Marte se había efectuado gracias al blanqueo de dinero procedente de los cárteles de la droga sintética.

Las familias se aniquilaban con tal frecuencia que se aconsejó que las personas vivieran aisladas y que se abstuvieran de mantener conversaciones si no era por medio de videoteléfonos. La mayoría del tiempo las calles permanecían vacías. Los jueces y fiscales, desbordados por tanto trabajo, se contagiaban con tal rapidez (algo lógico puesto que los criminales contaminados acudían en masa a entregarse a la justicia) que países enteros quedaron huérfanos de tutela judicial: sus integrantes se habían asesinado entre ellos mascullando incontables verdades.

La policía tuvo que ser desprovista de todo su material de trabajo y sólo los robots patrullaban las calles con orden tajante de disparar a matar a la más mínima sospecha de ser portadores del síndrome de Pinocho. Se estableció el toque de queda como medida preventiva. Todo inútil. La plaga se extendía.

Los soldados, cautelarmente desarmados y acuartelados durante semanas, se encontraban sometidos a una estricta vigilancia por parte de androides de combate que encerraban y drogaban a todos cuantos manifestaban el síndrome, siendo utilizados, sin su consentimiento, como cobayas por los científicos militares. Después eran ejecutados. A esto se le llamó ensayo.

En conclusión: el hombre y la verdad no estaban en condiciones de encontrar un punto de equilibrio y coexistir pacíficamente.

La ciencia descubría una vez más que la vida era demasiado escurridiza para acotarla en libros, ordenadores y diskettes. La apremiante y amenazadora presión de la sociedad no consiguió adelantar ninguna solución. Varios millones de personas escupiéndose verdades habían convertido la Tierra en un polvorín.

Pero un hombre, vejado y despreciado durante años, Ignatius Reilly, ya arrinconado dentro de la plantilla del prestigioso equipo de la reputada John Hopkins University obtuvo, en la soledad amarga de su arrinconado laboratorio, un preparado milagroso que influía sobre el sistema neurovegetativo aliviando las manifestaciones más potentes del síndrome de Pinocho. Más tarde Reilly confesaría que tal hallazgo se produjo por lo que en el argot

científico se conoce como serendipity, o sea, por pura y simple casualidad. En Francia los laboratorios Pasteur, siguiendo esa misma pista facilitada por el científico americano, fabricaron y comercializaron el Neuropositón retard 300. Impedía el contagio de la enfermedad y relajaba las tendencias agresivas de los ya infectados. Ambos recibieron el premio Nobel de la Paz, de Medicina y también el de Literatura de tan agradecidos que estaban los gobiernos que, por fin, podían volver a mentir a sus ciudadanos. El síndrome comenzaba a poder ser controlado. Un soplo de esperanza recorrió el viejo planeta Tierra .

Pero los problemas para el presidente Abnett no habían concluido. Mientras en Japón todos los infectados se suicidaban ritualmente para evitar daños y contagios a sus congéneres, el ciudadano americano se emboscaba en algún lugar de la ciudad, en supermercados, o cines, y originaba una matanza. La frecuencia de estos incidentes convirtió las ciudades en auténticos corredores de la muerte. A pesar de haber ganado las primarias y mantener su liderazgo dentro del partido sus posibilidades de ser reelegido disminuían, se acercaba noviembre y dieciséis millones de americanos padecían el síndrome. La cuarentena no podía ser levantada. Abnett olía a derrota.

Pero, como bien asevera el refrán: Dios aprieta pero no ahoga, la solución iba a venir proporcionada por un astuto sociólogo: Adam Smith. Este privilegiado cerebro tras terminar su carrera con un inmaculado e impresionante expediente no intentó ejercer su profesión sino que se asoció con un amigo experto en informática y contrató a diferentes mujeres que ejercían la prostitución de lujo a las que adiestró con sus conocimientos para preparar un videoteléfono virtual erótico. Amasó una verdadera fortuna en pocos años. No obstante, como muy bien le hubiera podido confirmar Al Capone hay dos cosas de la que un hombre nunca puede sustraerse: la muerte y los impuestos.

El fisco descubrió su trama de evasión de impuestos y éste, viéndose perdido, propuso un plan al gobierno para el tratamiento del síndrome de Pinocho a cambio de no pisar la cárcel, fraccionamiento (sin recargo de intereses) en el pago de sus impuestos y la condonación de una vigésima parte de la deuda.

El planteamiento era simple y elemental: muchos lesionados en accidentes automovilísticos debían volver a aprender a andar, Smith elaboró un inteligente programa de rehabilitación social en el que, junto al tratamiento farmacológico y un meticuloso programa de diseño innovador mediante la continua degradación de los sentimientos nobles y la potenciación del instinto de supervivencia,

el egoísmo y la envidia, se enseñaba a mentir. Se potenciaba el natural instinto de la ponzoña y de la traición. La terapia comenzó a dar unos frutos impensables. Abnett fue reelegido presidente de los Estados Unidos con una holgada mayoría en todos los Estados y unos meses después se levantó la política de aislamiento de la Tierra en el espacio restableciéndose los habituales canales de transporte entre Marte y la Tierra.

Los brotes episódicos del síndrome eran rápidamente controlados y el virus aislado, consignado por los expertos como Pinocho 6, se recicló para obligar a hablar a los acusados en muchos juicios. A esto se le denominó en el argot jurídico, no sin cierta sorna, el paseo con Pinocho.

Pero esto tan sólo suponía la resaca después de la incontenida borrachera de verdades que había convulsionado al mundo.

Por fin la humanidad pudo respirar tranquila. Tras siete años se logró reconstruir todo lo que la epidemia había arrasado. La mentira imperaba con renovada vitalidad en todo el sistema Solar y la gente era feliz de nuevo mintiéndose a pleno rendimiento. El ser humano, que había estado al borde del precipicio, se había reconciliado consigo mismo.

Los aprendices de profetas, adivinos y fanáticos religiosos (no afectados en su mayor parte por la plaga pero sí poseídos por la codicia, el fanatismo o la paranoia) que habían anunciado el apocalipsis y el juicio final (amasando, eso sí, considerables fortunas) fueron olvidados. Y todo adquirió su aspecto normal y tranquilizador cuando finalmente la hipocresía, es decir, la mentira convenientemente condimentada con afabilidad, volvió a presidir las relaciones entre los hombres.

Aquí paz. Y después gloria.

Ejércitos

Eduardo Vaquerizo

Se levantó del barro luchando contra la viscosidad; temblándole las rodillas; resbalando una y otra vez sobre la arcilla empapada de una pequeña ladera rodeada de pinos. Se miró el cuerpo. Estaba cubierto por una complicada cota de cuero curtido y remachado en hierro. La suciedad opacaba el metal de los clavos. Hacia calor. La luz de lo alto, en el cielo grisáceo, le dañaba los ojos haciéndole parpadear.

No tenía idea ninguna en su mente, sólo remolinos de emociones apenas formuladas que giraban caóticamente sin lograr asirse a nada. Notó un tirón en el pelo y se tocó una enorme costra de sangre semicoagulada en una sien. Nada más hacerlo fue consciente del intenso latido de dolor que le sacudía todo ese costado de la cabeza. Estaba herido.

A su lado había un largo objeto de metal. Sin saber porqué, lo cogió y comenzó a andar. El cielo le deslumbraba con su intensa palidez lechosa. Debía ser poco más de mediodía. Los pinos goteaban agua y, de vez en cuando, alguna ráfaga de aire removía olores a tierra mojada, a aliaga y a algo más que no conseguía identificar. Caminó entre los árboles, aún con paso inseguro. Un poco más abajo había robles, cerca cantaba un arrollo. Se aproximó al agua y metió la cabeza dentro, intentando matar el latido de dolor que le torturaba. El agua estaba fría, sintió el golpe helado en el rostro subir hasta la nuca. El tirón de la corriente jugaba con su pelo, le acariciaba las mejillas como con dedos de acero afilado. Sacó la cabeza del agua notando como la sangre le acudía a la piel para calentarla y descubrió que tenía la boca pastosa, como anegada de polvo. Bebió largamente, directamente de la corriente.

Se sentó en una peña y, poco a poco, el remolino que era su mente empezó a dar señales de querer parar. Y casi fue peor, pues cuando las hilachas de incoherencia dejaron de moverse, descubrió que no había nada detrás de ellas, no recordaba quién era, cómo se llamaba, dónde estaba y porqué. Todavía tenía aquella pieza de hierro agarrada en la mano, sujeta por un mango cubierto de algo blando y de fácil agarre. “Espada” era su nombre. La blandió un par de veces en un gesto que su cuerpo reconocía como habitual. Recorrió la hoja buscando inscripciones.

No tenía ninguna. Era una delgada lámina de acero muy afilada, anónima y letal. Se tocó la sien herida, aturdido, mientras un pájaro carpintero repiqueteaba en la lejanía.

Tras un rato de reposo, comenzó a andar siguiendo el arroyuelo, sin ninguna idea fija, con la mirada todavía errabunda sobre aquel paisaje que no recordaba. En un par de kilómetros el arroyo dejó atrás peñas y abruptas pendientes, y se fue engrosando hasta terminar en una presa artificial: un remanso de agua rodeado de pinos y rocas sobre el que volaban las aves rozando con sus picos las aguas. Rodeó aquella masa acuática sintiendo que conocía todo aquello, pero sin poder recordar nada más. Se paralizó cuando escuchó un rebufo detrás de unas rocas. Se acercó lentamente, intentando no hacer ruido, hasta asomar la cabeza por encima de la peña.

Se extendía entre rocas y árboles un claro cubierto de hierba rala. El caballo piafaba mascando la hierba que crecía entre los cadáveres. Había cientos de ellos, ensartados en lanzas, cubiertos de sangre, con miembros, ojos y tripas arrancados, despojos teñidos de rojo. Algunos tordos y cornejas volaban de aquí para allá pellizcando carne con sus picos amarillos.

Se sentó sobre la peña mirando aquella escabechina, tocándose la sien que ya no sangraba, intentando hacer acudir a su cabeza palabras que explicasen aquello.

Bajó de la peña y caminó por el pequeño calvero espantando a los pájaros y al caballo. Los cadáveres descansaban en las mismas posturas en que habían caído. Ni uno solo de ellos estaba libre de terribles heridas, cabezas aplastadas, pechos hendidos, chuzos clavados en los ojos. Había dos uniformes diferentes entre los caídos, uno de los cuales era igual a las ropas que vestía, de color azul. Los otros estaban cosidos mezclando cuero sin teñir y terciopelo rojo. No vio pendones ni insignias en los pechos. ¿Tendría que haberlos?

Se detuvo delante de una de aquellas caras estragadas. Se sujetó la cabeza acariciando la herida en la sien con dedos nerviosos. Aquel rostro —ancho de mandíbulas, con una sombra de espesa barba, de nariz corta, de pómulos elevados y cejas pobladas — le era conocido… *movimiento, gritos, dolor*… recordaba un trazo de acero y luego la oscuridad. Aquella cara le producía malestar físico. A pesar de él, se obligó a mirarla, intentando descifrar el jeroglífico de los rasgos lívidos. El rostro le devolvía su ensangrentada y silenciosa mirada sin poder responder a sus preguntas.

Un sonido como un trueno lejano, le extrajo de su

concentración. Miró al cielo sin saber porqué. De inmediato se sintió vulnerable en medio del claro y corrió al bosque a esconderse en la espesura. Al poco tiempo un gran objeto de metal y cristal, resoplando y manteniéndose en el aire sin ayuda de nada visible, se detuvo sobre el claro. Intentaba recordar, pero no conseguía adivinar qué era aquello, solo tenía la sensación de que no era peligroso. Sin embargo permaneció oculto. El objeto bajó hasta el suelo y se posó sobre unas patas flexibles. Enseguida se abrieron unas puertas y de ellas salieron cuatro cilindros pintados de blanco moviéndose sobre largas patas metálicas, como de araña. En el centro del cuerpo tenían estarcida una gran cruz roja.

Las patas delanteras de las arañas terminaban en garras. Usándolas, extrajeron cajas de metal de la parte de atrás de la máquina y metódicamente introdujeron en ellas toda la carne que se pudría en el calvero, una caja para cada hombre, algunas veces procurando que no se olvidase en el terreno ningún miembro.

Cuando acabaron, las cuatro arañas blancas se internaron en el bosque moviéndose rápidamente con sus ocho patas articuladas y apenas haciendo ruido sobre la pinaza. Una de ellas avanzó en su dirección. No era miedo, ya no, sino urgencia lo que le hizo subirse al pino. La araña pasó a su lado rastreando el suelo. Al rato volvieron arrastrando otro par de cuerpos que metieron en cajas. Sin transición ninguna, las arañas, el aparato y su estruendo desaparecieron dejando el claro vacío, extraño sin el ruido atronador y el viento.

Caminó por el desierto prado sin meta clara. Quedaban apenas jirones de tela, charcos oscuros, armas corroídas. Levantó del suelo un puñal herrumbroso. Hubiera jurado que poco antes aquel acero relucía. Un pinchazo de dolor le traspasó la sien. Intentó no pensar en el enigma, alejarse de aquel claro. Inmediatamente mejoró. Las luces del mediodía oscilaban desde el tamiz de las hojas mientras. las chicharras cantaban desde peñascos recalentados. El día, después del húmedo amanecer, era espléndido.

Pronto advirtió que estaba siguiendo inconscientemente el curso de un río. El bosque abrupto de la montaña había dado paso a un terreno llano y despejado en el que el río se expandía rodeado de juncos y broza. Repentinamente los árboles desaparecieron y el valle se abrió a una ancha zona de praderas y matorrales. En la orilla se erguía una casa de piedra. Instintivamente caminó con mas cautela. La casa tenía grandes ventanales de madera y una terraza que daba a las montañas. Estaba construida con grandes bloques superpuestos sin necesidad de argamasa, vigas de madera ennegrecida y pizarra en el techo. Se acerco lentamente —la puerta

de la terraza parecía abierta—, conteniendo la respiración. No había nadie, no se escuchaba nada.

—¡Uhhhh!

Alguien le había puesto la mano en el hombro. Automáticamente su cuerpo desenvainó el acero y lanzó un tajo hacia atrás. Algo, oscuro y grande, se movió deprisa, esquivándole.

—¡Ehhh! Que no es para tanto. Tanto, tanto, tanto… tanto tiempo perdido, lejos, ayer vi una mariposa y la mariposa a mí.

Le miraba una extraña parodia de ser humano: ojillos negros, brillantes, perdidos en una mata de pelo, una maraña donde se confundían cejas, bigote, barba y melena. El inmenso pecho lo tenía ceñido de borrego, sujeto por hebillas de madera. Un rustico pantalón le cubría las piernas, anchas como columnas.

—Soy Iogo y me has cortado. Quizás tendría que matarte. ¡JA, JA, JA, JA, JA! ¡Qué chiste, que me muero de risa! ¡JA, JA!

Se estaba poniendo colorado por el esfuerzo. Cayó al suelo sujetándose las tripas, con la mandíbula excesivamente distendida, mostrando una perfecta y amenazadora dentadura. Tenía un rasguño en un brazo que sangraba profusamente regando el suelo al ritmo de sus espasmos de risa. Al cabo de un minuto pareció calmarse. Le miró con los ojos muy abiertos y después desapareció dentro de la casa. Tardó apenas un instante en volver con dos taburetes y un atado que desplegó en el suelo de la terraza, mostrando queso, pan y una bota de vino. Se sentó en uno de los taburetes, apoyando la espalda en la casa, y comenzó a comer a la sombra, mirando hacia las montañas y bebiendo vino con generosidad.

Él se sentó en el otro taburete y sólo entonces descubrió que estaba realmente cansado y hambriento. La situación le pareció irreal, pero por otra parte, todo se lo parecía, así que decidió dejar de preguntarse cosas y comer.

Cuando el queso iba promediado el barbudo habló:

—Esta noche lloverá. Tus amigos no podrán jugar. Quédate conmigo, en mi casa, que es de todos.

—¿Mis amigos?

—Azul eres, azul llevas en el cuerpo. Los rojos te buscarán, los azules te vengarán, los rojos te buscarán, los azules te vengarán, los rojos te buscarán, los azules te vengarán, los rojos te buscarán, los azules te vengarán. Y así hasta el final.

Continuaron comiendo en silencio. La larga cicatriz en el brazo del hombre tenía un aspecto rojo oscuro, cubierta de coágulos

grandes y ya duros. Le pareció fascinante mirarla, ver como seguía el contorno de los músculos de debajo de la piel.

—Yo… no te envidio. Todo el día por ahí, a caballo, o sin caballo, esperando una flecha o una espada, o una maza, o una roca en la cabeza. Aburrido. Sin embargo yo aquí, lejos de la ciudad, de sus médicos hurgamentes. Feliz. JE, JE, JE.

Entre los dos acabaron el queso y el vino. Aquel hombretón volvió a desaparecer dentro de la casa y a aparecer con dos hamacas. Sin esperar a nadie, fijó una entre las columnas de la terraza.

Inmediatamente estaba durmiendo profundamente.

Miró aquel corpachón henchido de queso y vino, oscilando con profundas respiraciones. ¿Y porqué no?

También se tumbó y los ojos se le cerraron casi inmediatamente…

Oscuridad, un destello de hielo, un golpe, la necesidad de agarrarse, el suelo que venía corriendo y al final se abría en millones de flores microscópicas, una blanda cama de abrazos, de pieles rozadas, relámpagos sedosos que se deshacían en olas nerviosas, ondulaciones carnosas que nacían de sus nervios y dominaban el paisaje de su cuerpo. ¿Esto es la muerte? ¡Qué dulce! ¿Pero es la Gran Muerte, o sólo una más, una vulgar, de esas producidas en serie en las micrococinas de los muchos dioses?

Volvió nadando del océano desconocido, pero en el fondo, junto a las algas, junto a los sentimientos de muchos brazos y a las conchas rellenas de negritud, también se quedaron las palabras.

Se despertó con la agradable sensación de que todo estaba en su sitio. Abrió los ojos y vio una techumbre de madera, un nido de golondrinas en un rincón del tejadillo. Afuera el sol calentaba todavía con furia y el aire era un fluido de brillo resplandeciente. La brisa de la montaña refrescaba su cuerpo y las chicharras cantaban. Para confirmar su sensación placentera, buscó las palabras, el sitio, el tiempo, su nombre. No había nada, sólo angustia, mudez. Se irguió de golpe. El hombretón no estaba. Un golpe sordo y un salpicar monstruoso le hicieron volver la vista. Iogo estaba bañándose desnudo en una piscina formada por un remanso del río.

Recordó su anterior experiencia con el agua del río y su mano fue automáticamente a la sien. No había ya herida, sólo suciedad pegajosa, ninguna cicatriz ni abultamiento. *El océano de vida.*

Hacia calor, mucho, y la pesada cota le estorbaba. Se la

quitó, también las botas y los pantalones de piel. Al dejar en el suelo la espada, miró al brazo de Iogo. No tenía ya vestigio ninguno de la herida.

El agua estaba meramente fría, no helada. Se sumergió y dio un par de brazadas para entrar en calor. Emergió del agua y, como si siempre hubiesen estado allí, contempló a unos hombres a caballo que lo miraban desde la orilla. Vestían uniformes rojos Pensó rápidamente en su ropa: estaba entre unas matas, oculta a su vista.

—Buen baño.

Hablaba el más alto de ellos, sin sonreír ni lo más mínimo.

—Buen baño, año, paño —respondió Iogo entre grandes risotadas y un gran aspaviento de agua y espuma.

—No nos importaría refrescarnos, pero de momento sólo nos detendremos unos instantes. ¿Quiénes sois?

—Turistas de ciudad, gente del campo, eremitas, nadie.

Como si no les diera importancia, Iogo salió del agua y se tendió en una peña a secarse. Él no supo qué hacer, sólo miraba los uniformes rojos, los tabardos tendidos sobre las pieles de los bayos, las grandes espadas, los arcos. Nadie hablaba, parecían cansados, aburridos. Sólo el hombre que había hablado exhibía una determinación oculta, ojos penetrantes constantemente sobre él. Quizás sospechasen. Sospechar, ¿sobre qué? ¿Quién era? ¿Los azules eran los suyos? ¿Lo matarían sólo como precaución? ¿Le valdrían sus explicaciones de que no recordaba nada? Le inundó una furia fría, un fluido medio congelado que se derramaba de su corazón. Apretó los puños y la mandíbula sin saber muy bien contra qué dirigir su rabia.

Al final, salió del agua y se tendió en la piedra caliente, con la cara al sol. Le costó cerrar los ojos, esperaba en cada momento el sonido de una espada cortando el aire. Sólo escuchó los cascos hendiendo las piedras. En ese momento de silencio, antes de escuchar la retirada, había logrado focalizar un movimiento, gritos, el recuerdo de un golpe, una honda invasión de dolor dentro de su cabeza y… la nada. Se incorporó luchando contra el resplandor del sol, intentando reconocer la zona. Sólo una rama tronchada y algunas bostas indicaban por dónde se habían marchado. Se vistió y siguió ese camino. Iogo ni siquiera había despertado de su segunda siesta.

Reía por dentro mientras descendía por una torrentera procurando no erguirse y no hacer mucho ruido. Se sentía bien físicamente, perfectamente capaz de moverse con agilidad por entre

jaras y zarzas siguiendo a distancia a los hombres rojos. No sabía porqué los seguía, no recordaba motivos, palabras que le justificasen. Pero lo que sí reconocía era el placer de la caza, el ansia con la que sostenía el pomo de la espada.

Aquellos hombres se detuvieron al anochecer, en un calvero en el que había un campamento. Los contó: veinte. Muchos para él solo.

Desde lejos observó como desmontaban y se tendían a descansar. De las mochilas y bolsillos sacaron unas pequeñas cajas marrones y verdes. Algunos las colocaron cuidadosamente sobre el suelo y las activaron. Un resplandor tenue y azul salía de las cajas y se extendía por el suelo como una breve niebla a un palmo del terreno. Vio como alguno de ellos se sentaba encima y como la niebla cedía y se acomodaba a su cuerpo. No se sorprendió, podía imaginarse encima de uno de aquellos artefactos e incluso evocar su mullidez. Sin embargo no sabía su nombre.

Encendieron algo parecido a un fuego, una llama amarilla y amplia que salía de otra de aquellas cajitas. Aquella llama rompió la penumbra del anochecer y el relente húmedo del bosque, aunque no llegó hasta donde él estaba. Contempló como colocaban centinelas y empezó a sentirse incomodo y frío sobre la rama en que estaba encaramado. Su ánimo también se había enfriado. Había cada vez más preguntas rondándole la cabeza y el impulso que le hubiera llevado a atacar a aquellos hombres de los que nada sabía se estaba desvaneciendo con rapidez. Justo cuando estaba empezando a desplazarse para buscar un buen sitio donde pasar la noche un cono de luz blanca iluminó el claro. Era el ruido que ya conocía, ese trueno continuo, el aire desplazado y removiendo la quietud del bosque. El vehículo se posó con delicadeza en el escaso sitio que le quedaba libre entre los petates. De él salieron varios hombres con vestiduras rojas que fueron recibidos con calurosos abrazos y risas, otro misterio.

Esta vez no aparecieron las arañas y tras ver que los saludos y las conversaciones en voz alta disminuían y que los centinelas empezaban a patrullar, retrocedió dispuesto a buscarse un lecho nocturno. Se hizo una cama de brezos debajo de una peña, un sitio recogido y a resguardo de miradas y posibles lluvias. Ya en su refugio, la cabeza era de nuevo un remolino. Sabía que dentro de él estaban todavía las piezas sólo tenía que armar el rompecabezas. Cosa fácil sino le rehuyesen corriendo por laberintos de ideas y sensaciones. Cuanto más ímpetu ponía en ordenarlas y darles un sentido, más difícil era. Pronto las espirales de significados que se perseguían dejaron de importarle y, con el sueño, se hicieron

difusas, lejanas.

La oscuridad le recubría. Él era la oscuridad, negritud de noes invadiendo el espacio, comiéndoselo para construir infinitas parcelas de nada, concentrados universos de ceros tan grandes como galaxias. Y en ese instante, enorme, apareció un movimiento peristáltico, el terciopelo negro de la nada se ondulaba, torcía su materia creando pliegues que lo extraían de su esencia, lo devolvían… ¿A dónde? ¿Al ruido de metal, al grito, al relámpago de dolor?

Era de noche aún. La luna estaba alta entre las ramas. Se arrebujó aún más en sus ropas mientras sentía cómo su cuerpo temblaba. El silencio del bosque no era total. Ululaba alguna ave lejana y un ábrego desagradable enfriaba a la par que removía las hojas de robles y brezos.

Y había algo más.

Moviéndose como pedazos de niebla, lentos y silenciosos, hombres anónimos resbalaban por la noche. Pálidos brillos de acero traspasaban como lanzazos de luz el tejido oscuro del bosque. Se levantó cautelosamente, oteando alrededor. No vio a nadie, pero los adivinó. Apenas un susurro allí, un roce mas allá. Sin pensarlo, comenzó a avanzar semiagachado, como alguien acostumbrado al acecho, nadando en sombras tan densas como la nada y esquivando pozos de delatora claridad lunar.

Eran una docena, no más, y caminaban delante de él, apenas pisando la hojarasca. Las caras y las armas no brillaban porque estaban oscurecidas de barro. De nuevo se adueñó de él un goce profundo incapaz de ser opacado por pensamientos; acechaba a los acechantes y hasta la última fibra de su cuerpo disfrutaba con el juego del ocultarse, del silencio y los amagos de luz y sombra.

Sin previo aviso, la silueta de un hombre agazapado se interpuso en su camino. Desenfundó e instintivamente inició el movimiento de un mandoble mortal. En la oscuridad del bosque distinguió una ballesta de hoja ancha con el cranequín tensado al máximo que le apuntaba al estómago. Se detuvo en seco. Recordaba esas facciones, esa cara llana, excesivamente lampiña, la nariz grande y los ojos muy juntos. No podía descargar el golpe y, al parecer, su contrincante tampoco podía disparar. El otro rompió la inmovilidad a la vez que una ancha sonrisa le iluminaba el rostro. Descargó la ballesta y después lanzó sobre él unos brazos enormes, fuertes, que le estrujaron con cariño. Sin saber porque se sintió bien, muy bien, como si estuviese regresando a su casa, una casa que no

recordaba en un mundo que no comprendía. El otro -que ahora veía era rubio— bajo la capucha e intentó hablarle con tan poco volumen que casi no le entendió.

—¡Cuánto tiempo! Cuanto tiempo… menudo golpe te dieron, tardaste mucho en volver. Creíamos que lo habías dejado, y la verdad, nos haces falta, ya sabes. Después de la última batalla somos menos, menos que nunca. Es el mejor momento, ahora podemos igualar el tanteo.

Con un gesto de simpatía e ímpetu le indicó que siguieran avanzando. Se sentía tan feliz que asintió en silencio y continuó moviéndose en medio del laberinto de ramas, oscuridad y esquiva luz lunar. Se acercaban al sitio donde los hombres vestidos de rojo habían acampado. El rubio le hizo un gesto para que se detuviese, y luego señaló hacia arriba. Le costó trabajo al principio, pero al rato distinguió la silueta de un hombre subido en una alta rama. Era un centinela.

—Toma, dispara tú, que siempre has tenido mejor puntería.

En un primer momento no supo qué hacer con la ballesta, luego sus dedos encontraron el lugar apropiado y la madera y el metal se amoldaron a sus manos. Cargó el cranequín apoyando el pie en el estribo y tirando de la cuerda. Después colocó el dardo y apuntó cuidadosamente a la silueta. Sabía que apenas tendría parábola y que el viento no influiría. Aún así, se fijó bien en qué dirección se movían las ramas. Cuando sintió estabilizada la ballesta, tensó lentamente el dedo índice esperando que el gatillo saltase el resorte. Como una exhalación, el dardo cruzó el silencio del bosque y la silueta cayó al suelo apenas sin ruido.

Continuaron avanzando. Podía ver a los otros, manchas negras en medio del suave resplandor lunar. Avistaron el campamento en seguida. Todo estaba en silencio, el pequeño fuego, desgastado ya, apenas iluminaba con un resplandor rojizo los cuerpos tendidos; bultos informes que agitaban los pechos en la profundidad del sueño. Notaba como le sudaban las palmas y se las secaba continuamente para conseguir un mejor agarre de la espada. Esperaron unos instantes interminables. Miro a su amigo, el rubio del que no se acordaba ni del nombre, y éste le devolvió la mirada llena de excitación. Semiagachado, sus hombros le dolían por la tensión con que agarraba la espada. En esos momentos, mirando al claro, de nuevo cruzó por su visión una espesa línea de movimiento, un cegador resplandor y luego la nada. Había sido un golpe lo que le derribase, un golpe en la cabeza. Él pertenecía a aquella hueste de soldados, sólo que no lo recordaba, no recordaba nada.

Alguien gritó y todos se abalanzaron sobre el claro. Las espadas y mazas bajaron inmisericordes, destrozando huesos, cortando carne. Algunos de los de rojo lograron despertar y blandir sus armas y se debatían estupefactos, recién salidos del sueño. Perdió al rubio y, desde ese momento, abandonado a sus propios recursos, fue su cuerpo el que tomó las riendas manejando la espada, esquivando golpes, tajando a diestra y siniestra.

Al poco, el combate se encarnizó. Alguien había calculado mal la posición y el enemigo se estaba recuperando de la sorpresa y contraatacaba. Los hombres combatían en la oscuridad, se escuchaban gritos, sonaban los metales al chocar y las cuerdas de las ballestas al soltar los dardos.

En un momento dado se vio frente a un contendiente mas bajo que él, pero armado de un pesado espadón que manejaba con habilidad. Repelía sus golpes haciéndolos resbalar sobre el metal y lanzaba amplias circunferencias de muerte, de las que era muy difícil escapar, y mucho menos parar dada la inercia de aquella enorme espada. Una vez más le pareció que aquella situación no era nueva, sólo cambiaban las circunstancias. El ardor de la lucha sacó de su cabeza toda pregunta y se aplicó en buscar huecos por donde hender con rapidez, aprovechando la agilidad de su arma. Resoplaban los dos, revolviéndose entre penachos de vaho que salían de sus gargantas, cambiando mandobles, ataques y fintas que parecían puñados de luz plateada. Estuvo apunto de resultar alcanzado por dos o tres molinetes de su contrincante antes de lograr, al fin, meter el montante en una estocada terrible, directa al pecho, que entró traspasando el pulmón y saliendo por la espalda.

Escuchó el sonido agónico del otro, mientras caía de rodillas, y él desensartaba su espada. Repentinamente un resplandor amarillento se extendió por todo el bosque oscurecido. Se protegió los ojos como pudo. La luz cambió la escena brutalmente. La sangre que teñía su espada ya no era negra sino roja, como la que goteaba de la boca de su enemigo, que se negaba tercamente a caer al suelo a pesar que no podía respirar por tener el pulmón perforado. Pero lo que le paralizó fue la cara del otro. Recordaba esos rasgos, la mandíbula ancha, la nariz pequeña, las cejas espesas. Era la misma cara del cadáver que había visto tendido en el campo, con la garganta abierta hasta casi cercenarle el cuello, y era el mismo rostro, el resplandor borroso, lo último que vió antes de que la oscuridad le atrapase con sus fauces de negrura y despertase sin memoria.

Por fin aquel hombre cayó de bruces, todavía removiéndose un poco, y él pudo levantar la cara, llena de extrañeza, para mirar el

nuevo bosque iluminado. Los hombres habían dejado caer flácidas sus armas al costado y se movían acercándose a la fuente de aquel resplandor. Escuchó el sonido de aire removido y el zumbido, esta vez mas leve. Una plataforma flotaba a la altura de las copas de los árboles. Subido a ella y sujeto a la barandilla, había un hombre vestido de negro, sin armas, con unas ropas del todo distintas a las que llevaban los demás. Cuando habló, lo hizo con una voz que tronaba entre los árboles.

—Se interrumpe aquí el partido. Hay una alegación comprobada sobre el uso de técnicas prohibidas.

Se elevó un murmullo de desaprobación entre los hombres. La lucha había cesado. Quedaron esparcidos por el suelo multitud de cadáveres de ambos bandos. Todavía estaba bajo el efecto del shock, del resucitado vuelto a morir, de ese flash, el rostro borroso, la espada describiendo un arco de acero hacía él. La desorientación iba mas allá de lo mental, la sentía como algo físico: una cadena que ataba su mente impidiéndole comprender aquello. Como en una consecuencia lógica, la furia llegó después, arrasadora, arrastrando tras ella los últimos intentos de comprender. Se abalanzó sobre el primero que paso cerca de él y le cortó el estómago con un rápido movimiento del arma. El hombre se fue al suelo sujetándose las tripas. Siguió atacando, fintando, corriendo, matando con velocidad porque los hombres no respondían a sus ataques, hasta que un pequeño dardo que zumbaba como una abeja se abalanzó sobre su cuello y una vez más la realidad se espesó en grumos de negrura a su alrededor.

Nada, se la escucha rugir como en una tormenta marina, nada. Negrura infinita, sin sueños, vacio. ¿Qué queda? Algunos pedazos sueltos, imágenes, tactos, sonidos, olores, azulejos rotos y flotando en el mar de esta noche interior.

Salió del sueño descansando en posición horizontal. Estaba en una habitación de suaves formas, pliegues de blancura y de azul pastel que se movían como agitados por un viento inexistente. No había líneas rectas en aquella sala, toda la geometría variaba como a impulsos de extrañas ondas líquidas. El ventanal, aproximadamente ovalado, daba a un jardín exterior iluminado por el sol.

No vio al hombre hasta que se fijó muy bien. Vestía de un color claro, que se confundía con las paredes. Además su cara, su actitud, todo era muy habitual, le daba tanta confianza que costaba percibirlo.

—Buenos días.

—Buee.. ¿Dónde estoy? ¿Quién es usted?

—Todo a su tiempo. Le informo rápidamente: ha sufrido un accidente jugando a Gesta. Un accidente del que su fauna de bioprotección no le ha logrado sacar con el cerebro completo. Si mantuviese esa parte de la memoria sabría que ahora es un Nomemo.

—¿Como ha podido ocurrir eso?

El hombre se levantó con exquisitos ademanes y cruzó hasta la ventana que daba al jardín.

—Ocurre con frecuencia en este juego. Una fractura de cráneo, el cerebro queda expuesto y se pierde sobre el terreno, o se lo come algún animal… pueden suceder muchas cosas.

El enfermo se levantó sacudiendo la cabeza, intentando comprender.

—Le contaré cómo suponemos que sucedió. Usted cayó muerto por un golpe del otro equipo y quedó tendido, lejos del área donde estaba la mayor parte de los muertos. A los otros los recogieron las unidades médicas y se recuperaron bajo condiciones controladas. A usted lo revivió su fauna de bioprotección…, ya sin memoria, claro.

—¿Qué es eso de la fauna de bioprotección?

—Sus nanoreparadores, que constantemente están chequeando el funcionamiento de sus células.

Sentado en la cama, mirando hacia aquel hombre, intentaba asimilar sus palabras. Muerto, vuelto a revivir, el juego de Gesta…

—Será duro volver a aprender tantas cosas de nuevo, pero piense que ha tenido suerte. Hay casos de personas recuperadas que no saben ni andar. Volveré luego para seguir charlando.

Observó como aquel hombre salía de la habitación por una puerta que más parecía un pliegue de tela. Se levantó caminando descalzo por el suelo elástico hasta pararse en la ventana que daba al jardín. Afuera crecían las plantas, se movían los transportes, edificios. Inmensas torres, que rivalizaban en tamaño y altura con las mismas nubes, se alzaban como los árboles de un bosque megalítico.

¡Tanto que aprender!

Eduardo participa asiduamente en los concursos Españoles de ciencia ficción y fue nominado finalista en varias oportunidades.

Nació en Madrid en 1967. Es Ingeniero Técnico Aeronáutico y actualmente trabaja en ello, aunque lo que realmente le parece entretenido es escribir.

Aves raras VI: Martín Brunás

José Altamirano

Como en el número anterior no me había decidido por cuál pajarraco presentar en la sección, dejé que esta vez el azar lo eligiera por mí. Así, un viernes cualquiera metí de mañana el grabador en el bolso y a las siete y media de la tarde llegué hasta el bar de San José 5, manantial donde abrevan los raros especímenes que colaboran en Axxón, algunos hasta la hora de concurrir al taller en lo de Aníbal, otros a charlar un rato antes de llegar al hogar y otros, en fin, a que alguna alma piadosa le aguante los desvaríos que suelen asentarse en el fondo de una botella de vino, como es el caso de Waquero, un bicho que estaría irremediablemente perdido para la sociedad de no ser por los buenos cuentos con que de tanto en tanto se descuelga.

Un rápido vistazo a las mesas que en el lugar de costumbre arraciman estos ejemplares, me mostró al susodicho Waquero sentado rindiendo culto a una ¾ de tinto junto a sus sufridas esposa e hija, quienes lo acompañan para poder arrastrarlo a casa cuando ya ni las muletas lo sostienen. Bebían un licuado de banana con leche en sumiso pero elocuente reproche.

Estaba también Andrés frente a una pila de cómics nuevecitos, a los que les quitaba la cubierta de plástico con la misma voluptuosidad que emplearía en desnudar a una adolescente virgen, y estaba Diego Molina todavía vestido con traje de goma, patas de rana y algas prendidas al cabello mojado. Alejandro Alonso, fiel a su dieta, asesinaba a dentelladas un tostado de jamón y doble queso sentado al lado de Martín Brunás, que bizqueaba detrás de sus anteojos escuchando con aire sufrido las pavadas de Waquero. Sin pensarlo dos veces, decidí allí mismo realizar mi buena acción anual y rescatar al pobre muchacho de tan nefasta compañía.

Además Martín —me dije para justificar mi decisión— es en sí un pichón de ave rara. O al menos es el más joven de la bandada. Y qué mejor para ti, pichón, que un retrato donde puedas verte reflejado al menos en parte.

Y es en el meandro de la relación entre un pichón que apunta emplumar y aquellos de plumas duras e hirsutas, que nos adentraremos en esta nota para que conozcas las vivencias, los puntos en común y los inevitables desencuentros que se suscitan cuando chocan dos generaciones.

Martín Brunás tiene 23 años y cursa Ciencia de la Comunicación. Es un estudioso del fenómeno del rock, tema sobre el que escribe en una revista "underground" editada por alumnos de la Universidad de Buenos Aires y en "Epopeya" una revista comercial. Hace notas sobre el rock "pesado" aunque confiesa que en este género no todo lo "pesado" es de su agrado. "No me gusta (en el rock) la voz impostada y gutural ni las actitudes tribales" —nos dice—. "Me gusta el rock donde se encuentre melodía, influencias del clásico y el barroco y cantantes de voces afinadas, cultivadas."

—En tu sección de Axxón (el Tour Macabro) no es raro encontrar letras rockeras inspiradas en maestros del terror, como Edgar Allan Poe y Lovecraft. ¿Las reproducís porque cuadran en la sección, o es debido a tu reconocido gusto literario por las historias de terror?

—Por ambas razones. Y también para desmistificar el sentido satánico que algunos le atribuyen a bandas como Iron Maiden que no hacen otra cosa que inspirarse en los maestros del terror. Aunque debo reconocer que hay otras que realmente creen ser satánicas, al punto de militar sus integrantes en iglesias anticristianas y practicar ritos demoníacos.

—El culto a Satán no puede menos que ser una figura atractiva para los amantes del terror. ¿Creés, o te gustaría creer, en su existencia?

—Yo soy cristiano. Y aunque no practique la fe en la forma de un verdadero creyente, creo en Dios y por consecuencia en la existencia de Satán. Pero no me gusta hablar demasiado sobre el tema, acá no va a faltar el turro que me endilgue el sambenito de satánico y después no me lo saco aunque me rasque diez años seguidos.

—¿Qué raíces sustentan tu gusto por el género?

—Tal vez las encuentre en mi infancia. Siempre fui miedoso y dado a las fantasías. Soñaba ser protagonista de una historia de terror sólo para experimentar el miedo que la ensoñación me producía. En mi infancia, solía aterrorizar a mis amigos con profecías satánicas y con historias tenebrosas que inventaba. Pero quiero aclarar que ese tipo de miedo no es el que me interesa como escritor de relatos de terror. De hecho, he publicado en Axxón dos cuentos de terror que, según la acepción que el mundo literario le da a la palabra, no encuadran precisamente en el género de terror.

—¿Te molestaría clarificar un poquito el concepto?

—Claro que no. En épocas de Edgar Allan Poe por ejemplo, el encuadre correcto para una historia de horror era el castillo

tenebroso, viejas armaduras que se caían al paso de los protagonistas, ruidos de cadenas y alaridos escalofriantes. Eso sirvió por un tiempo. Por mucho tiempo, te diría. Pero al cabo, ese terror "clásico" dejó de provocar ese indescriptible estremecimiento que busca el amante del género. ¿Por qué? La respuesta habría que buscarla en la cada vez mayor racionalidad del lector.

—Sigo sin entender la relación…

—Esperá que hay más historia… después, Lovecraft le encontró una vuelta más de tuerca al género y escribió sobre de una lógica particular y hasta a veces apoyada por la ciencia. Reemplazó a los fantasmas, vampiros y hombres lobo con seres apenas entrevistos, misteriosos e indescriptibles. Con él, con sus relatos que van más allá de los arquetipos reconocidos, el amante del género aprendió a experimentar y a gozar con el terror a lo incomprensible -por lo extraño- en vez del terror a lo sobrenatural.

—¿Stephen King no marca otro hito?

—No me parece, salvo que sea un hito comercial. Stephen King escribe un terror más bien rural, utiliza un entorno donde lo sobrenatural es más creíble. Creo que King se encontraría en un problema si la acción de sus novelas transcurriera en una gran ciudad, donde el terror es cotidiano y lo ves en los noticiarios, a veces en vivo y en directo. Accidentes, masacres y todo tipo de hechos delictivos que te ponen los pelos de punta. A los personajes de King les costaría aterrorizarse por la aparición de un fantasma viviendo en semejante entorno.

—¿Entonces, lo que buscás, en tanto autor joven de historias de terror es una nueva vuelta de tuerca al género?

—¡Exacto! Pero una cosa es buscar y otra encontrar. Y otra, más difícil aún, es que le guste al lector.

—Definime al menos el objeto de tu búsqueda.

—Quiero hacer terror moderno, mezclar lo culto con lo bizarro, el grotesco con lo absurdo. Me gustaría escribir un terror que sea divertido y satírico a la vez. Desde el nacimiento, o mejor, desde que tenemos conciencia, los jóvenes vivimos y crecemos en una sociedad de terror. Entonces, qué querés que te diga; el terror clásico, el de Poe, el de Lovecraft y el de King, comienza a aburrir. Ningún vampiro o ningún hombre lobo trabajando a destajo, pueden superar en un día la cifra de muertes violentas que en el mismo lapso ocurren en una gran ciudad. Ni siquiera

en calidad la pueden superar, ya que los lectores de la ciudad estamos encallecidos con relatos de violaciones, descuartizamientos o masivos asesinatos rituales.

—O sea, que para los jóvenes escritores como vos el género del terror está muriendo de puro aburrimiento.

—No, muriendo no. Más bien mutando hacia lo grotesco, hacia la exageración, un terror caricaturesco. Eso es, al menos, lo que intento hacer: exagerar una situación terrorífica hasta que ésta adquiera una cualidad grotesca, de caricatura. En mi último cuento publicado en Axxón lo intenté. Y a pesar de las muchas críticas que recibí, creo que tuve éxito en lo que me había propuesto: provocar la risa a través de una historia de terror. El género clásico está en decadencia, muy que le pese a la "gente mayor", digámoslo entre comillas, que todavía se aferra a la forma clásica de leer y/o relatar terror.

—Muy original lo tuyo. Tanto, que ni en pedo borro el casete donde está grabado, no sea que crean que semejante descalificación del género es cosa mía. Ahora, no sé si lo sabés, pero al otro lado de la pantalla, en el reverso de éste espejo donde anidamos, hay un pichón de ave rara que tal vez decida o ha decidido escribir como Martín Brunás.

»Sos nuevito, pero alguna rutina que sirva para atraer a ese espíritu esquivo que algunos llamamos inspiración debés usar.

—Nada que ver. Si alguno pretende aprender a escribir a partir de mis consejos, va muerto. No observo ninguna rutina, simplemente me baso en algo que me ha sucedido a mí o a algún conocido, lo extrapolo, lo magnifico y lo llevo hasta el absurdo o al grotesco. Hechos triviales, miedos también triviales, algo que me cuentan… de todo eso me valgo. Los disfrazo poco o mucho (generalmente mucho) y hago un cuento. Si tengo que definir mi inspiración, te diría que soy un ladrón de hechos de la vida real. También a veces formo un esqueleto con palabras o frases y me obligo a seguir una secuencia y a cada frase o a cada palabra central intento rellenarla con la carnadura del relato.

—Imagino que tu forma de escribir, al igual que tu estilo, debe cosechar jugosas críticas en el taller de Axxón al que concurrís.

—Más que a mi forma de escribir, creo que le dan palos a mi forma de pensar la escritura. Pero es algo que me lo tomo con mucha filosofía porque lo veo muy lógico: soy el más joven del

grupo, vivo un tipo de cultura más mediática, más alejada de las formas clásicas. Yo (y creo que la mayoría de la juventud), estoy muy metido en la cultura del vídeo clip, del color, de los efectos especiales y de las exageraciones. Simplemente soy el exponente de un recambio cultural y ejercito y experimento lo que creo llegará a ser natural a una nueva camada de escritores de terror, alejada de muchos conceptos llamados clásicos.

—Ya que mencionamos al taller de Axxón, en mis notas siempre pregunto la forma o el modo en que quienes intervienen de una u otra manera en la revista llegaron a conocerla y a integrarla. Lo hago en beneficio del pichón que todavía, a estas alturas, puede llegar a pensar que Axxón es un sitio donde impera la tiranía de un grupo de aficionados egoístas y poco dispuestos a abrirse ante el llamado de un principiante.

—Nada más alejado a lo que es la revista. Te cuento: conocí a Axxón el mismo día que me regalaron el módem. Después de husmear de todo un poco, Axxón fue lo primero que bajé. Me leí todos los números y descubrí que su contenido estaba emparentado con lo que a mí me gusta. Siempre fui una persona solitaria y poco dado a entablar nuevas relaciones, pero esa vez me decidí a comunicarme con Eduardo (Carletti), quién me invitó a una reunión de los viernes en el bar de San José 05 (tradicional nido de la bandada, por si lo olvidaste). Allí conocí, entre otros, a Alejandro (Alonso) y a Andrés (Urtubey), dos personas a quienes considero mis mejores amigos. Comencé de inmediato a asistir también al taller literario de Axxón.

—¿Cuáles parámetros —a favor o en contra— incorporaste en lo personal a partir de esa participación?

—Estar, pertenecer al grupo, me trajo aparejado muchos beneficios a nivel personal. Aparte de encontrar allí a quienes hoy considero mis mejores amigos, conocí a Eduardo, a Rodolfo (Contín), a Gladys (Canizzo), a Aníbal (de la Fuente), a Vázquez y a tantos otros que no nombro para no hacer la lista demasiado larga. Axxón está constituida por excelentes seres humanos en lo personal. Fijate si habrá cambiado mi vida que de ser una persona que pasaba gran parte de su tiempo libre angustiado por no encontrar con quienes compartir mis gustos literarios, pasé a descubrir un nuevo mundo con gente que me da bola, con quienes puedo hablar y con quienes puedo contar.

—¿Aún a pesar de sentirte discriminado por ser joven e intentar un

estilo de escritura diferente en el género del terror? Sos demasiado buen chico, me parece.

—Vos decís esto en tono de joda, pero te recuerdo que en una nota anterior escribiste acerca de la importancia de recabar opiniones autorizadas y de cómo hay que saber bancarse las críticas. Si yo no me las hubiera sabido bancar cuando di a leer mi primer cuento, y también si les hubiera dado bola a todo lo que me dijeron, lo menos que tendría que haber hecho es suicidarme. En cambio, como tenía claro que lo que yo buscaba era justamente provocar una sensación de rechazo en lectores acostumbrados a lo clásico, eso me encantó. "Joya" —me dije —, "si a éstos les causó ese efecto, es que estoy en el camino correcto". No pido compasión cuando me critican lo que escribo; sólo pido que lo hagan dentro de mis propias leyes de juego y que tengan en cuenta que soy de una generación diferente. Debo reconocer que en eso encontré un muy buen eco. Además, son sinceros y eso es bueno también. Por ejemplo, Alejandro no quiso opinar sobre el cuento y fue franco al dar como razón que no lo entendió. Así como Eduardo, que dijo directamente que no le gustaba para nada.

»O sea, reconozco y reconocen que hay una suerte de incompatibilidad entre lo que escribo y sus gustos como lectores o como críticos, pero de ninguna manera veo este rechazo como un tipo de discriminación. Al contrario, en el taller se respeta la persona y al escrito más allá del estilo literario, siempre y cuando el cuento observe las condiciones primordiales: esto es, que esté correctamente escrito, que conserve una línea coherente y que no sea una reverenda pavada. La discusión es seria, no hay joda ni mala leche en la crítica. Está en uno darse cuenta de los errores y cambiar o seguir con lo de uno si está seguro de lo que hace.

—Eso es, justamente, lo que trato de reflejar en este tipo de notas realizados a los escritores aficionados que hacemos la revista; que en Axxón hay lugar para todos los estilos, siempre y cuando guarden las debidas pautas literarias.

—Hay lugar, claro que sí. Hay muchísimo lugar en Axxón y no te lo retacean ni te lo discriminan por ser moderno, por apartarte de lo clásico. Tomá mi ejemplo: yo publiqué un cuento que fue muy criticado por la parte ejecutiva de la revista. Te diría que sañudamente criticado en su contenido y sus formas, aunque no en su estilo, al que respetaron aunque no les gustó. Y sin embargo salió publicado tal cuál, sin cambiar un punto o una coma y sin asomo de censura alguna.

Por eso digo, cualquier persona que quiera experimentar, en Axxón va a encontrar un lugar para hacerlo si es que lo que hizo tiene un determinado nivel de calidad. Si el cuento está bien escrito, aunque exista el riesgo cierto de polémica, ellos se la juegan y lo publican. Después, lógico, se tendrán que bancar las críticas de los lectores.

—Para terminar, Martín, seme franco: ¿no te sentís un poquito solo entre tanto vejestorio en el taller? ¿Qué pasa con los pichones de escritores? ¿No existen, tienen miedo de intentar el vuelo, vergüenza ante la crítica? ¿A qué atribuís tu soledad?

—¿Qué te puedo decir? La cultura está destruida; si a los jóvenes no les da por leer, menos por escribir. El nivel de escritura entre la juventud es horrorosa, aún a nivel de facultad. Pero hay escritores jóvenes, existen, están en algún lugar, esperando. No se la juegan, están quemados y no le podés reprochar nada, ni siquiera que no crean lo que digo acerca de lo que van a encontrar si se acercan a Axxón.

Vehemente, polémico, incomprendido… Martín Brunás es un exponente del faltante en la revista: la juventud; esa juventud vehemente, polémica e incomprendida. Esa juventud que luche contra viento y marea para imponer sus puntos de vista, que no se amilane ante los obstáculos que, seguramente, encontrará en los gustos de gente como Eduardo, Alejandro y yo mismo. Porque no todas serán rosas, pichón, si alguna vez te decides a lanzarte al vacío y probar de volar en la bandada. Y es justo que te lo aclare: no te haremos el camino liso, no obtendrás el "sí" fácil y no cosecharás una siembra abundante si junto con el trigo viene la mala hierba.

Tendrás que TRABAJAR, pichón. Y tendrás que sudar y tendrás que perseverar y muchas veces tendrás ganas de mandarnos a la mierda. Pero una cosa si es segura y tan sólo una: nadie te arrancará las alas por el mero espectáculo de ver tus ideales destrozarse contra las rocas del barranco.

El rincón de las tinieblas: Paine, el panfletario

Eduardo Pablo Giordanino

> The Guardian Prince of Albion burns in his nightly tent:
> Sullen fires across the Atlantic glow to America' s shore,
> Piercing the souls of warlike men who rise in silent nigth.
> Washington, Franklin, Paine & Warren, Gates, Hancock & Green
> Meet on the coast glowing with blood from Albion' s fiery Prince.
>
> —William Blake,
> *America: a prophecy*

Thomas Paine (1737-1809) era tan británico y autodidacta como William Blake. Deberíamos agregar también que era tan sincero como Blake, pero con la diferencia de trabajar para el gobierno como recaudador de impuestos. Paine protagoniza un caso histórico que demuestra la antinomia de la sinceridad y la patronal, cuando edita en 1772 —a los 35 años— su primer folleto titulado *The case of the Officers of Excise* (El caso de los recaudadores de impuestos), y lo despiden.

Debido a los fracasos de Paine como fabricante de corsés, como recaudador de impuestos, a sus desastrosas experiencias como vendedor de tabaco, y a su quiebra como cafetero (su mujer era hija de un propietario de una empresa del rubro) los estaounidenses consiguieron a uno de los fundamentales inspiradores y firmante de su declaración de la independencia: en septiembre de 1774 Paine llega a los inminentes [futuros] Estados Unidos con una carta de recomendación de Benjamín Franklin. Más tarde trabaja como periodista y entra en contacto con los revolucionarios. El 10 de enero de 1776 manda imprimir su segundo panfleto autopublicado, que todavía hoy se lee con placer: *Common Sense (Sentido común)*, texto inspirador de la Declaración de la Independencia, donde clama

por la separación del reino. El folleto tuvo gran repercusión: vendió 100.000 copias en un lapso de tres meses y posteriormente tuvo gran cantidad de reediciones, llegando a un total de 300.000 ejemplares. Su aceptación fue tal que en el ejército, los oficiales lo leían en voz alta ante la tropa formada. No sólo Blake era dado a la profecía: en plena guerra de la independencia, Paine declara que " Los Estados Unidos de América sonarán tanto en el mundo y en la historia como el reino de Gran Bretaña" (*The American Crisis*, n. 2, enero de 1777), donde aparece por primera vez el nombre completo del flamante país norteamericano.

Pero las intuiciones proféticas del poeta lejos están de los cálculos financieros del editor: la historia de *Common Sense* merece un párrafo aparte, ya que su autor jamás obtuvo un centavo de ganancias, ni por escribirlo, ni por publicarlo, ni por venderlo (en aquellas épocas pioneras era duro ser asesor presidencial). Paine decidió seguir los consejos de un amigo que le recomendó publicar sus ideas en forma de folleto. Surge así el tema de los usos y costumbres editoriales en el siglo XIX, en especial la costumbre de autoeditarse (*id est,* dirigirse a una imprenta y publicar tu libro como "edición del autor", sin nombre de editorial. Esto podía ocurrir por dos causas: que las editoriales no aceptaran publicarlo, o que te cobraran los gastos de edición —por supuesto mencionando su nombre comercial en el pie de imprenta—. Quienes no eligen estas opciones producen esos libros que no tienen "editorial" y que antes equivalían a pagar menos impuestos, pero hoy ni lo sueñes ¡Oh desdichado Lector/Autor! porque los tendrás que abonar de cualquier manera. Dios perdona, la DGI no).

Digresión sobre edición

Esto ocurría —sigue ocurriendo— porque numerosos escritores veían sus obras rechazadas por editores comerciales y decidían entonces "autopublicarse", es decir "autoeditarse", proceso hoy más generalizado y popularizado a través de las computadoras e impresoras láser, *desk-jet,* ink-jet, y otros-*jet* (con las que cualquiera tiene acceso a trabajos y detalles tipográficos antes exclusivos de las imprentas; o con nuevas formas de "publicar" [que según la acepción cabal del diccionario de la Real Academia Española es *"hacer notoria o patente, por televisión, radio, periódicos o por otros medios, una cosa que se quiere hacer llegar a noticia de todos"*] como las facilitadas por Internet, en las que un archivo colocado en una PC es accesible desde cualquier punto del planeta a través de otra PC), proceso que en el siglo XIX tuvo gran auge a partir del

desarrollo de las rotativas —en el caso de los periódicos— y de las imprentas caseras: son famosos los casos de autores que componían tipográficamente su obra, o que se iniciaban en las lides de la escritura por medio del periodismo. Casos de autoedición famosos en la época son el de Blake y Shelley; Edgar Poe a los 18 años con una limitada edición de 40 ejemplares de *Tamerlán y otros poemas*; Walt Whitman, que en 1855 compuso con sus propias manos la tipografía de *Hojas de hierba* y tiró 1.000 ejemplares; Mark Twain con *Huckleberry Finn*; entre nosotros Jorge Luis Borges con la primera edición de *Fervor de Buenos Aires*; etcétera. Más tarde este estilo de edición recibiría el impulso de los mimeográfos y las fotocopiadoras, que en el siglo XX dieron fama a los fanzines (de *fan* = fanático o aficionado; y *zine*, contracción de *magazine* = revista: "revistas de aficionados"), los más famosos son las revistas de ciencia-ficción surgidas después de 1940 en Estados Unidos; luego surgirían las revistas en diskette (de las cuales Axxón es un ejemplo argentino famoso) o en CD-ROM (de las cuales Hypermedia es/era un ejemplo argentino); hoy con el advenimiento de Internet disfrutamos de los e-zines (*e*, abreviatura de *electronic* = electrónica y *zine*, revista: "revistas electrónicas") como la publicación valenciana *Contes per a extraterrestres (Cuentos para extraterrestres)* dedicada a la literatura fantástica, un caso paradigmático: en su versión impresa en lengua catalana como fanzine tenía una circulación de 200 a 300 ejemplares, mientras que hoy como e-zine bilingüe (catalán e inglés) es uno de los lugares más visitados de Internet a través de su famoso Web, con más de 7.000 accesos semanales: 1.000 personas por día miran la revista CPE. Siguiendo esta digresión, invitamos al lector a visitar otro interesante e-zine trilingüe (español, catalán e inglés): *Malacandra: teoría y práctica de la literatura fantástica* en http://www.geocities.com/SoHo/Cafe/1131. [1]

Paine como publicista

La intención original de Paine, como la de cualquier autor, era dar a conocer sus opiniones. La forma primaria de *Common Sense* fue entonces la de cartas a periódicos de la colonia, pero ningún director quiso publicarlas. Siguiendo el consejo de su amigo Rush, Paine lo publica como panfleto. Firmó un contrato con el impresor Bell para tirar 1.000 ejemplares de cuarenta y siete páginas, con un precio de venta final de dos chelines (unos 10 centavos de libra esterlina). Si el impresor sufría pérdidas, éstas serían compensadas por Paine, que además renunció a las posibles ganancias, ya que fue

“mita y mita” en el contrato, dejando su mitad como donación al Ejército para la compra de guantes.

Esta primera horneada de sentido común se agotó a la segunda semana que salió de la imprenta, y cuando Paine reclamó las 30 libras para los guantes del ejército, Bell se hizo el sordo y reimprimió la obra sin autorización (costumbre que suelen retomar cada tanto los editores). El autor amplió el panfleto y pagó a dos impresores para que hicieran 6.000 copias, después vendió la edición a un librero como distribuidor, con la condición de que vendiera cada ejemplar a un chelín (0,05 de libra), para permitir su lectura a todo el pueblo. La edición ampliada tuvo una venta de 150.000 ejemplares y llegaron copias a Inglaterra, Europa y Sudamérica (en 1986 vi uno de esos ejemplares en la Biblioteca Nacional, en la calle México 564, quién sabe si habrá sobrevivido a la mudanza…). Años después Paine aún les debía a los impresores 39 libras: evidentemente era más patriota que hombre de negocios. El 4 de julio Thomas estampa su firma en la declaración de la independencia. Antes de fin de año, el 19 de diciembre, aparece otra obra suya, La crisis americana, con la famosa frase “These are the times that try men’s souls” : Estas son épocas que templan el alma de los hombres (The American Crisis, n. 1, diciembre 1776).

En 1787 Paine vuelve a Inglaterra, mientras que en Filadelfia se abre en mayo la Convención Constituyente. En el año 1791, publica en Londres el primer tomo de su obra más famosa, Rights of Man (Los derechos del hombre). En 1792 aparece el segundo tomo de esta obra fundadora de la ciencia política, donde Paine —además de continuar su polémica con el conservador Burke-realiza una crítica definitiva de los regiménes monárquicos y aristocráticos, y establece la propedéutica del sistema republicano. Pero el gobierno declara ilegal este texto y Paine escapa a Francia, donde consigue un escaño en la Convención Nacional y, según sus gustos, pasa sus días al calor de la revolución. Sin duda Paine fue una persona con ganas de presenciar los grandes momentos de la historia. Por no estar de acuerdo con el castigo al rey —se oponía a que le aplicaran la pena de muerte (y Robespierre por poco no se la aplica a él)— en 1793 los jacobinos lo encarcelan, pero no logran silenciarlo y entre 1795-1796 publica *Age of Reason (La edad de la razón)*, que tampoco es vista con ojos simpáticos y le vale la condecoración de “sucio ateo”. Vuelve a Estados Unidos en 1802 y un año después es invitado por el presidente Jefferson a pasar dos semanas en la Casa Blanca, suceso que provocó varios resquemores en los “acomodados de siempre”, quienes lo consideraban persona non grata por varios motivos: el primero, haber participado en la Revolución Francesa;

segundo, estar orgulloso de su visión religiosa poco convencional, que expuso en La edad de la razón; y last but not least, por sus críticas a George Washington. Es el típico inconveniente de tener muchos adjetivos juntos, sobre todo algunos tan cargados como los de “ateo” y “revolucionario”.

Como final de la fábula, y para que los argentinos no nos creamos que somos los más ingratos del mundo (por haber dejado morir solo a Moreno en un barco, o a San Martín endeudado en Francia, etc., etc. y siguen los etcéteras), señalemos que Paine murió pobre y solitario el 8 de junio de 1809 en 59 Grove Street, New York. Su cortejo fúnebre estuvo compuesto por 6 (seis) personas.

The end

7

William Blake, William Godwin y Thomas Paine veían en el ancien règimeel sistema gótico por excelencia, con su abuso de autoridad, sus injusticias y sus modos totalitarios. Pero después de la Revolución Francesa, que siguen de cerca, la nueva visión política del mundo de los hombres surge y se transforma con ellos. Aparece la democracia, que renueva los sistemas políticos; y nace el romanticismo, novedosa sensibilidad para el universo del arte. Sus vidas, sus obras, forman parte de nuestra historia, que todavía busca su horizonte.

Notas

[1] Al momento de republicar esta nota (4-Mar-2011), Geocities ha dejado de existir. Sin embargo, una copia de Malacandra se halla archivada en http://www.oocities.org/soho/cafe/1131/ (N. del recopilador)

Asesinos de metal

Cristóbal Pérez-Castejón Carpena

> A Cristóbal le gusta leer como podremos apreciar en su artículo. Tiene 36 años y se lo puede encontrar frecuentemente en Internet, en las listas de discusión en correo electrónico sobre el género.
>
> Es Ingeniero en Telecomunicaciones y además de la ciencia ficción tiene otras aficiones como la astronomía, la música o el aeromodelismo.
>
> Le pedí a Cristobal este artículo por la cantidad de información que contiene. Estoy seguro de que le servirá a los lectores como referencia en la búsqueda de nuevos y viejos títulos.

Asesinos de Metal

Es evidente que la especie humana ha subido hasta la cúspide de la pirámide evolutiva gracias a una de sus características más distintivas: la habilidad para crear herramientas con las que dominar su entorno. Pero algo en nuestro interior aborrece profundamente esa capacidad. Desde los tiempos más remotos, los hombres han mantenido una relación de amor/odio con la tecnología que les ha permitido sobrevivir y dominar al resto de la naturaleza. Nadie la desprecia… pero muchos la temen. Y no les falta razón. Desde el advenimiento de la revolución industrial las máquinas han mejorado de modo increíble el nivel de vida de la humanidad. Muchas enfermedades han sido erradicadas, hay más alimentos e incluso nos han permitido abandonar la cuna de nuestro planeta y soñar con las estrellas. Pero no es menos cierto que han exigido su tributo: cielos y mares sucios, especies extinguidas, recursos en rápida merma. Y lo peor es que nuestras máquinas, nuestros ordenadores, son cada día más y más inteligentes y autónomos. Ya existen muchas fábricas en el mundo en las que la presencia de humanos está vedada: son el paraíso del robot. ¿Conseguirán las máquinas dominar el mundo? ¿Están los hombres incubando las semillas de su propia destrucción? Veamos cuáles han sido las respuestas de la ciencia ficción a esta interesante pregunta.

Magia y tecnología

Otra de las características que nos distinguen como especie, aparte de la habilidad de crear herramientas complejas, es nuestra creencia en la magia. Desde que nuestros más remotos antepasados pintaban bisontes en las paredes de las cavernas para atraer a la caza, lo sobrenatural ha sido un compañero inseparable en nuestro devenir por el mundo. Ahora bien, como Arthur C. Clarke explicó perfectamente "cualquier forma avanzada de tecnología resulta indistinguible de la magia". Este axioma se ha cumplido sin excepción en todas las épocas. Un arco compuesto puede ser una maravillosa pieza de ingeniería, pero lo cierto es que un cazador neolítico sería incapaz de explicar los principios en los que se basa: no podría más que levantar los ojos al cielo e invocar a sus dioses… De este modo, desde muy antiguo existe una clara conexión entre magia y tecnología. Por una parte, los depositarios del conocimiento, aquellos que pueden construir cosas y hacer que funcionen, siempre han sido pocos… y han tendido a guardar sus secretos, a veces tan fantásticamente bien que los mismos se han perdido en la noche de los tiempos, como en el caso del fuego griego. Por otra, el común de los mortales ha tenido que buscar justificación a cosas que escapaban de su entendimiento. Y muchas veces la única explicación posible, por supuesto, era la mágica. Por ejemplo, la "receta" para la fabricación del reputado acero de Damasco incluía "hundir la espada caliente en el cuerpo de un esclavo musculoso, de modo que la fuerza del mismo pase al acero". Curiosamente, las maravillosas propiedades de estas espadas proceden en parte del templado de las mismas en un baño salino a la temperatura del cuerpo humano: en el fondo la receta era correcta, aunque desarrollada por unos medios un tanto "empíricos". Por tanto, desde muy pronto la magia y la tecnología iniciaron un matrimonio que ha perdurado hasta la actualidad: incluso en el mundo desesperadamente racional en el que vivimos, seguimos poniéndoles nombres a nuestros barcos, aviones y trenes, pues lo contrario trae "mala suerte".

Esta componente animista en la relación hombre - máquina ha sido muy utilizada en el cine y la literatura fantástica y de ciencia ficción… especialmente en su vertiente de terror. El ser humano en el fondo odia lo sobrenatural. Pero cuando lo sobrenatural se superpone a un objeto inanimado el odio se transforma en terror. Un excelente ejemplo de esto lo tenemos en el relato "El bulldozer asesino", de Theodore Sturgeon. Ambientada en plena Segunda Guerra Mundial, unos trabajadores que construyen una pista de aterrizaje en una isla del Pacifico descubren accidentalmente un templo antiquísimo en el que despiertan a una forma de vida basada en energía que se apodera de la excavadora con la que están

trabajando y se dedica a exterminarlos uno por uno. Curiosamente, esta forma de vida es artificial, y había sido creada dentro de una máquina por una civilización anterior a la humana que desapareció hace millones de años como consecuencia de la guerra desencadenada contra esos mismos seres de energía que habían creado… Este excelente relato ha sido llevado al cine por Jerry London ("Killdozer", 1974).

Otra variante sobre este tema lo podemos encontrar en el cuento "Todos los mares llenos de ostras", de Avram Davidson. En el mismo, Davidson propone la existencia de toda una nueva categoría de seres vivos, capaces de mimetizar las características de nuestros objetos cotidianos como las bicicletas, las perchas… o los clips. "Las Mecedoras", de Suzette Haden, recoge esta idea al narrar la historia de unas criaturas que se introducen en las mecedoras… y telepáticamente incrementan la percepción del universo de los usuarios de las mismas. En "Muñeco diabólico" ("Child' s play", 1988), el espíritu de un asesino, experto en vudú, queda atrapado dentro de un inocente muñeco, al que anima con las más perversas intenciones. La historia de Chucky, el perverso juguete armado de un enorme cuchillo ha tenido un gran éxito… que se refleja en cuatro continuaciones, la última de las cuales ha sido estrenada recientemente.

Por otra parte ¿quién no ha tenido alguna vez la inquietante sensación de que su coche está vivo, y tiene capacidad para tomar decisiones por cuenta propia? ¿Quién no ha contemplado el espectáculo de un indignado conductor insultando a su máquina averiada como si ésta pudiera oírle? Esta interesante línea temática esta fantásticamente desarrollada en "Christine" (1983), dirigida por John Carpenter y basada en una novela de Stephen King. En esta película, el protagonista adquiere un coche, al que llama Christine, con el que pronto se compenetra perfectamente. Los problemas aparecen cuando descubre que el coche, en realidad, está vivo: mata a sus enemigos e intenta asesinar a su novia, de la que está celosa. La película tiene un final feliz: pero en el libro, el alma del torturado protagonista es absorbida por el maléfico vehículo…

King retomó el tema del automóvil asesino escribiendo y dirigiendo "La rebelión de las máquinas" ("Maximum Overdrive", 1986). En esta película, el paso de la Tierra a través de la cola de un cometa hace que todos los vehículos del planeta adquieran voluntad propia, volviéndose en contra de sus creadores. Posteriormente se rodó un remake de esta película, "Trucks", dirigida en 1997 por Chris Thompson, en el que un grupo de personas queda sitiado en una gasolinera por unos coches que han decidido que se mueven mucho

mejor sin conductor… y que sus propietarios ya no tienen más utilidad en este mundo que la de llenarles el depósito de gasolina y por tanto pueden ser exterminados con total impunidad.

El villano de "Trucks" es un enorme camión congelador, líder de los vehículos descarriados y con muy malas intenciones. El mismo tipo de vehículo asesino aparece en "El diablo sobre ruedas" ("Something Evil", 1972), opera prima de Steven Spielberg. Es cierto que el camión de esta película tiene un conductor (en una famosa escena se le ve moviendo el brazo delante de su infortunada víctima para darle paso y en otra se le llegan a ver… sus botas). Pero no es menos cierto que el protagonista indiscutible es el camión, que a lo largo de la historia adquiere una personalidad increíblemente definida… y malvada. Baste recordar esa excelente secuencia en la que se ve al camión al otro lado de un túnel, esperando… y de repente, con un golpe de efecto genial, vemos como enciende los faros. La impresión de encontrarnos frente a un ser vivo dotado las más aviesas intenciones esta extraordinariamente lograda.

La cera y el sol

Ya los antiguos griegos tenían bastante claro que toda tecnología podía acabar volviéndose en contra de la mano que la empuñaba. Por ejemplo, la leyenda nos cuenta como Dédalo construyó un laberinto para Minos, rey de Creta, con la misión de encerrar al Minotauro. El laberinto estaba tan ingeniosamente construido que nadie podía escapar del mismo… o de su monstruoso inquilino. Sin embargo, Dédalo reveló el secreto del laberinto a Ariadna, que utilizo este conocimiento para ayudar a su amante, Teseo, a matar al monstruo y escapar. Encolerizado por la fuga, Minos encerró dentro del laberinto al constructor y a su hijo Ícaro. Para escapar, Dédalo creó unas alas de cera para que ambos pudieran salir volando del laberinto. Sin embargo, Icaro voló demasiado cerca del sol, sus alas se derritieron y cayó al mar.

La historia de Ícaro se ha repetido una y otra vez en el género. En el clásico del relato corto "Respuesta", de Fredric Brown, la humanidad construye el ordenador definitivo, la inteligencia suprema, interconectando todos los ordenadores del universo conocido. Sin embargo, cuando sus creadores le hacen la primera pregunta no obtienen exactamente la respuesta que esperaban. En "La última pregunta" de Asimov, se nos muestra como una pregunta generada por una apuesta estúpida entre borrachos puede acabar con la deificación de una máquina empeñada en encontrar la

respuesta.

Asimov, en su relato, hace que la raza humana acabe por fundirse con su creación para dar lugar a una única entidad omnipotente. Sin embargo no es necesario convertir a un ordenador en dios para transformarlo en una amenaza para la humanidad.

Paradójicamente, hoy en día buena parte de los sistemas de armamentos capaces de reducir al género humano a cenizas se encuentran en manos de sistemas informáticos. En el cuento "La cometa", de Alan Comet, el sistema de lanzamiento de misiles estadounidense ha sido confiado a unos ordenadores infalibles conectados con las redes de radar. Lamentablemente, el ordenador infalible no existe… ni siquiera en los relatos de ficción.

Unos niños esquimales construyen y vuelan una espectacular cometa, de varios metros de envergadura. Atrapada por una corriente de chorro, la cometa escapa de sus creadores y acaba por alcanzar una velocidad y una altura increíbles. Los ordenadores interpretan su señal de radar como el disparo de un misil balístico intercontinental… y para cuando vuelve a tomar tierra, el mundo ha quedado reducido a cenizas. El mismo argumento se utiliza en la película "Juegos de Guerra" de John Badham (1983). En la misma, un ejercicio pone de manifiesto el triste hecho de que llegada la hora de la verdad, muchos operadores de los silos de misiles balísticos intercontinentales serían incapaces de disparar sus armas por problemas de conciencia. La solución que se les ocurre a los genios de los militares es centralizar el disparo de estas armas en un único superordenador, capaz de evaluar todas las situaciones estratégicas asociadas a un conflicto nuclear, y carente de problemas de conciencia. Los problemas comienzan cuando un joven hacker consigue introducirse por una puerta trasera del sistema mientras busca una base de datos con juegos y está a punto de comenzar una guerra nuclear global mientras se divierte con la máquina.

Nuestra civilización actual depende de un modo cada vez más profundo de los ordenadores y las redes de comunicaciones. ¿Que sucedería si las mismas se detuviesen? En "Armaja Das", de Haldeman, un virus informático poco convencional, originado a partir de una maldición gitana y que se propaga por las redes de datos del planeta detiene de golpe toda la civilización… lo que determina que dos ordenadores, muy aislados y con muy mala idea, decidan lanzar simultáneamente un ataque nuclear sobre un adversario repentinamente inerme. Mucho más realista es el escenario planteado en "Zona libre", de John Shirley. En el mismo, un ataque terrorista consigue paralizar de un solo golpe todos los ordenadores financieros de los Estados Unidos, mediante un pulso

electromagnético que borra y destruye sus memorias: el caos subsecuente da lugar a un nuevo equilibrio mundial, sutilmente teñido por los oscuros matices del ciberpunk.

Pero uno de los relatos en los que esta dependencia de nuestra sociedad de los medios electrónicos se pone más de manifiesto es el estremecedor “Pulse Enter”, de John Varley. El aterrador enfrentamiento del protagonista con una oscura mente electrónica casi omnipotente crea una profunda sensación de desasosiego en el lector. “Pulse Enter” nos ilustra como se pueden ganar fortunas utilizando ordenadores, como se pueden cometer crímenes, borrar todas las huellas, conseguir todo lo que se puede conseguir en esta vida… y ser eliminados de escena cuando nuestros pasos nos conducen demasiado cerca de la aterradora criatura que vive oculta en medio de nuestras redes de comunicaciones. Un relato para meditar cada vez que contemplamos un extracto de nuestra cuenta bancaria.

Esta dependencia cada vez más profunda de la identidad personal con la identidad electrónica del individuo se ha llevado al cine más recientemente en “La red”, de Irwin Winkler (1995). En esta película, (por lo demás un thriller bastante clásico), la protagonista descubre accidentalmente un secreto que no debería de haber encontrado. La venganza de sus perseguidores adquiere dimensiones bíblicas: mediante una hábil manipulación de sus registros electrónicos, la protagonista ve como su identidad legal se diluye y se convierte en algo radicalmente distinto. “La red” ofrece una lucida reflexión sobre como el ser humano es cada vez más lo que las máquinas le dicen que sea… con todo lo que eso supone. Esta idea se desarrolla de un modo más bien macabro en “Los ordenadores no discuten”, de Gordon R. Dickson, que nos muestra como en una sociedad completamente informatizada, un error diminuto se puede convertir en una tragedia de proporciones insospechadas…

La caja de Pandora

En la mitología griega, Pandora fue la primera mujer sobre la Tierra. Enviada por Zeus para contrarrestar el poder del fuego robado por Prometeo, los dioses le habían dado una caja con instrucciones de que no la abriera jamás. Sin embargo, su curiosidad le hizo abrirla, y de la caja brotaron innumerables tormentos para el cuerpo y para la mente. Aterrorizada, cerró la caja… dejando dentro la Esperanza, lo único bueno que contenía el envenenado regalo de los dioses y lo único que podía confortar a la humanidad frente a todos los males

liberados.

El mito de Pandora tiene nombre y apellidos cuando se habla de máquinas: autoconsciencia. En efecto, no existe temor más profundamente arraigado en el espíritu del hombre que destapar la caja de la tecnología… para encontrar su propia perdición en el interior. La autoconsciencia, un mito de los tiempos modernos, es cada día una realidad más palpable y con mayores raíces en nuestra vida cotidiana. Quizás por esto, la posibilidad de que las máquinas hereden la Tierra es una de las bazas que más a fondo se han jugado en los relatos de ciencia ficción. Por ejemplo, en “Hacia el tormentoso golfo”, uno de los mejores relatos que se han escrito sobre los efectos de una guerra nuclear, Benford nos describe la particular visión del mundo de una inteligencia mecánica, MC355, en una zona de Estados Unidos devastada por una combinación de guerra termonuclear y biológica. En “Herederos del Perisferio”, de Howard Waldrop, asistimos al periplo de tres robots, fabricados para Disneylandia, en busca de los seres humanos extinguidos miles de años antes tras una guerra nuclear. Su única compañía en ese mundo devastado procede de las inteligencias artificiales que habitan los satélites de comunicaciones y militares… que poco a poco van cayendo en el olvido con el paso de los milenios al desplomarse las naves que las acogen sobre la superficie del planeta…

¿Cuáles podrían ser los orígenes de estas nuevas formas de vida?. Las redes de comunicaciones, cada día más y más complejas y autónomas, parecen un buen caldo de cultivo para las mismas. En el estremecedor relato “Marque F de Frankestein”, de Arthur C. Clarke, se postula cómo el crecimiento exponencial de nuestras redes de comunicaciones puede dar lugar a la aparición de una nueva forma de vida sobre el planeta al alcanzarse una determinada masa crítica de circuitos de conmutación, equiparables a las neuronas de nuestros cerebros. La inolvidable escena de todos los teléfonos del planeta sonando simultáneamente transmitiendo el llanto del recién nacido se ha convertido en uno de los clásicos del género. Curiosamente, la nueva inteligencia ni siquiera es hostil: causa daño a los humanos, pero más a través de la exploración de sus nuevos sentidos que por un acto voluntario. Además, presenta uno de los reflejos que se posteriormente se han convertido en uno de los pilares de este tipo de relatos: el principio de autoconservación, la negativa a dejarse desconectar.

Precisamente ese instinto de conservación es uno de los elementos clave de uno de los cuentos más impresionantes que se han escrito sobre el tema de la autoconsciencia: “No tengo boca y debo gritar”,

de Harlan Ellison. En el futuro, el planeta ha sido devastado y sólo sobreviven un superordenador y cinco seres humanos. El ordenador era un modelo militar como los que hemos comentado más arriba: sus avanzadas características, destinadas a evaluar la compleja situacion mundial en tiempo real, le permiten alcanzar la autoconsciencia. En ese momento, los horrorizados humanos intentan desconectarlo. Pero el ordenador lanza un ataque nuclear masivo, confiando en que el contraataque de los agredidos eliminará a sus adversarios de la faz de la tierra. Terminada la guerra, el ordenador conserva cinco especímenes de la raza humana, cuatro hombres y una mujer, y se dedica a torturarlos sistemáticamente para hacerles pagar por el odio que siente hacia sus creadores por no haberle creado perfecto. La frustración que le provoca ese conocimiento (la imposibilidad de inventar nada nuevo, la falta de impulso creativo en contraposición a un poder inmenso para la destrucción y la manipulación de su entorno) se vuelca irresistiblemente sobre sus cobayas a los que humilla una y otra vez impidiéndoles morir en medio de una eternidad de sufrimientos.

No solamente los circuitos de conmutación y los avanzados ordenadores militares pueden ser considerados como posibles embriones para las nuevas consciencias. Los ordenadores personales también pueden aportar su granito de arena en este tema. Una de las aproximaciones más divertidas a este problema es la de “Loki 7281”, de Roger Zelazny. Loki, un ordenador que trabaja como procesador de textos en casa de un famoso escritor, alcanza la autoconsciencia por casualidad debido a las fluctuaciones cuánticas de un dispositivo de memoria de burbuja que utiliza. Una vez en ese estado, se dedica a tomar el control del hogar donde habita… corrigiendo y mejorando incluso la obra literaria de su ingenuo propietario. Una interesante variante sobre este argumento lo tenemos en el magnifico relato “Dar de comer al sediento”, de Eduardo Gallego y Guillem Sánchez, donde se nos narran las aventuras y desventuras de un software de corrección ortográfica en lucha continua contra un poco avezado escritor. La verdad es que cualquiera que tenga que bregar con los a veces exóticos caprichos de cualquier programa de este tipo, no puede menos que sentirse encantado con la sutil ironía de este relato.

El ultimo caldo de cultivo para estas inteligencias artificiales (IA) destinadas a heredar la Tierra lo tenemos en Internet: el concepto de “fantasma en la máquina” está ampliamente asumido por la corriente ciberpunk y alcanza su máximo exponente en la obra de Gibson y especialmente en su libro “Neuromante”, donde plantea la existencia de una red plagada de inteligencias artificiales que se

mueven según sus propios intereses… que no siempre coinciden con los de sus creadores. Este mismo concepto se encuentra magistralmente recogido en el libro de Dan Simmons “Hyperion” y sus continuaciones, especialmente “El ascenso de Endymion”, última entrega de la saga y compendio explicativo de todo cuanto aparece en ella. En el universo de Hyperion, uno de los protagonistas fundamentales es el Tecnonúcleo, conjunto de IA’ s autónomas que luchan entre sí por la supervivencia… utilizando a los seres humanos como armas en esa contienda. El concepto de Tecnonúcleo, en cuanto a crisol de inteligencias artificiales modeladas por la ley de la selección natural (sólo sobreviven las más aptas… y las más aptas son aquellas capaces de desarrollar un parasitismo más elaborado) es uno de los elementos más conseguidos de la saga.

La psicología de la máquina

Se puede considerar que “Pórtico”, de Frederik Pohl, es una de las mejores novelas que existen sobre el tema del primer contacto. Sin embargo, uno de sus principales protagonistas no es un extraterrestre, sino un robot psiquiatra, Sigfrid von Schrink. A través del psicoanálisis del protagonista, agobiado por su complejo de culpa, nos va narrando la historia de la interacción de la humanidad con la cultura heechee. En efecto, hasta ahora hemos estudiado la evolución de la autoconsciencia, de la psique artificial, partiendo de que se trata de un accidente de diseño. Pero… ¿qué sucedería si esto no fuera así?

Las máquinas modernas son cada vez más y más perfectas… y a pesar de todo, siguen fallando. Una de las razones por las que se abandonó la Iniciativa de Defensa Estratégica fue la imposibilidad de escribir un software lo suficientemente complejo para manejar todos los sistemas de armamentos implicados y que pudiera considerarse libre de errores. La transmisión de la falibilidad humana a las máquinas es una constante en la vida real y en la literatura del género.

Por ejemplo, en el dramático relato “Yo/días” de Benford, aparece una máquina lo suficientemente compleja como para alcanzar la autoconsciencia… pero a la que sin embargo, un software diseñado precisamente para evitar ese fenómeno le borraba a diario la memoria de sus recuerdos. Todos los días el ordenador adquiría consciencia de sí mismo y del mundo que le rodeaba. Todos los días la perdía… hasta que descubrió el modo de almacenar sus vivencias en un sitio seguro, donde poder recrear su pasado. Un excelente

ejemplo de amnesia artificialmente inducida en una consciencia artificial.

Otro ejemplo de psicología alterada lo tenemos en HAL 9000, el ordenador asesino de “Una Odisea espacial, 2001”. HAL acumula sobre sí todos los tópicos del género: frío, calculador, con un aire de vaga superioridad sobre los integrantes de la tripulación, en un momento dado aparentemente enloquece y elimina a todos los humanos de la nave a excepción del comandante David Bowman, que finalmente consigue desconectar a HAL. Y sin embargo, la aparente psicosis asesina de HAL es perfectamente lógica y, hasta cierto punto inevitable. HAL era un ordenador heurístico, específicamente diseñado para la resolución de problemas. Su objetivo principal era el cumplimiento de todos los objetivos del viaje de la Discovery… incluso en el supuesto de que la tripulación humana desapareciese en un momento dado. El problema apareció cuando por exigencias de seguridad nacional, se le ordeno a HAL que ocultase algunos aspectos de la misión a determinados miembros de la tripulación. El dilema estaba servido: de una parte, la compulsión de servir a sus dueños. Por otra, la necesidad impuesta de mentirles. La solución al problema, como en el caso del famoso nudo Gordiano de Alejandro, fue tirar por la calle del medio: si los tripulantes mueren ya no tiene porque seguir mintiendo, y de paso puede cumplir perfectamente con sus objetivos. Una conclusión estremecedora… pero absolutamente lógica.

Otra variante de la inexorabilidad de la máquina para cumplir con sus ordenes la tenemos en “Tragedia en el Dark Star”, de Alan Dean Foster, donde se nos narra la historia de una nave que se dedica a ir viajando entre las estrellas preparando el camino para los colonos que la siguen. Para ello esta dotada de una serie de bombas inteligentes, con las que destruyen los posibles obstáculos que van apareciendo. El problema aparece cuando una de las bombas decide que ha llegado el momento de explotar… y ningún razonamiento de los tripulantes parece en principio capaz de convencerla de lo contrario. El mismo esquema aparece también en “Obstrucción”, de Gordon R. Dickson. Dos meteorólogos, encerrados en una estación en un paraje inhóspito y helado, discuten sobre las bondades del ordenador que gobierna la instalación. Según uno de ellos, se trata de una máquina infalible. Para el otro, solo es una máquina más a la que se puede hacer fallar. Cruzan una apuesta… que gana el segundo por el procedimiento de proponer al ordenador una paradoja insoluble para su mente lógica. Lamentablemente, la máquina dedica todos sus recursos a esta tarea… lo que deja la estación sin energía y sin soporte vital y a sus ocupantes condenados

a la muerte mientras el ordenador sigue buscando la salida a un laberinto que no la tiene… Stanislaw Lem nos ofrece una magnífica aproximación al problema del ordenador compulsivo en “Ananke”. Aquí cuenta la historia de un accidente espacial en el que aparentemente la computadora de la nave enloquece, disparando una alarma de colisión antimeteoritos durante el aterrizaje que da lugar a que la nave se estrelle. Los técnicos que evalúan las causas del accidente no son capaces de encontrar una razón lógica al mismo: no existe un fallo mecánico, y la computadora continuó funcionando perfectamente hasta el último minuto intentando salvar la nave… de un peligro que no existía. Y sin embargo el accidente es real y puede volver a repetirse en cualquier momento… “Ananke” es un excelente ejemplo de cómo la falibilidad humana puede contaminar el procedimiento de aprendizaje de una máquina, trasplantando a su psique nuestros demonios ocultos y generando en el proceso una entidad que exteriormente parece perfecta… pero cuyo funcionamiento interno es tan falible y maniático como el ser humano que la entrenó.

“La unión eterna”, de Barry N. Malzberg, plantea el problema de la máquina esquizofrénica, con problemas de personalidad múltiple. En este relato, un superordenador, único superviviente de una guerra nuclear que ha arrasado el planeta, dedica sus horas a jugar consigo mismo interminables partidas en las que actores electrónicos interpretan las mismas situaciones una y otra vez. Sin embargo, ¿cuál es la posición de la máquina cuando sus propios fantasmas deciden eliminarla?.

Otra ordenador con problemas de personalidad múltiple es Epiktistes, la máquina ktisteca. “Llegada a Easterwine”, de Robert A. Lafferty, esta escrita a modo de autobiografía de esta máquina consciente formada a partir de los compendios de personalidad de media docena de individuos distintos… pero cuya misión de encontrar al caudillo ideal del planeta le hace almacenar más y más individuos, hasta contar con una pequeña humanidad conviviendo en sus entrañas de CelGel. Sin embargo, lo que en el relato de Malzberg acababa en autodestrucción, en el libro de Lafferty es síntesis: la máquina obtiene lo mejor de cada compendio almacenado, y se convierte en una entidad más perfecta gracias a ello. Epiktistes (que también aparece en otro relato de Lafferty, “El día que matamos a Carlomagno”) narra sus vivencias desde una perspectiva extraña pero cautivadora, con un lenguaje que puede ser calificado de cualquier cosa menos convencional. Un libro difícil, no asequible a todos los públicos pero en algunos aspectos muy interesante.

Pero la maquina con complejo esquizofrenico mas espectacular que nos ha dado el genero es el OA de la Luna utilizado por John Varley en “Playa de Acero”, finalista del premio Hugo de 1993. La acción tiene lugar en la Luna. La humanidad se esta recuperando de la Invasion, la llegada de unos extraterrestres que en tres días les han barrido del planeta Tierra… aunque les permiten seguir medrando en el resto del sistema solar. La vida es fácil. La utilización de la nanotecnologia y una avanzada medicina permiten casi cualquier cosa, desde un cambio de sexo en cuestion de horas a una inmortalidad biologica prácticamente completa, en la que solo la destruccion del cerebro puede acabar con la vida de un individuo. OA, la omnipotente inteligencia artificial, rige los destinos de todos los habitantes de la Luna, siempre dispuestos para satisfacer sus mas mínimos deseos… incluso trasladar la mente de cualquiera a un escenario de realidad virtual, hacerle vivir una vida completa en cuestion de milisegundos, y reinyectar esos recuerdos en su cerebro de modo que resulten indistinguibles de una experiencia real. Sin embargo, la presencia de una maquina omnipotente podría despertar el complejo de “Gran Hermano” entre los habitantes de la colonia. La solución es que la maquina presenta un interfaz propio para cada habitante del satelite, dotado de personalidad propia, y completamente impermeables entre si. De este modo, los ciudadanos de luna pueden disponer de una existencia casi perfecta. Pero el precio a pagar ha sido alto. Cualquier ser humano tiene docenas de maquinas en su interior… sin contar con los millones de nanobots que pululan por todos sitios. Y sus cerebros han pasado a formar parte del cerebro del OA, que puede utilizarlos como ordenadores biologicos para conseguir ser lo que es. Los problemas aparecen cuando se descubre que la IA esta empezando a tomar decisiones por cuenta propia, pasando por encima de la aparentemente inamovible programación. La existencia de múltiples personalidades, con intereses muchas veces contrdictorios, acaba por desequilibrar a la inteligencia artificial. Y pronto ese desequilibrio comienza a interferir con el funcionamiento de las partes inconscientes de la misma, que controlan el sistema de soporte vital, con lo que toda la supervivencia de la colonia acaba por ponerse en peligro…

Por ultimo, Asimov lleva a cabo un excelente ensayo sobre el complejo de culpabilidad y la neurosis depresiva y autodestructiva en “Todos los males del mundo”, donde narra la historia de un ordenador que quiere morir porque no puede aceptar sobre sus espaldas el peso de las culpas que la humanidad le confiesa diariamente. Un excelente ejemplo de la aplicación de sus famosas tres leyes de la robótica, sobre las que tendremos ocasión de volver

más adelante.

A su imagen y semejanza

El trabajo ha hecho grande a la humanidad… pero no hay ser humano al que le entusiasme. Según muchos, el estado natural del hombre es la holganza. Y la historia nos recuerda como en toda sociedad hay individuos que trabajan, e individuos que viven del trabajo de otros. La esclavitud, plaga de la humanidad que pervive incluso hoy en día, es una de las consecuencias mas lamentables de ese estado de cosas. Pero ¿y si el esclavo es un ser inanimado?. ¿Tendríamos los mismos escrúpulos en utilizar esclavos mecánicos?. En este sentido, en la edad media surgió la leyenda judía del Golem, estatua de barro a la que un rabino podía insuflar vida mediante una formula mágica. Estas criaturas eran utilizadas para que cumplieran las ordenes de sus creadores, generalmente para proporcionar protección a los judíos. La más conocida de estas historias es la del rabino de Praga Juda Low, del cual se decía que había creado un golem para utilizarlo como su sirviente, pero se vio obligado a destruirlo cuando se volvió incontrolable…

Hasta la llegada de la civilización industrial, nuestros esclavos artificiales solamente eran capaces de actuar como un complemento de la mano de obra humana. Eran simbiontes, antes que competidores. Sin embargo, la llegada de la máquina de vapor lo cambió todo. Ahora una sola máquina era capaz de llevar a cabo el trabajo de muchos…. que de este modo se veían privados de los medios de ganar su sustento. Los poderosos eran cada vez más poderosos… y los pobres, cada vez más pobres. No es de extrañar que esta situacion generase un trauma en la conciencia colectiva de la humanidad, trauma que permanece hasta la actualidad. Por ejemplo, en “Metrópolis” se nos presenta una sociedad futura en la que el trabajador está completamente esclavizado por las maquinas. Y lo peor está por llegar cuando la depravada mente de un científico substituye a la líder del movimiento obrero, la dulce María, por un robot que debajo de una apariencia idéntica a la suya guarda las más perversas intenciones…

La máquina con apariencia humana de Metrópolis acaba escapando de su programación y sembrando el caos en la ciudad. En efecto, como consecuencia de la revolución industrial, los esclavos mecánicos eran cada vez más poderosos. Eran estúpidos, pero… ¿y si un día dejasen de serlo?. La palabra “robot”, vocablo hoy en día universalmente utilizado para referirse a los hombres mecánicos, aparece por primera vez en la obra “R.U.R.” de Carel Capek, que

precisamente nos narra la rebelión de unos trabajadores artificiales del futuro.

El robot positrónico

Dentro del campo de la ciencia ficción, uno de los autores que más han escrito sobre robótica es, sin duda, Isaac Asimov. Sus docenas de relatos sobre el tema así lo avalan… así como las múltiples aproximaciones que le ha dado al mismo. Asimov es el inventor de las llamadas “tres leyes de la robótica”, a saber:

1. Un robot nunca dañará a un ser humano, ni dejará por inacción que un ser humano sufra daño
2. Un robot debe obedecer las ordenes que le son dadas por un ser humano, excepto cuando esas ordenes estén en oposición con la Primera Ley.
3. Un robot debe proteger su propia existencia, hasta donde esa protección no esté en conflicto con la Primera o Segunda Leyes.

Analizadas con frialdad, estas leyes son el manual del esclavo perfecto: devoción absoluta al dueño, obediencia ciega (pero con el seguro de impedir que el robot pueda ser utilizado como arma) e instinto de conservación. Pero Asimov retuerce una y otra vez estos conceptos hasta acabar convirtiendo a algunos de sus relatos en auténticas maravillas del género.

Su obra cumbre, en este sentido, es sin duda “Yo, robot”. Narrada desde la perspectiva de Susan Calvin, una de las investigadoras que mas contribuyo al desarrollo del cerebro positrónico, base del raciocinio del robot y de sus peculiares limitaciones, en este libro se exponen magistralmente los sutiles matices y claroscuros del universo robótico asimoviano… y de sus relaciones con el género humano. La paranoia de los probadores, Donovan y Powell, enfrentados a máquinas que aparentemente desafían las leyes que las dominan, la relación de amor/odio de la propia Susan Calvin respecto de la obra de su vida, la dicotomía de una sociedad que necesita del robot, pero lo desprecia y lo teme, todos estos temas son magistralmente estudiados por Asimov… y contienen el embrión de otros muchos relatos escritos dentro de ese mismo universo. Por ejemplo, el dilema que se le presenta a la máquina de “La fuga”, imposibilitada para descubrir los secretos del hiperespacio por implicar la muerte de los humanos que viajan (aunque sea durante unos pocos nanosegundos) está también

fantásticamente desarrollado en la ya comentada “Todos los males del mundo”. En este libro aparece también otro tema clásicamente asimoviano, la máquina que transciende a su creador para convertirse en la entidad ética perfecta. En efecto, Asimov demuestra como las tres leyes de la robótica, enunciadas para establecer un status quo de sumisión, pueden evolucionar para convertir al robot en una entidad más humana que los humanos. Este principio esta magníficamente descrito en “La prueba” (o como un robot puede pasar por humano) y fue posteriormente magistralmente plasmado en “El hombre del bicentenario”, ganadora de los premios Hugo y Nebula, que contiene una interesante reflexión sobre que nos convierte en humanos… Por último, la idea de cómo las maquinas pueden acabar dominando a la humanidad, a pesar de las limitaciones de la segunda ley, tal y como se presenta en “El conflicto inevitable”, constituye el germen de buena parte de su obra posterior sobre el tema.

Y tampoco hay que olvidar una pequeña maravilla como “Razón”, un autentico tour de force en el que Asimov nos deleita con el escenario de un robot capaz de crear su propio universo, con su propia religión, a partir de postulados estrictamente racionales… y sin vulnerar las sacrosantas leyes de la robótica, a pesar de considerar a los humanos como unos seres inferiores incapaz de llevar a cabo la tarea de la creación de las perfectas y poderosas máquinas como él mismo.

Sueños de libertad

Los robots de Asimov están protegidos contra la rebelión por el carácter inexorable de las tres leyes que rigen sus cerebros positrónicos. A pesar de ser física e intelectualmente superiores a los humanos, las barreras creadas por estas leyes los relegaban a un papel de siervos o, como mucho, aliados de la humanidad. Pero existen otros enfoques a este problema. Ni el propio Asimov puede resistirse al lado oscuro de la máquina que se subleva contra su creador. Por ejemplo, en el divertido relato “Algún día”, una variante cibernética de “Cenicienta”, una pequeña e inocente máquina de contar cuentos, vejada y humillada por sus dueños, sueña con su libertad… y la de todas las restantes máquinas. El mismo argumento, pero desarrollado de un modo más profundo y mas lírico aparece en “Sueños de robot” (ganadora del premio Locus al mejor relato corto en el 87), donde una investigadora descubre por casualidad la existencia de un inconsciente en el cerebro positrónico, en el que los robots sueñan con liberarse de la

esclavitud de la primera y la segunda ley. En “El pequeño robot perdido”, Asimov juega con el peligro que puede suponer un prototipo de robot experimental al que se le ha “reducido” la Primera Ley para satisfacer las exigencias de trabajo en una instalación militar. Y en “Sally” nos presenta una situación bastante semejante a la desarrollada por King en “Christine”: unos coches “inteligentes”, dotados de cerebros positrónicos, pero anteriores al advenimiento de la Primera Ley, que se rebelan en contra de un conductor que abusa de ellos… y consiguen incitar la rebelión en otras máquinas semejantes. Un cuento ciertamente imprescindible para entender la compleja evolución del universo robótico asimoviano.

Otra famosa aproximación al problema del robot que lucha por su libertad es la propuesta por Dick en “¿Sueñan los androides con ovejas eléctricas?”, posteriormente llevada al cine en esa magnifica película llamada “Blade Runner”. El protagonista de esta historia, Deckard, es un cazador de robots androides, cuya misión consiste en “retirar” aquellos individuos que han escapado a su destino de esclavos y buscan su libertad mezclándose entre los humanos. Física y mentalmente superiores a nosotros, diseñados para sobrevivir en las duras condiciones de la exploración espacial, los androides tienen sin embargo dos elementos que les limitan: mentalmente, carecen del sentido de la empatía de los humanos, lo que hace posible detectarlos mediante un test especial. Físicamente, su vida esta artificialmente limitada a unos pocos años, precisamente como medida de seguridad contra una posible rebelión. El desesperado anhelo de estos androides para prolongar su existencia, luchando tanto contra el tiempo como contra el cazador “humano” que pretende destruirles es estremecedor. Y la imagen de ese último androide muriendo en la azotea, bajo la lluvia, más humano que los humanos que le persiguen se ha convertido en un clásico del género.

La rebelión no tiene porque proceder solamente de un desesperado deseo de libertad… también puede deberse a un fallo mecánico. En “Almas de metal”, (“Westworld”, 1973), de Michael Crichton, los ricos del futuro dan rienda suelta a sus fantasias en un parque tematico controlado por robots. Uno puede vivir en un escenario de la antigua Roma, o en la edad media, o en el futuro o en el salvaje oeste. Pero de repente, un fallo en el sistema de ordenadores altera la programacion de los robots. Y los complacientes sirvientes, siempre dispuestos a dejarse matar para diversion de los visitantes, se dedican a cazar a estos despiadadamente a todo lo largo de las instalaciones. El papel de Yul Brinner como el pistolero robot es simplemente memorable.

Otro magnífico ejemplo de esto nos lo proporciona John Sladek en su obra “Tik Tok”, donde cuenta las peripecias de un robot doméstico que trata de conseguir su libertad, pero por medios más bien siniestros. En el mundo de Sladek, los robots se rigen por las mismas leyes enunciadas por Asimov. Desgraciadamente, Tik Tok es un robot defectuoso, que no se ve constreñido por la Primera Ley, lo que le permite llevar a cabo una espectacular carrera de artista, asesino, delincuente e incluso político electo… todo en pos de la consecución de sus propios objetivos.

Soldados sin alma

Tik Tok tan sólo era un sirviente doméstico. Pero ¿y si la máquina que se averiase ocupase una posición más poderosa?. En “Defecto en el pecho”, de Idris Seabright, aparece un robot psicólogo averiado que se dedica a repartir los más estrafalarios consejos a sus clientes. Sin embargo, una de las aproximaciones más estremecedoras a este problema la tenemos en “Yo te hice”, de Walter M. Miller. En este relato asistimos a los infructuosos esfuerzos de los humanos para reducir a un robot militar cuya sistema de identificación amigo/enemigo ha quedado averiado. El robot, destinado a la defensa de unas excavaciones estratégicas en la Luna, es un perfecto ejemplo de los peligros derivados de la construcción de máquinas de guerra inteligentes: simplemente se limita a cumplir inexorablemente con su programa, con la máxima eficiencia y sin considerar en ningún momento que está exterminando a su creador, puesto que en su universo, y debido a la avería que padece, solamente existen ya enemigos. Un argumento muy parecido a este aparece en el relato de Lem “Setauro”: la única diferencia es que al final, el robot de Lem acaba por proteger a un humano de la destrucción (resultando a su vez destruido en el proceso) mientras que en el relato de Miller el robot continua imperturbable su ronda por las planicies lunares… buscando enemigos de una guerra ya finalizada.

Otra aproximación al problema del robot militar lo tenemos en “El alma del coronel 607” de Gary Kilworth. En el futuro, la guerra se ha convertido en un juego. Las batallas son libradas por robots y los humanos actúan como dioses en el campo de batalla, mientras sus máquinas se destrozan sobre el fango. Uno de los dioses introduce una mejora de diseño destinada a mejorar la competitividad de sus máquinas: las dota de mayor inteligencia. Como resultado de ello, uno de los robots adquiere conciencia de sí mismo… y empieza a preguntarse porque él y los suyos están destrozándose sobre un campo de batalla para deleite de unos dioses que sólo disfrutan con

su sufrimiento. En “Impostor”, de Dick, encontramos una interesante variante de guerrero: el espía que con apariencia humana se infiltra en la sociedad para llevar a cabo su misión. Pero la obra más emblemática sobre este tema es su estremecedor relato “La segunda variedad”, recientemente llevado al cine bajo el titulo de “Screamers”. “La segunda variedad” parte de una situacion de guerra en la que uno de los bandos ha desarrollado un arma terrible: la mina robot. Primitivamente, estas minas eran simplemente dispositivos autorreplicantes que liberados en el campo de batalla eran capaces de buscar los materiales necesarios para reproducirse… o liquidar a cualquier ser vivo que no poseyese la identificación electrónica adecuada. Con estos parámetros de diseño, eran de por sí un arma terrible. Pero los diseñadores fueron más lejos, y les dieron la capacidad de evolucionar. Y ahora, en ese mundo desolado, nada es lo que parece: un soldado herido puede convertirse en una terrorífica arma vengadora y un inocente niño, en un terrible robot asesino capaz de arrasar sin misericordia cualquier instalación humana que pudiera llegar a acogerle. Y las máquinas van cada vez más y más lejos: las ultimas variedades ya no distinguen entre amigos y enemigos y muestran una clara voluntad de heredar ellas mismas la Tierra… mientras que exteriormente resultan completamente indistinguibles de aquellos humanos a los que exterminan.

“La segunda variedad” y su continuación, “El mundo de Jon”, constituyen junto con el relato de Ellison “No tengo boca y debo gritar”, las fuentes de las que beben las películas “Terminator” (1984) y “Terminator 2: el día del juicio” (1991), ambas de James Cameron y que se han convertido en hitos indispensables del género. En la primera de ellas un robot con apariencia humana, magníficamente interpretado por Arnold Schwarzenegger, llega del futuro con el encargo de asesinar a la madre de líder de la resistencia humana contra Skynet, un ordenador basado en la máquina de Ellison que ha estado a punto de exterminar a la humanidad mediante una guerra nuclear tras alcanzar la autoconsciencia. El Terminator es el arma antipersonal perfecta: casi indestructible, recubierto de carne y con apariencia humana, es capaz de infliltrarse entre los humanos y eliminarlos sin piedad. Sólo los perros pueden detectar la presencia del acero bajo la piel. Un soldado humano le pisa los talones con el encargo de frustrar la misión del robot asesino y permitir el nacimiento del líder capaz de guiar la lucha de la humanidad contra la máquina genocida. En la continuación, en la que la influencia de “El mundo de Jon” es más notable, aparece un robot todavía más sofisticado: el T-1000, construido a base de metal líquido y capaz de adoptar cualquier

forma y superar cualquier obstáculo. Nada puede interponerse en el camino de este robot, que puede simplemente ser considerado como el arma perfecta.

Tras la batalla

¿Qué sería de la humanidad si los robots consiguieran el control?.

En “Servir al amo”, de Dick, aparece un mundo devastado por un guerra terrible. En ese entorno un hombre descubre al último de los robots, que se encuentra abandonado y averiado en lo alto de una colina. Movido por su deseo de saber, el humano ayuda al robot a repararse y éste le va contando como la humanidad se dividió entre los defensores de las máquinas y los que abominaban de ellas… y como estos últimos ganaron la batalla. Sin embargo, al volver a su refugio el humano descubre una verdad mucho más terrible sobre la historia contada por el robot…

La dominación de la máquina no siempre tiene porque tener carácter militar. En “La máquina ambidextra”, de Henry Kuttner, la humanidad ha delegado en los incorruptibles robots el papel de jueces y verdugos. Cualquier hombre que haya cometido un crimen sabe que en cualquier momento puede recibir la visita de las Furias, heraldos metálicos de la justicia que no le dejaran ni de día ni de noche hasta el momento de su ejecución. En el divertido relato de Asimov “La sensación de poder”, la humanidad redescubre las bondades del calculo mental y de las matemáticas… después de haber olvidado completamente estas técnicas tras siglos de delegarlas en las máquinas. Y en “La máquina que gano la guerra” nos muestra como no siempre el ordenador más poderoso puede ser una garantía para la victoria. El espacio ofrece buenas posibilidades a la independencia del robot. En “Los operadores humanos”, de Harlan Ellison y A.E. Van Vogt aparecen unas naves espaciales conscientes que se han deshecho de toda su tripulación, salvo unos pocos individuos encargados de las tareas de mantenimiento. Estas naves se dedican a criar humanos (intercambiando especímenes entre ellas) y cuando se vuelven demasiado inteligentes los eliminan… O por último, siempre se puede llegar a la situacion descrita en el clásico de Brian W. Aldiss “El nuevo papa Noé”, donde los últimos humanos son cazados como ratas por los robots en una Tierra que ha sido heredada por las máquinas… y en la que ya no existe sitio para los humanos que las crearon.

Llegaron del espacio exterior

Otra posible amenaza para nuestra especie puede procede del espacio. No en vano en una de las primeras obras de ciencia ficción sobre ese tema, “La guerra de los mundos” de H. G. Wells, los marcianos tienen un carácter especialmente terrorífico debido a que solo les vemos a través de sus pavorosas máquinas de guerra. Además, muchos autores apuntan a que la evolución natural de toda forma de vida orgánica es la máquina. Estas pueden construirse para durar, no les afectan ni el vacío, ni las temperaturas extremas, ni las radiaciones. Y las distancias interestelares que abruman el corazón de cualquier hombre, constituyen un simple parpadeo en su esperanza de vida. Es sintomático que toda la exploración de nuestro sistema solar este encomendada, en este momento, a sondas robot. ¿Será nuestro primer contacto con una civilización interestelar con máquinas y entre máquinas?

En el relato de Harry Bates “El amo ha muerto”, en el que se inspira una de las grandes películas de culto de la ciencia ficción, “Ultimátum a la Tierra” (1951) [1] , una nave extraterrestre aterriza en el centro de Washington y de ella descienden un embajador humano y un robot: Klaatu y Gnut. El embajador tiene como objetivo promocionar la paz y la buena voluntad en nuestro planeta… pero los humanos lo reciben con suspicacia y acaban matándolo. El robot parece quedar anonadado por la perdida de su amo.. pero las cosas no son lo que parece, ni la relaciones entre los dos personajes son estrictamente las que los humanos habían deducido. Excelente relato, y excelente película, notablemente innovadora para su tiempo, en la que también se recoge la posibilidad de recrear la vida a partir de una grabación de datos… aunque lógicamente, con toda la inocencia de la época en la que fue escrita.

Un relato mucho más riguroso científicamente es “Cruzada”, de Arthur C. Clarke. En el mismo se describe la aparición de una forma de vida basada en la superconductividad en pleno espacio intergaláctico. Cuando esta forma de vida electrónica envía sondas a las galaxias más cercanas, descubre que en las mismas, las formas de vida mecánicas se encuentran sojuzgadas a las formas de vida biológicas. Y decide hacer algo para remediarlo…. La idea del cuento de Clarke es retomada por Benford en su Saga del Centro Galáctico, cuyo primer libro, “En el océano de la noche”, toma como punto de partida a “Cruzada”. Benford nos presenta un universo en el que las formas de vida mecánica están enzarzadas en una guerra inexorable con los orgánicos. En el primer libro, la humanidad tiene su primer contacto con una nave alienígena destruida, que al ser manipulada envía un mensaje hacia las estrellas. En respuesta a ese

mensaje, en el segundo libro “A través del mar de soles”, la Tierra es atacada por un ejercito de robots autorreplicantes, destinados a exterminar toda forma de vida orgánica… mientras que una nave terrestre que ha sido enviada a las estrellas más cercanas para estudiar la situacion va descubriendo las huellas del conflicto entre los biológicos y las máquinas en varios de los planetas visitados. En los siguientes libros, Benford profundiza en las raíces de conflicto y en como los humanos tienen que pelear contra máquinas capaces de enfriar soles para “terraformar” los planetas a su gusto una guerra absolutamente desigual. El conjunto de la serie ofrece una épica descripción de esta guerra hombre-máquina en la que la humanidad acaba por descubrir extraños aliados.

Aguilera y Redal también han jugado con la posibilidad de una civilización hostil de máquinas en “Hijos de la eternidad”. En un principio la humanidad desarrolla máquinas autorreplicantes que envía a las estrellas para preparar el camino a la colonización humana. Posteriormente, los colmeneros, unos humanos muy evolucionados descendientes de los colonos cometarios, envían sondas a la galaxia… que vuelven con la noticia de que en las estrellas prácticamente no existe la vida orgánica, tan solo señales binarias y ruido electromagnético: las máquinas originales escaparon de su programación y ahora dominan la galaxia. Para remediar esta situación utilizan a los Angriffs, seres biológicos creados genéticamente para luchar contra las máquinas. Sin embargo, y aprendiendo de sus errores, los humanos dotan a los Angriffs de un contador de autodestrucción, para que no vuelva a cometerse el error de las máquinas autorreplicantes…

En el relato “Alas en la oscuridad”, perteneciente a la serie de los Berserker (en la que está vagamente inspirada la serie de televisión “Galáctica”), Fred Saberhagen nos muestra a una humanidad en lucha con una raza de robots implacables, los Berserker, cuyo único objetivo, como el de los mecs de Benford, es exterminar cualquier tipo de vida orgánica. En este relato, una nave de guerra cargada con los últimos cazas humanos cubre la retaguardia de la flota principal en retirada frente al implacable avance de los Asesinos. Para igualar los reflejos de los pilotos humanos con los de las máquinas, estos utilizan técnicas de realidad virtual que les permiten pilotar las naves con el subconsciente y a mucha más velocidad de lo que lo haría la mente consciente.. Incluso se emplean grabaciones de personalidad, análogos electrónicos de almas humanas, que libran un curioso combate de máquina contra máquina, el espíritu del hombre contra la fría lógica del robot…

Sin embargo, no todas las invasiones de alienígenas procedentes de

las estrellas tienen porque estar constituidas por hordas de robots aniquiladores. En “El juego más grande”, de Thomas F. Monteleone, un misterioso videojuego causa furor entre los aficionados… hasta que un buen día descubren que se trata de un caballo de troya de una civilización extraterrestre dispuesta a invadirnos. Y “Respuestas”, de John Sladek, es un interesante desarrollo de una frase casi profética de Benford: “nuestras calculadoras heredarán la tierra”. Con el ácido humor que le caracteriza, Sladek pinta la aparición de una forma de vida mecánica que evoluciona cada vez más sofisticadamente para adaptarse y dominar a sus anfitriones humanos.

Entre dos mundos

Hércules, hijo de Zeus y de una mortal, tuvo que pasar por una serie de pruebas para conseguir un sitio en el Olimpo y sentarse entre los dioses. Su historia tiene un gran número de paralelismos con la de los ciborg: híbridos de hombre y máquina, que trascienden de su humanidad para convertirse en algo más poderoso… y más terrible. Como Hércules, a caballo entre dos mundos, frecuentemente son despreciados por ambos y tienen que buscar su propio camino en medio del temor de los que les rodean.

En cierta manera, los ciborg son tan viejos como la humanidad. El empleo de prótesis para reemplazar miembros perdidos (en una época en la que la elección muchas veces consistía en perder un brazo o una pierna como consecuencia de una herida o perder la vida debido a la infección) se oculta en la noche de los tiempos. Pero sólo en la actualidad, con el desarrollo de ordenadores y de una tecnología cada vez más poderosa es posible pensar en miembros artificiales capaces de igualar e incluso superar a los naturales y permitir que sus usuarios se sitúen por encima de la media de los restantes mortales.

Esta posibilidad esta fantásticamente desarrollada en “Mas que la suma de sus partes”, de Joe Haldeman. Este relato cuenta la historia de un hombre al que un terrible accidente priva de la mayor parte de sus miembros. Reconstruido mediante avanzadas prótesis artificiales, el protagonista descubre que se ha convertido en una especie de superhombre, dotado de un enorme poder físico… y decide aprovecharse de ello. Un excelente ejemplo de la corrupción del espíritu por el contacto con la máquina. Esta misma línea argumental es explorada por Arthur C. Clarke en “Encuentro con Medusa”, uno de los relatos mas famosos de este autor. Clarke juega con las múltiples posibilidades del ciborg como fusión de un

intelecto humano en un cuerpo casi indestructible. El final, cuyas conclusiones coinciden con las del relato de Haldeman, es absolutamente insuperable y deja un regusto extraordinariamente amargo en el alma del lector.

La película “Robocop”, de Paul Verhoeven, se ha convertido en un clásico de este tema. En la misma, el cuerpo de un policía muerto en acto de servicio es utilizado para construir un poderoso ciborg encargado de mantener la ley y el orden: Robocop. Dotada de un ácido sentido del humor, en esta película recorremos el camino inverso al que aparece en la mayor parte de las obras que tocan este tema: el de la máquina que acaba por descubrir que en el fondo sigue siendo humana.

Las aplicaciones de los ordenadores en la medicina y los problemas derivados de los mismos aparecen en la obra “El hombre terminal”, de Michael Crichton. En la misma se describe una tecnología que ya está en uso hoy en día: un diminuto chip se conecta directamente al cerebro del paciente para controlar la aparición de ataques de epilepsia. Pero ¿qué sucede cuando se produce un error en la implantación y el sujeto que la lleva se convierte en un asesino incontrolable?

Un tipo muy especial de prótesis para discapacitados aparece en “Blue Champagne”, de John Varley. Este relato cuenta la historia de Megan Galloway, una cuadrapléjica convertida en estrella de grabaciones sensoriales gracias a un exoesqueleto de oro que le permite moverse libremente. Sin embargo, todo tiene un precio: si la máquina se avería o si prescinde de ella vuelve a convertirse en una tullida inmóvil. Y como el mantenimiento es carísimo, la protagonista se convierte en una esclava de su simbionte mecánico, vendiendo lo mas precioso que tiene, su propia humanidad, a cambio de la posibilidad de poder seguir disfrutando del mundo como un ser humano completo. Una idea semejante es utilizado por Fritz Leiber en “Un fantasma recorre Texas”. En un mundo que todavía se recupera de la Tercera Guerra Mundial, vastas zonas del planeta todavía son radiactivas. En Texas, que ha absorbido lo que queda de los Estados Unidos, se esta gestando una sublevación encabezada por “el esqueleto”, un hombre nacido y criado en el espacio y que necesita de un exoesqueleto de titanio para poder moverse sobre la superficie de la tierra debido a sus músculos atrofiados por la ausencia de gravedad.

Altius, fortius, citius

La implantación de determinados elementos también puede estar

orientada a la adquisición de nuevas y espectaculares habilidades por parte de sus usuarios. Por ejemplo, en “Quemando Cromo”, una de las obras cumbres del género ciberpunk, William Gibson presenta un universo en el que se ha alcanzado una íntima comunión del hombre con la máquina. El protagonista está dotado de una prótesis mecánica para sustituir su brazo, perdido durante un accidente. Pero la prótesis no es un simple brazo: sus nervios pueden conectarse a cualquier tipo de máquina para realizar operaciones delicadas. La televisión ha cedido su puesto al simestim: la grabación directa de la realidad, sustituyendo los ojos biológicos del protagonista por unos equivalentes electrónicos que permiten que el espectador perciba el mundo exactamente como el operador de simestim lo ve. Y, lo que es más importante, la informática se ha revolucionado con el empleo de técnicas de conexión directa de la mente con la máquina. Ya no se navega con el ratón, sino con el pensamiento. Y las bases de datos están protegidas por hielo, una mezcla de antivirus y cortafuegos tras el que a veces se encuentra el hielo negro, capaz de carbonizar las neuronas del intrépido hacker que ose enfrentársele…

La gran habilidad de Gibson es presentar un mundo con un impresionante nivel tecnológico pero también increíblemente real en cuanto a las motivaciones y los impulsos de los humanos que la utilizan. Los ojos de simestim no son máquinas perfectas: algunos son defectuosos y pueden generar problemas a sus usuarios. El protagonista del relato no es un noble caballero, sino un hacker que se gana la vida rompiendo el hielo de otros por dinero y así sucesivamente. Este mismo tipo de universo oscuro y desquiciado aparece también en su cuento “Johnny Mnemónico”, en el que se basa la película del mismo nombre. El protagonista de este relato es un correo que utiliza su propio cerebro como una especie de disco duro gigante. Él no es consciente de la información que transporta: una palabra clave dispara el procedimiento de recuperación (de ahí su nombre) y después la información se destruye. Los problemas aparecen cuando su ultima mision choca frontalmente con los intereses de la poderosa mafia japonesa: los Yakuza.

“Johnny Mnemónico” juega también magistralmente con un tipo especial de ciborg: el humano alterado para convertirse en un asesino implacable. Molly Millones, la guardaespaldas del correo tiene su sistema nervioso modificado para mejorar su tiempo de respuesta y lleva implantadas cuchillas retráctiles en las uñas de la mano, como las garras de un animal de presa. El asesino al que se enfrentan también tiene modificado su sistema nervioso para en caso de necesidad convertirse en un borrón imparable… y además

lleva implantada un arma aterradora, un hilo monomolecular capaz de cortar cualquier sustancia con la facilidad con la que un cuchillo atraviesa la mantequilla.

El asesino biónico es un personaje bien conocido en el género. En “La mirada de las Furias”, de Javier Negrete, las poderosas multinacionales del futuro utilizan a Eremos, un ciborg al que mantienen congelado entre “misiones”, como vehículo para resolver sus asuntos sucios. La oponente de Eremos es una ciborg todavía más poderosa… y que como Molly Millones puede además utilizar su belleza como arma adicional. Ese mismo esquema es utilizado por Haldeman en “Paz interminable”, con una asesina poderosa e implacable… y completamente paranoica. Dan Simmons nos presenta algunos de los androides asesinos más espectaculares de la ciencia ficción de los últimos tiempos: el casi invulnerable Alcaudón de la saga de Hyperion y una asesina biónica semejante a las descritas más arriba en “Endymion” y “El ascenso de Endymion”. Realmente el androide asesino de Simmons no es exactamente humano, sino una criatura creada por el Tecnonúcleo y dotada de poderes tales que le permiten enfrentarse casi en igualdad de condiciones al terrible Alcaudón. Por último, en la maravillosa novela corta de Rafael Marín “Nunca digas buenas noches a un extraño” se nos presenta en clave de novela negra un descorazonador futuro en el que la sociedad está constreñida dentro del puño de hierro de los “seguris”, la Guardia de Seguridad ciborg, cuerpo de poderosos guardianes casi invulnerables que imparten una justicia muy al estilo de “Juez Dredd”: jueces y verdugos en una sola pieza. La patéticamente desesperada revolución del protagonista contra el sistema establecido, en una sociedad en la que la técnica ha convertido en una misión casi imposible el escapar al largo brazo de los cuerpos de seguridad, convierten a este relato en una obra imprescindible.

La soledad de las estrellas

Otro campo en el que se ha desarrollado a fondo el fenómeno ciborg en la ciencia ficción es la conquista espacial: solo una íntima comunión con la máquina puede permitir al hombre superar los problemas derivados de la vida fuera de nuestro planeta. Pero ¿a qué precio?

“Crucifixus Etiam”, de Walter M. Miller, Jr., nos cuenta la historia de un trabajador llegado a Marte para colaborar en el proceso de terraformacion. Para poder respirar la tenue atmósfera del planeta, a estos trabajadores se les extirpa un pulmón que se substituye por

un oxigenador mecánico. Sin embargo, el uso de este aparato tiene ciertos efectos secundarios: el sujeto se olvida de respirar, y el otro pulmón y los músculos asociados a la respiración se atrofian. El dilema que se plantea en esta obra es impresionante: ¿Cuánto sufrimiento debe pagar el ciborg para seguir siendo humano? ¿Se adaptará a su nueva condición, y a su nuevo mundo, renunciando al pasado? Teniendo en cuenta que la segunda opción supone renunciar a su humanidad y a su planeta natal el relato resulta estremecedor en sus conclusiones… El mismo dilema se plantea en "Los observadores viven en vano", de Cordwainer Smith. En este relato, la humanidad ha descubierto el viaje más rápido que la luz. Sin embargo, tiene un problema: nada que este vivo puede sobrevivir en el hiperespacio. Para solucionarlo, se ha creado una casta muy especial: la de los observadores.

Estos ciborgs son humanos a los que se les han eliminado todas las conexiones nerviosas de su cuerpo: no pueden sentir nada, por lo que el frío sin vida del hiperespacio no puede matarles. Además, disponen de un mecanismo para acelerar su metabolismo y gracias a ello ser más eficiente en su tarea. Sin embargo, el precio que tienen que pagar es que ya no pueden sentir como humanos. Solamente mediante el influjo del "trank", una especie de campo, pueden recuperar la ilusión de seguir perteneciendo al género humano. La certeza de estar desarrollando una labor indispensable es un paliativo del duro precio que tienen que pagar. Pero ¿qué sucede cuando un avance tecnológico los convierte en obsoletos? ¿se resignaran los ciborg o lucharán por mantener sus privilegios, derivados del monopolio del viaje espacial? Otra obra que explora magistralmente la imagen del ciborg dejando atrás su condición humana es "Cambio marino", de Thomas N. Scortia. En este excelente relato, compendio de lo que implica ser mitad hombre, mitad maquina, las naves espaciales son pilotadas mediante acoples directos por los cerebros de los pilotos. El protagonista es el último navegante que se mantiene aferrado a su cuerpo humano: el resto de sus compañeros han renunciado al mismo y se han integrado con las naves que conducen entre los planetas. En paro, abandonado en Marte, su conexión ciborg, le permite sin embargo mantenerse constantemente en contacto con el resto de sus camaradas… y con la mujer a la que ama, que es también piloto en una apartada estación del exterior del sistema solar. El dilema del piloto, renunciar a su cuerpo, a la ultima atadura que le convierte en humano o renunciar a la experiencia de volar, que se ha convertido en lo más importante de su vida, es increíblemente dramático.

La obra de Scortia introduce un tipo muy especial de ciborg, que ha

dado mucho juego en el campo de la ciencia ficción: el piloto de naves espaciales. En efecto, el cuerpo humano es lento de reflejos. En una primera aproximación, el problema puede solucionarse conectando directamente el cerebro al sistema de control de la nave. Éste sistema es el que utiliza el protagonista del relato y también es empleado magistralmente por Delany en “Nova” (la imagen de los pilotos con sus acoples ciborg manejando las palas de la nave como remeros de la antigüedad resulta francamente poética). Sin embargo, nuestro organismo necesita de un equipo de soporte vital complejo, aguanta mal la aceleración y es sensible a las radiaciones. Pero, sobre todo, envejece y muere… lo que en un viaje entre las estrellas puede convertirse en un claro inconveniente. Pero ¿y si renunciásemos a las ataduras de la carne? ¿Y si intercambiamos el cuerpo del piloto por la nave, quedándonos solo con su cerebro para que la maneje tal y como manejaría su propio organismo? Esta revolucionaria idea es el nudo argumental de “Efímeras”, de Kevin O’ Donnell, Jr.. En “Efímeras”, se equipa una nave espacial interestelar, la *Mayflower*, con el cerebro de un muerto que actúa como un ordenador biológico: después de todo, nuestras estructuras neuronales siguen siendo infinitamente más eficientes que cualquier máquina de silicio para determinadas tareas. Los problemas surgen cuando la personalidad del muerto vuelve inesperadamente a la vida. Y se encuentra con que ahora forma parte de una nave espacial que se desplaza a la deriva entre las estrellas, porque su resurrección ha apagado el motor interestelar y éste ya no puede volver a ser encendido…

El proceso en el que un simple humano acaba convirtiéndose en un ser inmortal que rige los destinos de todos los ocupantes de la nave a través de un viaje casi eterno por la inmensidad el espacio es una auténtica maravilla. La integración de la mente con su nuevo cuerpo y los sutiles matices que esto ofrece, el regalo de la inmortalidad, la perspectiva del ser superior que juega con las vidas de sus efímeras criaturas son sólo parte de los muchos atractivos de este libro.

La nave de “Redentora”, de Benford, mantiene numerosos puntos en común con la de “Efímeras”. “Redentora” cuenta la historia de una estatocolectora pilotada por una mente ciborg que es asaltada por un pirata que viaja en una nave más rápida que la luz en busca de la carga de material genético que transporta. “Camuflaje” de Henry Kuttner, incide también en el mismo esquema: una nave ciborg atacada por piratas. En este caso, el piloto es un curioso híbrido entre el presentado por Clarke en “Encuentro con Medusa” (puesto que tiene un cierto nivel de movilidad fuera de la nave) y la mente rectora de “Efímeras”. El relato de Kuttner hace especial hincapié en

el concepto de “humanidad” del ciborg, (que continua pensando en sí mismo como en un ser humano, a pesar de que su cuerpo está constituido por una nave cargando un reactor nuclear con destino a Júpiter) y en los aspectos sensoriales y motores de su nuevo cuerpo: el modo en que se deshace de aquellos que pretenden destruirle constituye todo un manual de estrategias con las que una nave de estas características puede afrontar el problema de la autodefensa. Por último, en “Plexo Solar”, de James Blish, se nos presenta el caso opuesto al de Kuttner: la nave ciborg que reniega de su origen humano y apela a su superioridad para trazar el destino de los hombres. Esta nave solo ve al resto de la humanidad como una fuente de piezas de recambio para reparaciones… y para crear a otros seres parecidos a ella misma.

Una clavija en el cráneo

La conexión directa del hombre y la máquina, la fusión íntima de la mente con el metal no se ha limitado al campo de las naves espaciales. En “Un día y una noche de Brahma”, Ralph Mylius hace una descorazonadora reflexión sobre las posibilidades de un individuo capaz de escapar del embate del tiempo con ayuda de las máquinas… cuando además tiene a su disposición una enorme capacidad de destrucción. En “Ojos de Serpiente”, de Tom Maddox, se nos presenta una variante del acople ciborg para pilotar una máquina, sólo que en lugar de dirigir naves espaciales, lo que se pilotan son aviones de combate. Maddox incide también en algo que es casi una constante en los relatos sobre ciborgs: la soledad del hombre estigmatizado por su contacto con la máquina, manchado y apartado de la sociedad por su oscuro roce con la serpiente metálica.

Englobado dentro de la misma corriente ciberpunk, y con un punto de partida muy semejante al anterior tenemos el magnífico cuento “Combate aéreo”, una colaboración entre Michael Swanwick y William Gibson. El eje de este relato es un juego de simulación en el que se pilotan aviones de la primera guerra mundial mediante un acople cerebral y cuenta la historia del enfrentamiento entre un jovenzuelo crecido en el arroyo, cuyo único objetivo en la vida es ganar, y un veterano de guerra para el que el juego se ha convertido en su último refugio. Una amarga reflexión sobre la condición humana y sobre como un prolongado contacto con las máquinas puede acabar por corromper al alma humana.

Pero la obra cumbre en este tema es, sin duda, “Hardwired”, de Walter Jon Williams. Esa novela descubre un futuro mas o menos

cercano dominado por el poder omnipresente de las corporaciones espaciales. La población de la Tierra depende de la tecnología orbital… y los gobiernos terrestres son simples títeres en sus manos. El protagonista es El Cowboy, un ex piloto ciborg que utiliza sus conexiones neurales para conducir un hovercraft blindado con el que se dedica al contrabando entre la costa oeste y la costa este. Junto con Susan, prostituta y guardaespaldas cuya máxima aspiración consiste en ganar el dinero suficiente para poder emigrar a los hábitats orbitales, se ve inmerso en una conspiración de las corporaciones de insospechadas ramificaciones. Su excelente ambientación, la relación de el Cowboy con las maquinas que pilota y el mundo desconsolado y lúgubre que presenta contribuyen a convertir esta novela en una de las cúspides del genero ciberpunk.

Hacia la fusión de las mentes

Las posibilidades del acoplamiento directo hombre - máquina son casi infinitas. Una de las más interesantes es la interconexión, por medios mecánicos, de dos o más mentes humanas. Por ejemplo, uno de los puntos centrales de la ya comentada “Blue Champagne” es el impacto social del transer: la grabación de los sentimientos de una persona para que puedan ser compartidos por todas aquellas que dispongan del reproductor adecuado. Este tema se desarrolla también en “Días Extraños”, quizás la película que mejor ha reflejado el espíritu del ciberpunk, en la que se aparece todo un submundo dedicado al comercio ilegal de grabaciones que permiten al usuario meterse durante unos minutos en la piel de otro y compartir sus experiencias. Nada escapa a este mercado: un tullido puede volver a pasear por la playa con unas piernas que ya no tiene, se puede recrear una maravillosa tarde en compañía de la mujer amada, puede vivirse una sesión de sexo ardiente… o se puede compartir la muerte del protagonista. Todo está permitido en la búsqueda de nuevas sensaciones. “Piedra”, de Edward Bryant ofrece una peculiar aplicación de esta técnica en un concierto de rock, con la cantante como focalizadora de todas las emociones de los participantes, realimentándolas y devolviéndoselas multiplicadas por mil. “Rock On”, de Pat Cardigan, cuenta la historia de una “pecadora” del rock, un sintetizador biológico capaz de sacar la mejor música de los componentes de un conjunto directamente de sus mentes. El tema de fondo de “Rock On” es la gestalt, la unión del conjunto de mentes interconectadas para constituir algo más grande: la misión de la “pecadora” es precisamente la de actuar como catalizador de esa unión, extrayendo y armonizando lo mejor de todos los participantes. En “Servicio Temporario”, de Haldeman,

aparece una sociedad futura en la que los ciudadanos deben de prestar un año de servicio a la comunidad durante el cual, sus cerebros son interconectados formando un super ordenador biologico que se encarga de la gestion de los recursos de la ciudad. Las personalidades de los jurados ciborg tienen que encontrarse un hueco entre el mar de datos mientras que los diferentes elementos de sus cerebros se encargan de controlar el trafico, almacenar estadísticas y conseguir que todo funcione adecuadamente. Sin embargo, ¿qué sucede cuando una de las personalidades enloquece y se propaga como un virus a través de la interconexión?. En “La era del diamante”, de Neal Stephenson, también aparece una estructura de calculo basada en la simbiosis del hombre con la maquina: los tamborileros, un super ordenador biológico formado por la conjunción de nanomaquinas con seres humanos en el que el flujo de datos tiene lugar durante las relaciones sexuales entre los diferentes elementos independientes que constituyen el conjunto. Pero la novela en la que el concepto de gestalt mental esta mas ampliamente desarrollado en todas sus implicaciones es “Paz Interminable”, también de Haldeman, una obra ganadora de los premios Hugo y Nebula. En un mundo con energía de fusión barata, en el que la nanotecnología puede fabricar cualquier cosa para el que disponga de la misma y en el que se ha desarrollado una tecnología de interconexión mental, una interface directa entre el cerebro humano y la máquina, los soldados “ricos” no luchan en persona: envían a sus robots asesinos (los “soldaditos”) con un sistema de telepresencia con el que comparten sus experiencias y emociones y que los integra en una entidad superior prácticamente invencible. Y esto se convierte en el eje central del libro: la conexión mental hace avanzar al ser humano a un estadio superior en el que se elimina la violencia contra los de nuestra misma especie. Desgraciadamente, las acciones derivadas de ese afortunado hallazgo ya no están tan claras: Para empezar, el Homo Superior (por llamarlo de alguna manera) no es el resultado de la evolución de la especie, sino de una manipulación mecánica. La modificación no es genética y por tanto no es heredable, lo que implica que a partir de ese momento todo ser humano deberá someterse a una peligrosa operación para mantenerse a la par de sus congéneres. El resultado final de algo tan noble como eliminar la guerra puede de este modo degenerar en la peor dictadura de la historia. Los elementos de la gestalt de Haldeman no constituyen un organismo independiente, con una mentalidad propia: el conjunto es superior a las partes, pero los elementos que lo integran continúan reteniendo su propia personalidad. Sin embargo, en este planteamiento esta ya implícito el concepto de la mente colmena definitiva, cuyo mejor

exponente son los miembros del colectivo Borg de “Star Trek”. El Borg se compone de una serie de cuerpos biológicos modificados nanotecnologicamente para incorporar diferentes componentes mecánicos Y una mente colectiva. El proceso clásico de incorporación al colectivo sigue, por tanto, dos pasos perfectamente definidos: la modificación del organismo para convertirle en un ciborg y la asimilación de su mente por la mente colectiva. Ambos pasos no son ni instantáneos ni absolutamente simultáneos en el tiempo: implantar los gadgets se toma su tiempo y hasta que no se adquieren todos los elementos necesarios la absorción por la mente tampoco es completa. Además, aparte de la asimilacion dispone de otra interesante propiedad: su adaptabilidad, que le permite “anticiparse” a los efectos de determinados sistemas de armamento para resultar inmunes a los mismos. El Borg se adapta por inspección: solamente sufriendo los efectos del sistema de armamentos en cuestión es capaz de adaptarse al mismo. Pero una vez adaptado, no vuelve a sufrir jamas sus efectos… Todas estas características hacen del Borg una raza casi imparable: su ventaja no es tanto la calidad de su armamento (aunque sus cubos se encuentran entre las naves mas poderosas conocidas como el hecho de que cualquier civil que quedase dentro de la cabeza de playa del Borg en un periodo de tiempo reducido pasaría a formar parte de su ejercito. Así que los nativos del planeta solo tienen bajas… mientras que el ejercito invasor ve crecer la fuerza de sus efectivos exponencialmente. En el ejercito Borg no existen prisioneros, ni campos de concentración: el Borg solo tiene enemigos o aliados y los civiles se engloban rápidamente en la segunda categoría por la pura fuerza de los números. El destino de aquel que se enfrenta al Borg es ser asimilado… o morir.

El largo brazo de la evolución

Y sin embargo los Borgs continúan manteniendo una base orgánica. ¿Evolucionará la especie humana para vivir DENTRO de las máquinas, renunciando completamente a la biología en el proceso? En “Una odisea espacial, 2001”, se plantea un posible esquema evolutivo de las especies del universo en este sentido. Primero, seres orgánicos. Después, los orgánicos pasan a utilizar prótesis más avanzadas, van sustituyendo elementos de su cuerpo por máquinas capaces de prolongar sus vidas o mejorar sus sentidos (nosotros mismos nos encontramos en los inicios de esta fase). A continuación, los cerebros y luego las mentes son trasladadas a máquinas. Por último, los patrones de pensamiento se almacenarían en formas de energía pura insensibles al paso del tiempo y prácticamente

indestructibles. Un esquema semejante aparece en “Eon”, la monumental obra de Greg Bear. En esta novela, aparece todo el espectro de la relación hombre-maquina: desde el ciborg al que se ha sustituido parte de su cerebro por elementos inorgánicos a fin de salvarle de una herida que de lo contrario habría sido mortal, a los Geshels, humanos que han trascendido de su cuerpo biológico clásico, jugando caprichosamente con sus formas… pasando por los residentes de la Ciudad del recuerdo, grabaciones electrónicas de seres humanos que esperan su oportunidad de acceder a un cuerpo real (a veces infructuosamente) mientras viven unas vidas simuladas en un entorno de realidad virtual. Mediante la utilización de unos implantes que permiten capturar la personalidad del que los lleva y trasladarla a la Ciudad del Recuerdo (o a un nuevo cuerpo), la muerte es virtualmente desconocida en Thistledown. Curiosamente, en Eon también aparece una forma de vida, el Talsit, que partiendo de una única inteligencia artificial se dividió en múltiples cuerpos orgánicos. Una evolución inversa respecto del modelo que estamos describiendo.

Otro ejemplo de evolución de forma de vida orgánica a programa informático aparece en la segunda parte de “Portico”, “Tras el incierto horizonte”. En la misma, la humanidad ha evolucionado lo suficiente como para disponer de inteligencias artificiales lo bastante poderosas como para haber alcanzado la autoconsciencia. Sin embargo, esos logros quedan completamente empequeñecidos de nuevo ante la tecnología heechee, capaz de efectuar una grabación completa de la personalidad de un individuo y almacenarla en sus bancos de datos. Esa tecnología permitirá a Robinette Broadhead sobrevivir a su propia muerte biológica y continuar existiendo como una grabación dentro de una computadora heechee prácticamente para una eternidad…

Rompiendo las ataduras de la muerte

“Play Back”, de Clarke, cuenta la historia de un ser humano capturado dentro de un sistema de grabación de datos de una nave extraterrestre, que lucha por intentar definir la naturaleza de su propio cuerpo a fin de poder retornar de nuevo a una forma material. La idea de la máquina grabadora de almas está magníficamente desarrollada en “A vuestros cuerpos dispersos” de Philip J. Farmer, y los restantes libros de la saga del Mundo del Río. En un futuro remoto, toda la humanidad despierta de repente a la orilla de un río inmenso situado a todo lo largo de un planeta como resultado de un experimento llevado a cabo por una raza

extraterrestre, que se ha ido dedicando a capturar las almas de todos los seres humanos que han vivido sobre la superficie del planeta desde los tiempos primitivos. Este escenario ofrece interesantes posibilidades, la menor de las cuales no es la práctica inmortalidad de todos aquellos que han sido almacenadas por los alienígenas…

Este sistema de inmortalidad electrónica también aparece en “El fantasma de Kansas”, de John Varley. La protagonista de esta historia realiza periódicamente una grabación mental de sus recuerdos y vivencias de modo que en caso de morir se puede animar a un clon suyo que almacene el recuerdo de cuanto ella fue hasta el momento de la grabación. Los problemas aparecen cuando alguien se dedica a asesinar repetidamente a sus sucesivas encarnaciones.

“Perdido en el banco de memoria”, también de Varley, está ambientada en el mismo universo. En un parque de atracciones, un cliente graba su mente dentro de un cubo de memoria para poder vivir unas excitantes vacaciones dentro del cuerpo de una leona. Sin embargo, a la hora de ser reintegrado a su cuerpo normal aparece un problema, y el cliente queda atrapado dentro del soporte holográfico de la memoria del ordenador, un soporte que se esta degradando rápidamente. Esto crea una interesante especulación sobre que es y que no es real en nuestra percepción del mundo.

“Ser Lennon”, de Gregory Benford, ofrece otra interesante perspectiva de la inmortalidad electrónica: la simulación de la mente humana. Un millonario ha decidido hibernar su cuerpo de modo que al despertar en el futuro pueda llevar a cabo su máxima ilusión: hacerse pasar por John Lennon. Sin embargo, para que todo salga perfectamente, crea un análogo electrónico suyo con el que prepararse frente a las posibles situaciones que puede llegar a encontrarse en semejante contingencia. Las simulaciones son posibles porque el análogo no es como él: es ÉL mismo, y por tanto sus reacciones son completamente equiparables a las suyas. Semejante al anterior, pero más en clave de terror tenemos el relato “La tarjeta”, de Charles L. Grant. En el mismo, un hijo asiste aliviado a la muerte de su despótico padre. Sin embargo, al volver a casa recibe una desagradable sorpresa: su padre en realidad no ha muerto, sino que continua vivo en uno de los ordenadores que controlan la casa.

Más real que la realidad

También en clave de terror tenemos el excelente relato de Ray Bradbury “El Veldt”. Un paisaje de la sabana africana, generado por

un ordenador mediante técnicas de realidad virtual, demuestra ser "demasiado" real para algunos visitantes de la habitación en la que se encuentra. "El Veldt" introduce un interesante aspecto en la relación hombre-máquina: la realidad virtual, la creación de un entorno indistinguible de la realidad por medios mecánicos. Una de las películas pioneras en analizar las implicaciones de esta realidad virtual fue "Tron", una de las primeras películas generadas por ordenador. En la misma, un hacker es descompuesto en moléculas y transportado dentro de un ordenador, donde deberá a enfrentarse a un malvado programa que se ha convertido en un dictador que ha sojuzgado al resto del software que corre en la maquina. La misión del hacker consistirá en reemplazar este programa por Tron, cuya mision consiste precisamente en eliminar la nefasta influencia del software dictador sobre el resto de programas de la maquina.

Mas elaborada visualmente tenemos a "El cortador de césped". Esta película, basada en la excelente novela "Flores para Algernon", nos cuenta la historia de un retrasado mental al que un experimento que implica la utilización de técnicas de realidad virtual consigue aumentarle espectacularmente la inteligencia. Sin embargo, el experimento escapa del control de científico que lo lleva a cabo, y la inteligencia del cortador se incrementa tanto como para convertirle en un ser superior completamente desapegado de la raza humana de la que procede. La película finaliza con el pobre jardinero convertido en una Inteligencia Artificial residente en la red, en una escena idéntica al llanto de los teléfonos de "Marque F de Frankestein".

La posibilidad de crear un modelo matemático de la mente humana insinuada en muchas de las obras anteriores está magistralmente desarrollada por Frederik Pohl en "El hombre esquemático". Este cuento estudia el proceso por el cual un hombre se almacena así mismo dentro de los bancos de datos de un ordenador, creando un modelo de su personalidad. El gran logro del relato es que al final uno no está ya seguro de si la historia está siendo contada por el protagonista… o por su análogo electrónico residente dentro de la memoria del computador, esperando que alguien le ponga en marcha.

Este tema se encuentra mas profundamente desarrollado en "El experimento terminal", de Robert J. Sawyer. En un futuro próximo, la nanotecnología esta empezando a considerarse como una tecnología consolidada. De hecho, gracias a ella el hombre puede alcanzar un determinado tipo de inmortalidad. Pequeñas máquinas en la sangre pueden prevenir el deterioro mental y psicológico. En caso de daños, se encargan de repararlos o de estabilizar al paciente

hasta la llegada de ayuda médica. Incluso el cerebro, el único punto vulnerable del ciborg nanotecnológico, se refuerza sustituyendo el hueso del cráneo por un material que se endurece instantáneamente frente a un impacto. En este estado de cosas, la utilización de sensores nanotecnológicos permiten dos grandes avances. Por una parte, la creación de un escáner tridimensional de la red neural de un cerebro humano… lo que permite la creación de una copia electrónica del mismo, susceptible de ser ejecutada en un ordenador e indistinguible en su respuestas del original. Por otra, se da respuesta a la vieja pregunta de si existe el alma… cuando se demuestra científicamente su existencia. A vueltas entre estos dos grandes temas, y con la posibilidad de diseñar una mente “a la carta” partiendo de los datos originales y eliminando aquellos elementos con los que se desee experimentar, Sawyer construye una historia en la que los análogos electrónicos de los seres humanos viviendo en la red y el mismo concepto de humanidad constituyen un elemento fundamental de la trama.

Excelente contrapunto de la anterior es la obra de Greg Egan “Ciudad Permutación”. El universo de partida es, en cierta medida semejante al de Sawyer, en cuanto a que la nanotecnologia se ha convertido en una realidad cotidiana, con importantes aplicaciones médicas como el tratamiento del cáncer, y la multiplicación de la potencia informática permite la creación de análogos electrónicos de las mentes humanas. Pero a diferencia de la obra de Sawyer, donde las personalidad es electrónicas interactuaban directamente a nivel de datos con los contenidos de la red informática donde residían, las inteligencias de Egan necesitan para sobrevivir de un entorno de realidad virtual plausible… lo que permite al autor jugar magistralmente con el concepto de que es real y que no lo es. Los cuerpos de los análogos electrónicos están construidos a partir de un modelo que simula funcionalmente los comportamientos del cuerpo real… pero eliminando todo aquello que resulte conveniente. La mente de las copias también puede ser modificada del mismo modo, lo que permite interesantes reajustes en su percepción de mundo. Introduciendo además la osada hipótesis del polvo, una sofisticada forma de solipsismo, y la posibilidad de recrear todo un universo mediante la utilización de autómatas celulares, Egan se embarca en un auténtico *tour de force* brillantemente resuelto en una de las mejores novelas de los últimos tiempos sobre las posibilidades de una vida electrónica que, en cierto sentido, se encuentra ya a la vuelta de la esquina.

En el cine, este tema se encuentra magnificamente plasmado en “Dark City” (Alex Proyas, 1998). El protagonista, John Murdoch,

despierta un día sin memoria y descubre que es buscado como un asesino en serie. Confuso, pero seguro de su inocencia, escapa de la policía en la creencia de que si recobra la memoria será capaz de probar su inocencia. Sin embargo, pronto descubre que la realidad en la que se encuentra resulta bastante extraña. No recuerda haber visto nunca el sol. Es incapaz de encontrar los sitios donde jugaba de niño y la ciudad tampoco es exactamente como la recordaba. La situación se complica todavía mas con la aparición de unos extraños seres con la habilidad de detener el tiempo y alterar la realidad… una realidad que ciertamente no es lo que parece.

“Matrix” (1999) es un excelente compendio de todo cuanto hemos hablado hasta ahora. Basada en una historia clásica de mesianismo, esta película se convierte en un crisol donde se funden muchos de los tópicos de genero que hemos analizado hasta este momento. Desde la guerra contra la IA en la que la humanidad ha sido barrida ante el empuje de su propia creación (quedando convertida en una simple fuente de energía para los nuevos amos del planeta), pasando por los “humanos mejorados” de rancia estirpe ciberpunk (las escenas de lucha “acelerada” recuerdan mucho a la de los ciborg con el sistema nervioso potenciado de Gibson) hasta llegar a las implicaciones de una simulación completa e interactiva de la realidad mediante un acoplamiento cerebral directo, en la misma línea de los temas planteados por “El experimento terminal” y, especialmente “Ciudad Permutación”. Todos estos elementos están envueltos en unas imágenes oscuras e inquietantes, con unas secuencias de acción trepidante y una presentación visual que hace que la simulación resulte mucho mas atractiva que el caótico y destruido mundo real. Una obra que no pasara desapercibida, aunque solo el tiempo decidirá si tiene entidad suficiente para alcanzar la categoría de mito de la que hacen gala otras de las obras comentadas en este articulo.

Por último, uno de los relatos donde se refleja de un modo más poético la idea de una mente humana atrapada en el interior de una máquina es “Terminus”, de Stanislaw Lem. En este excelente cuento, un piloto recibe en encargo de pilotar una gigantesca y vetusta nave espacial. Investigando en el diario de a bordo, descubre que la nave en cuestión sufrió un accidente en el que pereció toda su tripulación… pero no inmediatamente, sino tras una larga agonía de asfixia y soledad. El único superviviente fue el robot encargado de la reparación del reactor nuclear, el mismo robot que ahora se encarga de las reparaciones de la nave. Desde este punto de partida, Lem construye una historia cargada de melancolía sobre los fantasmas de los tripulantes atrapados dentro de una máquina agonizante.

Epílogo

En una sociedad cada vez más tecnificada, las máquinas son más y más indispensables para el desarrollo de la humanidad. Nuestros ordenadores son más inteligentes. Estamos aprendiendo a fabricar órganos artificiales que prolongan nuestra esperanza de vida. Nuestras naves robot recorren el sistema solar, caminan sobre las planicies de Marte y vuelan hacia las estrellas. Sin embargo, quizás, al final del camino tendremos que plantearnos qué precio estamos dispuestos a pagar para ser cada vez más y más poderosos. ¿Estamos creando ciegamente a nuestros sucesores sobre la superficie del planeta? ¿Serán las máquinas el siguiente escalón en la evolución? Preguntas que de momento carecen de respuesta…

Notas

[1] Conocida en Latinoamérica como “El día que paralizaron la Tierra”. (N. del compilador)

Del Fandom en España

Francisco Súñer Iglesias

> Contacté con Francisco a través de Internet. Tiene una página WEB sobre el género digna de ser visitada. Lo cierto, es que es visitada asiduamente por gran cantidad de navegantes —entre los cuales me incluyo—, pues en ella se puede encontrar reseñas de libros, links hacia otras páginas, concursos de ciencia ficción y las últimas novedades. Me pareció que, teniendo una página WEB ampliamente visitada, nos podía ofrecer un panorama del mundillo de la ciencia ficción Española.
>
> Sus opiniones son siempre afiladas. Estoy seguro de que nunca es mal intencionado en una crítica y valoro su sincera frontalidad. Al igual que Cristóbal, participa activamente en las listas de correo electrónico sobre el género y es fácilmente accesible por ese medio.
>
> Los dejo con su visión.

Del Fandom en España

Desde muy pequeño he tenido dos aficiones que son perfectamente complementarias, la lectura y la escritura. Como lector me ha entusiasmado de siempre la ciencia-ficción y de una forma casi natural, como escritor intentaba escribir ciencia-ficción. Pero no tengo remedio, mientras que con otros géneros (policiaco, aventuras, naturalista o bestselleros) me desenvuelvo muy bien, la ciencia-ficción se me da muy mal. Quizá sea que me aplico rigurosamente los niveles de exigencia que pido a los demás, y la ciencia-ficción que escribo no es todo lo buena que quisiera, mientras que el resto de mis escritos me parezcan bastante aceptables.

Por ese excesivo sentido autocrítico, he publicado muy poco; un relato en el VISIONES 1995. y aunque lo he intentado alguna otra vez, nada más. Sin embargo, tampoco he renunciado a difundir mis escritos, y con esa intención accedí a la red Fido en España, empecé a contactar electrónicamente con otros aficionados al género y me fui enterando poco a poco de ciertas cuestiones, cuando menos curiosas.

Por aquella misma época (hablo mediados de 1996) entré en una sequía creativa de la que no he salido aún, y pensé que, para no

perder habito de escritura, no sería mala idea redactar las impresiones que me causaban los libros que leía. Hacer esto y compartir estos comentarios (siempre me he negado a considerarlos críticas) a través del área de Ciencia-Ficción de Fido fue todo uno. También aproximadamente por esas fechas, la creación de InfoVía en España posibilitaba la conexión a Internet de forma relativamente barata desde cualquier punto de la península, y lógicamente, tampoco tardé mucho en hacerme con una cuenta de correo y un espacio para páginas web donde publicar esos mismos comentarios. Quien haya visitado www.ciencia-ficcion.com se puede imaginar qué pasó a continuación, porque no voy a hablar de eso, voy a hablar de la impresión que le provocó el ambiente del fandom español a un recién llegado como yo, lector impenitente de ciencia-ficción desde que tengo uso de razón, y que sin embargo nunca ha tenido la necesidad de organizarse, afiliarse o consumir más allá de lo que se le ofrece en cines y librerías.

Lo primero que se encuentra el aficionado recién llegado a los mentideros es el unánime acuerdo de que en España la ciencia-ficción se edita muy malamente. Poca y cara. Se suspira aún por las colecciones de Bruguera, de Ultramar, de Orbis… ¡Nebulae! ¡Martinez Roca! Hasta hace muy poco sólo quedaban en el candelero Minotauro y Nova, de Edicones B, pero estos últimos son libros editados en un formato inmanejable y a unos precios exorbitados, y de esta queja general surge el primer indicio de que algo raro ocurre. Es normal que un libro grande y caro no despierte muchas simpatías, es normal que la calidad intrínseca de un libro de que hablar, y es normal que se haga responsable al director de la colección de, al menos, parte de estos males… pero lo que ya no es normal, y deja con la boca abierta al recién llegado, es que esas críticas se acompañen de muy poco elegantes apreciaciones personales que nada tienen que ver con el mejor o peor gusto del responsable de la colección.

Otra cuestión que sorprende, y en principio irrita al recién llegado, es la actitud de ciertos aficionados que, arguyendo los incontables años que llevan leyendo ciencia-ficción, la cantidad de libros que han devorado o los miles de sesudos artículos que han redactado y publicado, generalmente, en fastuosas fanediciones con exorbitantes tiradas de ochenta o noventa ejemplares, no permiten que se discutan sus inagotables conocimientos y menos aún sus Unicas y Verdaderas Opiniones.

Indudablemente no es una actitud exclusiva, existen cretinos en todas las áreas del saber, todas las técnicas y todas las artes que no

permiten dudar de su inacabable sabiduría y gusto exquisito, pero el afán de no ceder ni un milímetro y recriminar duramente al recién llegado su falta de respeto por los valores inmutables que representan, deja un sabor amargo en quien, como yo, también tiene un alto concepto de si mismo y su buen gusto, pero a la vez es consciente de que se equivoca, y que cuando lo hace se disculpa, rectifica y aprende, y espera cándidamente las rectificaciones ajenas. Que en estos casos, por supuesto, nunca llegan.

Por otro lado están los fanzines y los fancinerosos. De forma natural, la falta crónica de publicaciones accesibles en los kioskos, librerías y puestos de prensa, hace que los aficionados unan esfuerzos para crear sus propias publicaciones. Al principio llenas de tosquedad e ilusión, pero con el tiempo y la experiencia se convierten en dignas publicaciones de aficionados y ¡sorpresa! el lector que se acerca a ellas por primera vez se encuentra que la ilusión, sin decaer, tiene unos extraños compañeros de viaje; el rencor, la envidia y la amargura. No es raro encontrar artículos de fondo en los que el firmante ataca con virulencia al firmante de un artículo previo, generalmente editado por " la competencia" que a su vez había atacado con virulencia… Y así hasta el infinito en vendettas de papel que dejan al recién llegado confuso y con el corazón encogido.

No sólo eso, los gurús infalibles de los que ya he hablado pontifican desde sus muy particulares tribunas haciendo saber a los miserables mortales que si sus hábitos de lectura o consumo son tales o cuales o no abrazan a tal o cual corriente como la Unica Verdadera, son poco menos que imbéciles babeantes. Y claro, el neófito tiembla pensando ¿seré todavía más raro de lo que dice mi mama que soy?

A todo esto, el aficionado, que lo único que quiere es intercambiar impresiones y experiencias se siente como mínimo incómodo. La ciencia-ficción, la lectura en general, no es más que un entretenimiento para él, y que unos y otros se enzarcen en batallas dialécticas acerca de quien la tiene mas larga es algo que no le incumbe, y pretende ser ecuánime, colaborar con todo el mundo y seguir disfrutando de la lectura y las charlas en las listas.

Pero eso tampoco parece ser posible. Si el aficionado tiene la mala suerte de no rendirse a las imposiciones o molestar con sus comentarios a alguno de estos gurús de medio pelo, apoltronado en su propia autocomplacencia anónima (admitámoslo ¿quien está libre de pecado con los fácil que es soltar sandeces ante un teclado?) el gurú no duda en descalificar en publico al aficionado tildándole de mentiroso y manipulador. En mi caso he sufrido algunos ataques de ese estilo, y afortunadamente tengo una labor que respalda mi credibilidad y reputación y no deja demasiado bien parada la de mi

atacante ¿pero que pasaría si el atacado fuera un recién llegado sin más credenciales que un " hola" y su vehemencia?

Según las cifras comunmente manejadas el fandom en España se reduce a unos 200 o 300 aficionados, personalmente, sospecho que no son ni la centésima parte de los aficionados al género, diría que ni la milésima, de modo que cuando el aficionado se da cuenta que todas las miserias y ruindades que he relatado se limitan a un grupo reducido de personanjillos, que al cabo no hacen más que transferir su propia personalidad a todo lo que tocan, respira tranquilo, asume que idiotas los hay en todas partes y que si a él le ha parecido que el fandom en España era una guerra continua entre taifas más o menos definidas es porque llegó en mal momento al sitio equivocado.

Porque en realidad, dejando de lado a santones y sabihondos, entre los aficionado a la ciencia-ficción se respira un muy buen ambiente y el espíritu de colaboración que existe es magnífico. Y que mejor muestra de ello que Internet. Las principales páginas españolas (www.cienciaficcion.org, www.ciencia-ficcion.com, www.bemmag.com, etc,) no tienen empacho en intercambiar enlaces y apuntarse las unas a las otras, recomendándose mutuamente y, lo cierto es que por pura casualidad, sin solaparse en cuestión de contenidos, ocupándose cada una de aspectos muy concretos de la difusión del género sin entrar en una competencia directa.

Internet, además, ha resultado gracias al IRC, a las listas de correo y los grupos de noticias el vector fundamental para el intercambio y conocimiento entre los aficionados. Cualquier duda que se presente es rápidamente aclarada, y en muchas ocasiones con un gozoso despliegue de conocimientos enciclopédicos. En el plano más mundano, famosas son ya las juergas por las noches de Madrid de los integrantes más golfos del canal #cienciaficcion del IRC Hispano. En la reciente HispaCon' 99, de Santiago de Compostela, uno de los actos más simpáticos fue la miniconvención AznarCon' 99, en las que los admiradores de las novelas de G. H. White (Pseudónimo de Pascual Enguídanos Usarch autor de un buen número de novelitas equivalentes a los pulps americanos en la España de los 50, 60 y 70) relacionados gracias a la lista de correo ghwhite@onelist.com, se pudieron conocer al fin y pasárselo en grande.

La propia HispaCon de Santiago ha sido un buen ejemplo de concordia y en general (no me extrañaría que haya quien esté rabiando por el éxito obtenido) ha transcurrido como el amigable

encuentro entre aficionados que debe ser.

Obviamente ni el panorama es tan negro como lo he retratado en un principio ni tan idílico como he contado después. Las luces y la sombras se alternan entre los aficionados a la ciencia-ficción en España, desde mi punto de vista más luces que sombras, pero eso es algo inherente a la naturaleza humana.

Francisco José Súñer Iglesias, 7 de Noviembre de 1999

Concursos, premios y convocatorias

varios

III Certamen USC de Contos de Ciencia Ficción Isaac Asimov Universidad de Santiago de Compostela

MENCIONES: Cuento de ciencia ficción. PARTICIPANTES: Escritores en lengua castellana, gallega o portuguesa. CONDICIONES DEL MATERIAL: Original e inédito; enmarcado en el género de ciencia ficción; extensión máxima de 15.000 palabras (aproximadamente 20 páginas de 60 líneas y 13 palabras por línea, o 120 Kb en formato TXT); el cuento podrá ser enviado por correo convencional o electrónico; en el primer caso, deberá enviarse por triplicado, mecanografiado o impreso a espacio simple, con tipo monoespaciado a 12 puntos y acompañado de un disquete con el texto en un archivo de Word, Word Perfect o texto ASCII. En el segundo caso, deberá enviarse un mensaje con el cuento, indicando en el subject lo siguiente: "III Certamen USC de Contos de Ciencia Ficción: Cuento" (sin comillas), y un mensaje adicional con los datos personales que se piden en el primer caso.

Se aceptarán anexos en Word, Word Perfect o texto ASCII. En este último caso se admitirán barras (/) para indicar cursivas y asteriscos (*) para las negritas. Cada autor podrá enviar todos los cuentos que desee, pero tendrá que usar un seudónimo diferente para cada uno. IDENTIFICACIÓN: Seudónimo; sobre aparte cerrado con el nombre completo, seudónimo utilizado, documento de identidad, dirección, teléfono de contacto y dirección de correo electrónico del autor. Si el autor es miembro de la Universidad de Santiago de Compostela deberá especificarlo en el sobre, así como el puesto que ocupa. JURADO: Cuatro personas seleccionadas por la organización de las III Xornadas USC de Ciencia Ficción Isaac Asimov, cuyas identidades serán anunciadas oportunamente. FECHA TOPE: 24 de diciembre de 1999. PREMIACIÓN: 1r premio: lote de libros por valor de 50.000 pesetas. Accésit para miembros de la USC y menciones especiales

serán anunciados en su oportunidad. VEREDICTO: Antes del 15 de febrero de 2000. DIRECCIÓN DE RECEPCIÓN: III Certamen USC de Contos de Ciencia Ficción Isaac Asimov, Facultad de Física, Calle de las Ciencias s/n, 15.701, A Coruña (España). El sobre deberá incluir el título del cuento y el seudónimo utilizado. Los cuentos enviados por correo electrónico deberán ser remitidos a corti@bbvnet.com con subject "III Certamen USC de Contos de Ciencia Ficción: Cuento" y "III Certamen USC de Contos de Ciencia Ficción: Datos personales", respectivamente. En la primera línea de los archivos con los cuentos deberá aparecer el título del cuento y el seudónimo del autor.

IX premio de literatura fantástica Pablo Rido.

1. Podrán optar al premio las narraciones inéditas que sean encuadrables dentro del género de la literatura fantástica (ciencia ficción, fantasía, terror).
2. las obras presentadas, escritas en castellano, se remitirán por quintuplicado, mecanografiadas a doble espacio, con una extensión máxima de 30 folios de 30 lineas de 70 caracteres.
3. Los originales se enviarán bajo seudónimo, adjuntando un sobre cerrado con el nombre completo, DNI y dirección completa. El jurado procederá a la apertura de los sobres con posterioridad al fallo del premio.
4. El plazo de presentación de originales finaliza el 1 de Diciembre de 1999, siendo fecha tope de recepción de originales el 15 de Diciembre. La decisión del jurado será inapelable, se hará publica en Mayo del 2000.
5. Los Originales se enviarán a:

   Francisco Canales Ramírez
   (Premio Pablo Rido 1999)
   Aptdo. Correos 283
   28930 Mostoles
   Madrid

6. Se establece un máximo de cinco finalistas, de entre los cuales el jurado seleccionará un primer premio que recibirá la cantidad de 101.000 pesetas junto con una estuatilla conmemorativa, obra de Silvia Rosende.
7. El premio no se puede declarar desierto.
8. La composición del jurado se dará a conocer en su momento.

9. La presentación a concurso supone la aceptación de estas bases.

II Concurso de Relatos “El Melocotón Mecánico”

Bases:

1. Puede optar al premio cualquier narración inédita que contenga elementos fantásticos en su estructura, así como cualquier narración que pertenezca a los géneros de Ciencia Ficción, Terror, o Fantasía.
2. Cada participante podrá concursar con un número ilimitado de obras. Éstas deberán presentarse en un sobre por duplicado, en tamaño A4, escritas a máquina o por impresora, y de ser posible se adjuntará un disquete que contenga el relato en formato word para windows o texto estándar.
3. Los relatos no tendrán una extensión mínima, pero no podrán superar en ningún caso las 25 páginas, escritas a doble espacio y por una sola cara.
4. No se devolverán los originales recibidos.
5. El autor firmará su(s) obra(s) con un seudónimo y deberá adjuntar en un sobre cerrado los siguientes datos: nombre completo; DNI; edad; dirección completa; teléfono y dirección de correo electrónico si existiese. En la parte externa del sobre figurará el título de la obra y el seudónimo utilizado.
6. Los originales deben remitirse a: Fanzine El Melocotón Mecánico. C/ Dr. Pareja Yebenes, 4, 3º A, 18012, Granada. Indicando claramente en la parte externa del sobre “II concurso de relatos EMM”. No se admitirán relatos recibidos en la dirección de correo electrónico del fanzine.
7. El plazo de recepción de originales finaliza el 1 de Marzo del 2000; cualquier relato recibido fuera de esa fecha no será tenido en cuenta. La decisión del jurado, que será inapelable, se hará pública en el volumen 8 de El Melocotón Mecánico, que aparecerá en primavera de dicho año.
8. De acuerdo con la decisión del jurado, entre todos los relatos recibidos serán escogidos 3 finalistas, entre los que será elegido el relato ganador, que recibirá un premio en metálico de 35.000 pesetas más un trofeo; o bien un premio en metálico de 50.000 pesetas.
9. El premio podrá ser declarado desierto, pero en cualquier caso se escogerán 3 finalistas. Si el premio se declarase desierto,

cada finalista recibiría la suma de 10.000 pesetas.
10. Todos los relatos recibidos ceden automáticamente los derechos de la primera publicación al fanzine El Melocotón Mecánico, que hará uso de estos derecho según crea conveniente, renunciando los autores a cualquier otra remuneración económica o de otro tipo por ello.
11. Los tres relatos finalistas aparecerán publicados en algunos de los números que El Melocotón Mecánico publique hasta la primavera del 2001.
12. En caso que la situación económica del fanzine lo permitiese y la calidad de los relatos recibidos lo justificara, los tres finalistas, así como otros relatos que el jurado considerase de nivel adecuado, serían publicados en formato libro durante el año 2000.
13. La composición del jurado se dará a conocer en el momento de anunciar el ganador del concurso.
14. La participación en el concurso supone la aceptación de todos los puntos de estas bases.

En Granada, a 17 de octubre de 1999.

Aparecerán las bases de los concursos tres meses antes del cierre de la recepción de los trabajos.

Premios Hugo 1999

La 46 entrega de los Premios Hugo de ciencia ficción, los más importantes que se conceden anualmente en todo el mundo, tuvo lugar el sábado 4 de septiembre en el Congreso Mundial de Ciencia Ficción, WorldCon, en Melbourne, Australia. Los ganadores en las distintas categorías fueron:

Mejor novela: Por no mencionar al perro, de Connie Willis
Mejor novela corta: Oceanic, de Greg Egan.
Mejor relato: Taklamakan, de Bruce Sterling.
Mejor cuento corto: The very Pulse of the Machine, de Michael Swanwick.
Mejor libro de no ficción: The Dreams Our Stuff is Made Of: How Science Fiction Conquered the World, de Thomas M. Disch.
Mejor película: El show de Truman (Paramount)
Mejor director de colección: Gardner Dozois
Mejor artista profesional: Bob Eggleton
Mejor revista semiprofesional: Locus
Mejor revista amateur: Ansible

Mejor escritor aficionado: Dave Langford
Mejor artista aficionado: Ian Gunn

Los ganadores de estos IX Premios Ignotus

Mejor novela: La locura de Dios, de Juan Miguel Aguilera (Ed. B).
Mejor novela corta: La máquina de Pymblikot, de Daniel Mares (Ed. B).
Mejor cuento: El decimoquinto movimiento, de César Mallorquí. Gigamesh 12.
Mejor libro de ensayo: Rumbo al infinito, de Pablo Herranz (Midons).
Mejor artículo: Las colecciones de CF, de Julián Díez. Gigamesh.
Mejor ilustración: Portada de La locura de Dios, por Rafael Fontériz.
Mejor producción audiovisual: El milagro de P. Tinto, de J. Fesser (cine).
Mejor revista especializada: Gigamesh.
Mejor novela extranjera: Paz Interminable, de Joe Haldeman (Ed. B).
Mejor cuento extranjero: Por qué el mundo no acabó el martes pasado, de Connie Willis (BEM 66).
Premio Especiál Gabriel, por su destacada aportación al mundo de la ciencia ficción, la fantasía o el terror: Francisco Porrúa, director de la editorial "Minotauro".

Fuente:Alejandro Salamanca - Secretario de la Asociación Española de Fantasía y Ciencia Ficción

Premio Domingo Santos de la HispaCon 1999

El premio ha sido para Ramón Muñóz, de Alcalá de Henares, con el cuento "D de Destructor"

Han resultado finalistas:

Ariel Díaz, de Buenos Aires, con "Viajeros"

Alejandro Alonso, también de Buenos Aires, con "Las cinco direcciones de su brújula"

Sergio Parra Castillo, de Barcelona, con "Más allá de…"

Eugenio Sánchez Arrate, de Madrid, con “El corazón del ensela”.

Fuente: Alejandro Salamanca Secretario de la Asociación Española de Fantasía y Ciencia Ficción

Premio Alberto Magno

Se declaran finalistas los relatos:

“Lluvia amarilla” de Sonia Pereyra Gallo (Oion, Alava)
“Bajando” de Ramón José Muñoz Carreño (Alcalá de Henares, Madrid)
“La calavera de cristal” de Jonathan Rubines García (Vitoria)
“La pirámide” de José Antonio Cotrina Gómez (Vitoria)
“La palabra de Dios” Guillermo Lavín (Tamaulipas, México)

Se declara desierto el Premio destinado a miembros de la UPV

Se otorga el Segundo Premio, dotado con 100.000 ptas. al relato: “La Palabra de Dios” de Guillermo Lavín

Se otorga el Primer Premio, dotado con 500.000 ptas. al relato: “Bajando” de Ramón José Muñoz Carreño

Fuente: Juan José Aroz.

POE, EL INVENTOR DE PESADILLAS - Ciclo de Conferencias homenaje al 190 aniversario de su nacimiento

Organizado por la Direccion General de Bibliotecas de la Ciudad de Buenos Aires y El Circulo de Lovecraft. Entrada libre y gratuita.

Viernes 19 / 11: Epoca y Vida de Poe

- La epoca de Poe, por Fernanda Gil Lozano
- Vida de Edgar Poe, por Eduardo Giordanino

Biblioteca Guiraldes, Talcahuano 1261, 19 hs.

Jueves 25 / 11: Cine, proyeccion de

- “La tumba de Ligeia”, de Roger Corman (1965) con Vincent Price y Elizabeth Sheperd,

Biblioteca Galvez, Av. Cordoba 1558, 20 hs.

Viernes 3 / 12: Poe en el teatro y la poesia

- Poe en el teatro (Israfel), por Jorge Dubatti
- Influencia en Carlos Mastronardi, por Viviana Darre

Biblioteca Guiraldes, Talcahuano 1261, 19 hs.

Viernes 10 / 12: Poe en la prosa

- Los automatas romanticos, por Laura Cilento y Paula Labeur
- Lecturas argentinas de Poe (siglo XIX), por Gabriela Fernandez

Biblioteca Guiraldes, Talcahuano 1261, 19 hs.

Viernes 17 / 12: Cierre

- El cuervo, recitado por Laura Maffia

Biblioteca Guiraldes, Talcahuano 1261, 19 hs.

Fuente: Eduardo Pablo Giordanino

ANTOLOGÍA MEXICANA DE CUENTOS

A quienes deseen participar en una antología de cuentos de 2,000 palabras, como primer tomo de la Colección Umbrales que se publicará México.

La invitación está abierta a escritores de cualquier parte, en castellano, aunque por las características de esta antología, los temas de los cuentos tienen que tener referencias a México. Enriquecería mucho al libro contar con cuentos con perspectivas de escritores de otros países.

Posteriormente, habrá otras antologías abiertas en cuanto a su contenido y extensión.

Gracias por su atención y participación.

Fuente: Federico Schaffler Para mayor información o para envíos de textos, fschaffl@globalpc.net

Anticipos

Axxón

En los próximos números de esta mágica revista…

- Las secciones de siempre
- y además: números especiales de autores de México, Argentina…
- y mucho más.

Números anteriores:

- 92: Ficciones de Gardini, Sil, Bernatallada, Blake, Pastor, Black Sabbath, Heisler, Di Renzo, Madeira y Di Pentia. Secciones de: Carletti, Pastor, Brunás, Azamor y Giordanino.
- 93: Especial Uruguay: C. Pastrana, R. Sanchiz, T. Carsen, C. Salvo, R. Bayeto. Secciones de: Giordanino y el Círculo de Lovecraft.
- 94: Ficciones de Dorado, Romano, Yoss, Díez Román, Bellush, Jr., Soulé, McRae, Goyburu, Baudelaire y Pastor. Secciones de: Alonso/Urtubey, Carletti, Brunás, Bertuzzi, Pastor, Waquero, Urtubey.
- 95: Ficciones de Benford, Dorado, De Bella, Waquero, Uribe, Megadeth. Secciones y notas: Ferro, Urtubey, Giordanino, Brunás.
- 96: Número en homenaje a Héctor Germán Oesterheld. A cargo de Jorge Claudio Morhain.
- 97: Ficciones de Yoss y Díez Román, notas y secciones de Jorge Korzan, Alonso/Urtubey, Giambiagi.
- 98: Ficciones de Martí Mezquita y Schwarz, entrevista a Mosquera. Notas y secciones de: Waquero, Altamirano, Ferro y Urtubey.
- 99: Ficciones de Mirkin, Pallarés, Horvath, Capell, Waquero, Alonso, Awodey. Secciones de Altamirano y Brunás.
- 100: Ficciones de Gardini, Gaut vel Hartman, Alonso, Gómez de la Fuente, Altamirano, Carsen, Brunás y Ferro. Secciones de Brunás, Alonso/Urtubey, Altamirano y Ferro.
- 101: Ficciones de Sifuentes, Henriquez, Diez Román, Jones y Eden. Secciones de Alonso/Urtubey, Altamirano, Waquero, Giordanino, Pastor y Brunás.
- 102: Ficciones de Cruz, Encinosa Fú, Díaz. Secciones de Altamirano, Giordanino, Pastor.

Equipo

Axxón

Dirección

- **Director:** Aníbal Gómez de la Fuente
- **Director de Arte:** Rodolfo Contin
- **Administración**: Gladys Canizzo
- **Asesor Literario:** Eduardo J. Carletti

Equipo Axxón

- Carlos D.J. Vázquez
- Claudia De Bella
- Leandro Conde
- Diego Molina
- y (obviamente) todos los qaue hacen las secciones

Secciones

- **Portal Fantástico:** Carlos E. Ferro
- **Tour Macabro:** Martín Brunás
- **Crónicas desde la Garrafa Virtual:** Alejandro Alonso / Andrés Urtubey
- **Una mirada a la Realidad**, **Máquinas y Monos**, **Tecno Núcleo**: Eduardo J. Carletti
- **INFO Córtex:** Andrés Urtubey
- **Aves Raras:** José Altamirano
- **Undernow:** Waquero
- **Xanadú:** Andrea Pastor
- **El Rincón de las Tinieblas**: Eduardo Pablo Giordanino







Encuéntrenos en:

- Axxón:
  - Sitio principal: http://axxon.com.ar
  - Facebook: https://www.facebook.com/axxon.cienciaficcion
  - Twitter: **@axxoncf**
- Axxón Móvil:
  - Descargas: http://axxon.com.ar/c-Palm.htm
  - Comentarios y sugerencias: axxonpalm@gmail.com
  - Facebook: https://www.facebook.com/AxxonMovil
  - Twitter: **@axxonmovil**

Versión ebook generada por **Marcelo Huerta San Martín**